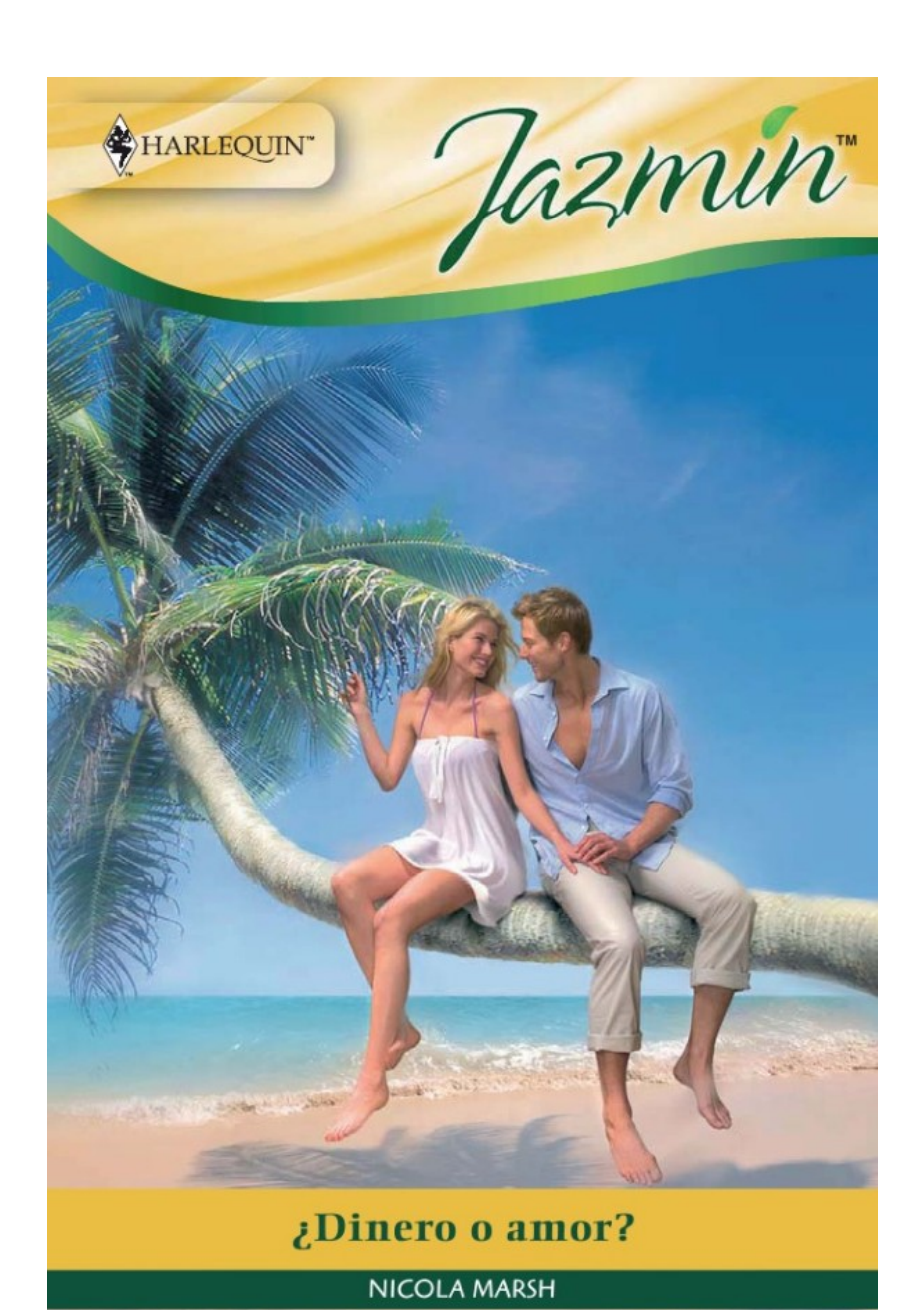

HARLEQUIN™
Jazmín™
¿Dinero o amor?
NICOLA MARSH

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

¿DINERO O AMOR?, N.º 2376 - enero 2011
Título original: Deserted Island, Dreamy Ex!
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2011

I.S.B.N.: 978-84-671-9738-9
Editor responsable: Luis Pugni
ePub X Publidisa



¿Dinero o amor?

NICOLA MARSH



Capítulo 1

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 1*
Vuestro pasado está a sólo una llamada de distancia

Kristi Wilde tomó la rosa de tonalidad rubor, la hizo girar bajo su nariz, cerró los ojos y aspiró la fragancia sutil.

Se dijo que debería llamar a Lars para darle las gracias, pero... Abrió los ojos, posó la vista en la trillada tarjeta que probablemente le había enviado a innumerables mujeres y tiró la rosa envuelta en celofán a la papelera.

El único motivo por el que había aceptado una cita con el mejor modelo masculino de Sidney era para obtener de primera mano el tan celebrado golpe de una empresa rival de conseguir como cliente a la Agencia de Modelos Annabelle.

El hecho de que Lars midiera un metro noventa, tuviera un cuerpo fibroso y bronceado y fuera físicamente maravilloso sólo había sido un incentivo añadido.

Entrar en Guillaume de la mano con un hombre como Lars había sido un estímulo para el ego. Pero eso era lo más excitante que iba a ser la noche.

Lars era atractivo, pero su personalidad podría hacer dormir a todo un grupo de niños hiperactivos. Mientras ella había observado a la oposición, disfrutado de una fabulosa cena francesa y sentido las deliciosas burbujas de un champán caro, Lars no había parado de hablar de sí mismo... una y otra vez...

Ella había fingido interés, ofreciendo el aire del bombón embelesado y adecuadamente impresionado que no perdía palabra de lo que oía. Se hallaba en una fase de su vida en la que haría cualquier cosa por un ascenso. Descartando la pasarela, que era exactamente lo que él había tenido en mente en cuanto habían salido del ascensor al final de la velada.

La rosa podía representar una disculpa. Aunque teniendo en

cuenta su arrogante seguridad de que la próxima vez sucumbiría a sus encantos, probablemente estaba protegiendo sus apuestas.

Con la nariz fruncida, empujó la papelera con sus sandalias de color fucsia de Christian Louboutin y le echó un vistazo a su calendario online.

Apenas disponía de tiempo para tomarse un café con leche de soja antes de dirigirse al Sidney Cricket Ground para una promoción de fútbol.

Recogió el bolso y abrió la puerta a tiempo de ver a su jefa entrar en la habitación con sus zapatos Jimmy Choo con tacones de diez centímetros y envuelta en un terciopelo de color ébano como si fuera la capa de una bruja, dejando una estela de Chanel nº 5 a su paso.

–Hola, Ros, en este momento iba a...

–No vas a ninguna parte.

Rosana agitó un fajo de papeles bajo su nariz y señaló su escritorio.

–Siéntate. Escucha.

Kristi puso los ojos en blanco.

–Que te hagas la jefa ya no me impresiona tanto después de verte bailar el tango con aquel camarero medio desnudo en la fiesta de Navidad del año pasado. Y de aquel incidente con el boy en Shay...

–Basta.

A pesar de ser una mujer de negocios, el orgullo que sentía Rosanna por su lado salvaje despertaba el cariño de sus compañeros de trabajo. Kristi no podía imaginarse hablando con otra jefa como lo hacía con Ros.

–Échale un vistazo a esto.

Los ojos pintados de Rosanna centellearon con picardía al entregarle un fajo de documentos y juntar las manos en cuanto se los quitó de encima.

Kristi no había visto a su jefa tan entusiasmada desde que Endorse This le había arrebatado un cliente importante a un competidor ante las propias narices de la otra agencia.

–Vas a agradecérmelo.

Rosanna comenzó a caminar, agitando las manos y musitando tal como hacía en una sesión de intercambio de ideas con su equipo

de Relaciones Públicas.

Con curiosidad estudió el primer documento y su confusión fue en aumento en vez de decrecer.

–¿De qué va este documental de reality show? –sonaba interesante, siempre que alguien quisiera estar varada en una isla durante una semana con un desconocido–. ¿Vamos a hacerles la campaña de relaciones públicas?

Rosanna movió la cabeza, agitando unos bucles de color magenta.

–No. Algo mejor.

Kristi pasó una páginas hasta llegar a un formulario.

–¿Estás pensando en apuntarte?

Rosanna esbozó la sonrisa diabólica de una leona a punto de saltar sobre una gacela indefensa.

–Yo no.

–Entonces, ¿qué...? –al ver la sonrisa más amplia de Rosanna lo comprendió–. Oh, no, no lo has hecho, ¿verdad?

Rosanna se sentó en el borde del escritorio y estudió con atención sus garras bien cuidadas y pintadas de color mora.

–Introduje tus datos para la participante femenina –indicó el folleto y señaló la letra pequeña–. Te han elegido. Solos tú y algún semental ardiente en una isla desierta durante siete días y siete largas, ardientes y gloriosas noches. Estupendo, ¿verdad?

Sobraban las palabras que describieran lo que su jefa acababa de hacer.

Y estupendo no figuraba entre ellas.

Soltó el formulario como si fuera radioactivo y lo empujó con el pie antes de calmarse con respiraciones hondas. Podía ser tolerante, pero no tenía sentido crisparse hasta el punto de desear estrangular a su jefa.

–Quiero que te vuelvas una superviviente durante una semana.

Se dijo que debía tratarse de una broma, de una de esas pruebas extrañas que espontáneamente y al azar le ponía a sus empleados para comprobar la lealtad que le profesaban.

Apretando la mano con tanta fuerza que el documento crujió, dejó los papeles sobre la mesa al tiempo que se afanaba en desarrollar un argumento coherente para convencer a su jefa de que era imposible que hiciera eso.

Sólo había una manera de que atendiera a razones: apelar a su lado empresarial.

–Suena interesante, pero en este momento estoy agobiada de trabajo. No puedo dejarlo y marcharme una semana.

Rosanna se levantó de la mesa como si no hubiera hablado y chasqueó los dedos.

–¿Conoces a Elliott J. Barnaby, el productor más famoso de la ciudad?

Kristi asintió con cautela mientras la otra alzaba un folleto y lo agitaba bajo su nariz.

–Va a hacer un documental basado en el fenómeno del reality show que está dando la vuelta al mundo. Dos personas trasladadas a una isla, con recursos limitados, durante una semana.

–Suena como una bomba.

Rosanna soslayó el sarcasmo.

–El premio es de cien de los grandes.

–¿Qué? –Kristi trató de leer por encima del hombro de su jefa–. No me mencionaste esa parte.

–¿No? Quizá no llegué a hacerlo por el entusiasmo abrumador que mostraste y todo eso.

Kristi sacó la lengua mientras leía a toda velocidad los detalles de los premios.

Cien de los grandes. Mucho dinero. Y si estaba lo bastante loca como para seguir adelante con el ridículo plan de su jefa, sabía exactamente qué haría con él.

Durante un momento, recordó la cena que había tenido la noche anterior con su hermana Meg.

El destartalado cuchitril de apartamento que tenía en las afueras de Sidney, con el sonido atronador de la pareja que se peleaba en la puerta contigua entremezclado con las amenazas de bandas rivales procedentes de la calle. Los muebles deshilachados, el montón de facturas sin pagar en la encimera de la cocina, la falta de alimentos en la nevera.

Y Prue, la adorable sobrina de siete años, la única persona que en esos tiempos conseguía sacarle una sonrisa a su extenuada mamá.

Después de todo lo que había pasado, Meg aún vivía momentos duros, pero seguía sin aceptar un céntimo. Si el dinero que su

orgullosa hermana se negaba a aceptar no procediera de sus ahorros, ¿marcaría alguna diferencia?

–Un premio suculento, ¿eh?

A Kristi no le gusto el destello maníaco que apareció en la mirada astuta de Rosanna. Cada vez que pasaba eso, significaba que había un cliente en potencia, alguien cuya promoción añadiría otra pluma en el creciente tope de Endorse This.

Mientras intentaba desterrar de la mente el recuerdo del apartamento de Meg y de las enjutas mejillas de su sobrina, Kristi le devolvió el folleto.

–Desde luego, el dinero es goloso, pero no como para encerrarte con un desconocido durante una semana y que toda esa experiencia desastrosa sea grabada.

Rosanna apretó los labios de silicona y su mirada decidida no aceptó discusión alguna.

–La semana pasada recibí una llamada del Canal Nueve. Están poniéndose en contacto con empresas de relaciones públicas para un nuevo reality show en una isla, dijeron que sería un Supervivientes con una ligera variante. Por eso te apunté a ti. ¡Si lo haces, estaremos en la cumbre!

¡No, no, no!

Al lado del brillo en los ojos de Rosanna que le había puesto los pelos de punta, la sonrisa enfermizamente dulce de una bruja que le ofrecía a Hansel y Gretel un enorme trozo de pan de jengibre no fue nada.

–Y, por supuesto, tú llevarás toda la cuenta.

–Eso no es justo –soltó, deseando haber mantenido la boca cerrada al ver que la sonrisa de Rosanna se desvanecía.

–¿Qué parte? ¿La parte en la que ayudas a Endorse This a conseguir el cliente más grande de este año? ¿O la parte en la que prácticamente te aseguras un ascenso gracias a ello? Sin contar con la oportunidad de ganar cien de los grandes, por supuesto.

Le lanzó a su jefa una mirada mortífera que surtió poco efecto.

No tenía elección.

Debía hacer lo que le pedía.

Si el ascenso no era incentivo suficiente, sí lo era la oportunidad de ganar cien de los grandes. Meg se merecía más, mucho más. Su dulce, ingenua y resistente hermana merecía que todos los sueños se

le hicieran realidad después de lo que había pasado.

Forzando una sonrisa entusiasta, que a medias era una mueca, se encogió de hombros.

–De acuerdo, lo haré.

–Estupendo. En unas horas tienes una reunión con el productor. Al terminar, dame los detalles –le entregó el folleto y miró la hora–. Llamaré al Canal Nueve y les comunicaré las últimas noticias.

Mientras Rosanna se contoneaba hacia la salida, Kristi supo que había tomado la decisión acertada, a pesar de haberse visto obligada a ello.

Había trabajado duramente durante los últimos seis meses, desesperada por conseguir un ascenso, y lograr que el Canal Nueve fuera cliente de ellos, lanzaría su carrera hacia el firmamento.

En cuanto al dinero del premio, haría lo que hiciera falta para ganarlo. Meg se merecía hasta el último céntimo.

El ascenso y el premio; razones cuerdas y lógicas para pasar por eso. Pero, ¿una semana en una isla con un desconocido? ¿Podría ser peor?

Mientras ojeaba los papeles, Rosanna se detuvo en la puerta y alzó un dedo.

–¿Te he mencionado que estarás sola en la isla con Jared Malone?

Capítulo 2

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 2*
Asegúrate de programar tu mini fusión nuclear cuando estés fuera de las cámaras

Jared entró en Icebergs, en la parte norte de Bondi, y se dirigió a la mesa habitual de Elliott, enfrente y en el centro del ventanal que daba a la playa más famosa de Sidney.

Junto al expreso doble de su predecible amigo, esperaba su zumo de mango.

Al acercarse a la mesa, Elliott alzó la vista de una pila de papeles, plegó sus gafas de montura metálica, las dejó junto al café y miró su reloj de pulsera.

–Me alegro de que al fin pudieras llegar.

Jared se encogió de hombros y señaló su rodilla coja.

–La sesión de rehabilitación se prolongó más de lo esperado –experimentó el habitual pinchazo de dolor al sentarse–. Los ligamentos han sanado bien después de la operación, pero la inflamación persistente tiene desconcertados a los médicos.

Elliott frunció el ceño.

–Estás viendo a los mejores, ¿verdad?

Jared puso los ojos en blanco.

–Sí, mamá.

–Tonterías.

–Las tonterías que van a conseguirte otro de esos premios de cine que tanto anhelas –Jared señaló los papeles que tenía delante–. A ver si lo adivino. Los habituales descargos de responsabilidad de que cualquier cosa que haga o diga en la televisión no serán de tu responsabilidad.

–Algo por el estilo –tomó el documento superior y lo deslizó por la mesa–. Esto es lo básico.

Jared apenas miró la letra impresa, ya que había oído

demasiadas veces por boca de Elliott las virtudes del documental que iba a realizar.

Estar abandonado en una isla con una desconocida durante una semana era lo último que le apetecía hacer, pero si así convencía a los niños discapacitados de Sidney de que el centro recreativo Activate era el lugar para ellos, lo haría.

Había pasado gran parte de su vida bajo los focos, con su carrera y vida privada bajo escrutinio como carnaza para los paparazzi. Lo había odiado. Era hora de darle un buen uso a tanta intrusión, empezando por una semana de publicidad gratuita que el dinero no podría comprar.

Los premiados documentales de Elliott eran vistos por millones de personas y sus temas de vanguardia estaban en boca de todos, en las universidades, en las calles... todo el mundo hablaba de los asuntos que tocaba Elliott.

Con un horario de *prime time,* los anuncios costarían una fortuna, de modo que cuando Elliott le había propuesto el trato, no había dudado en aceptarlo. Preferiría gastar mil millones en el centro y en equipo que en publicidad.

Millones de personas verían el centro en la televisión, oirían hablar de lo que ofrecía y, con suerte, difundirían el mensaje. Con eso contaba.

Era una situación beneficiosa para ambos. Elliott conseguía a un ex profesional del tenis para su documental; él obtenía una publicidad impagable para exponerle al país entero el centro recreativo juvenil que iba a fundar.

–Bien, ¿quién es la dama afortunada?

Elliott miró hacia la puerta con las cejas enarcadas.

–Aquí viene. Siempre has sido un tipo de suerte.

Jared se volvió, curioso por ver con quién estaría abandonado en la isla. No es que le importara. Durante años había tenido una intensa vida social en el circuito tenístico y podía fingir con los mejores. Era fácil.

Pero cuando se encontró con un par de inusuales ojos azules del color del océano azul de Bondi un día despejado, atravesado por esa mirada acusadora, supo que pasar una semana en una isla desierta con Kristi Wilde en absoluto sería fácil.

–Me ocuparé de ti más tarde –musitó Jared a un confuso Elliott mientras Kristi avanzaba hacia ellos sobre unos tacones altísimos.

Siempre había sentido predilección por los zapatos, casi tanto como él había sentido predilección por ella.

–Me alegro de verte...

–¿Estabas al tanto de esto?

Aunque le había cortado la introducción, no tenía esperanza de evitar su beso, y cuando su inclinó para besarle la mejilla, la familiaridad de esa fragancia dulce y aromática lo golpeó con la potencia de un servicio de Nadal, seguido con celeridad por un caudal de recuerdos.

La euforia de ascender el Harbour Bridge eclipsada por una risueña y exuberante Kristi cayendo en sus brazos, y más tarde aquella noche en su cama.

Largas y ardientes noches estivales que se prolongaban sobre mariscadas en Doyles en la Bahía Watson, para luego acurrucarse en un taxi acuático de regreso a su casa mientras se afanaba por mantener el tenue autocontrol que le quedaba.

Y lo mejor de todo, la relación pausada, tranquila y llena de diversión que habían compartido.

Hasta que ella empezó a exigir y él huyó.

Con buen motivo. Su posición en la clasificación de tenistas había empezado a dispararse en aquella época, y no le había quedado más remedido que compensar a las personas que habían invertido tiempo en él. Jamás había querido ser un aprovechado, alguien que daba por sentado su derecho de nacimiento; como sus padres.

Era irónico que lo que había empezado como un ejercicio de niñera, un lugar donde los esnobs Malone podían olvidarse de su hijo único durante unas horas al día, se había convertido en una carrera lucrativa llena de fama, fortuna y más mujeres que las que cualquier chico sabría hacer con ellas.

Extrañamente, sólo una mujer había llegado a estar lo bastante cerca como para ver al verdadero Jared, el tipo que se exhibía detrás de la sonrisa despreocupada.

Y la estaba mirando a la cara.

Así como su carrera no había sido el único motivo para marcharse, verla ahí en ese instante, tan vivaz y hermosa, le

recordó cuánto había abandonado alejándose de ella.

Kristi se retiró con un movimiento altivo de la cabeza que podría haber funcionado si él no hubiera visto la expresión suave en las comisuras de sus labios y el destello de reconocimiento en sus ojos.

–Y bien, ¿estabas al tanto?

Apoyando una mano en su cintura para guiarla a una silla, negó con un movimiento de la cabeza.

–Justo un segundo antes de que entraras, acababa de enterarme de la identidad de mi cómplice en este fiasco.

–Ésa es la palabra apropiada. Fiasco.

Él sonrió ante el consenso vehemente al tiempo que Elliott extendía la mano.

–Encantado de conocerte. Me llamo Elliott J. Barnaby, productor de *Náufragos.* Me complace tenerte a bordo.

–Eso es lo que debemos discutir.

Llamando a un camarero con un gesto de la mano, pidió una botella de agua mineral con gas y lima antes de erguir los hombros en una postura combativa que a Jared le resultaba tan familiar como el gesto con que ladeaba su cabeza.

–Antes de empezar esta discusión, permitidme que deje unas cosas claras. Primera, me encuentro aquí por obligación. Dos, lo hago por el dinero –alzó un dedo y señaló a Jared–. Tres, será mejor que la isla resulte lo bastante grande para los dos, porque preferiría volver a nado al continente antes que estar enjaulada contigo una semana.

Elliott los observaba por turnos con curiosidad manifiesta.

–¿Os conocéis?

–¿Es que su señoría no te lo contó? –respondió, girando la cabeza hacia él.

–Nos conocemos –intervino Jared con calma, bien consciente de que más tarde Elliott querría saber la profundidad de dicho conocimiento–. Somos viejos amigos –Kristi contuvo un bufido mientras él le guiñaba un ojo–. Volver a familiarizarnos el uno con el otro va a ser muy divertido.

–Sí, como someterse a una endodoncia –musitó con mirada hostil.

Al aceptar el trato, a Jared no le había importado especialmente con quién iba a estar aislado una semana.

Sin embargo, en ese momento la idea de batallar con la insolente y desvergonzada Kristi durante siete días le animó considerablemente la mañana.

Luchando por ocultar una sonrisa, cruzó los brazos y miró a Elliott.

–¿El que nos conozcamos no debería ser un problema?

El otro movió la cabeza.

–Todo lo contrario, debería generar una interacción interesante. El fin del documental es exponer la realidad que hay detrás de la televisión de los reality shows. Cómo habléis, reaccionéis y choquéis cuando estéis confinados una semana sin otras actividades sociales debería convertirse en un buen material –hizo una pausa y frunció el ceño–. ¿Viejos amigos? ¿Significa eso que llegasteis a vivir juntos algún tiempo?

–¡Diablos, no!

El destello de dolor en los memorables ojos de Kristi hizo que Jared maldijera para sus adentros el exabrupto de su negativa, pero al siguiente instante ella alzó el mentón, lo miró con arrogancia e hizo que dudara si no había imaginado la primera expresión.

–Cohabitar con un niño no es la idea que tengo yo de diversión –manifestó con ojos entrecerrados.

Quería que él respondiera, que entrara en la refriega, que lanzara algunas pullas. Podía seguir esperando. Ya dispondrían de tiempo más que suficiente para eso. Siete días completos. Solos. Sin más diversión que el otro. Interesante.

Ajeno a la tensión que hervía entre ellos, Elliott se frotó las manos.

–Bien. Porque eso habría cambiado el statu quo. De esta manera, vuestras reacciones serán más auténticas –sacó una carpeta llena de documentos del montón que tenía delante y la deslizó por la mesa hacia Kristi–. Soy consciente de que tu jefa planteó tu nombre para esto, de modo que necesitas leer todos los puntos legales, firmar los formularios donde se indica y empezaremos por ahí.

Ella asintió, abrió la carpeta, aceptó la pluma que le ofreció Elliott y comenzó a leer mientras se daba golpecitos en el labio con el capuchón. Un labio que Jared recordaba demasiado bien; por su plenitud, su suavidad, su calor intenso al fundírsele en la boca...

Que ella tuviera que leer los documentos le brindó tiempo para

estudiarla de verdad. Cuando la conoció, había sido una vivaz y bonita joven de veintiún años, con el cabello rubio e indómito, una figura más plena y un vestuario ecléctico. Siempre había sido hermosa por naturaleza y así como su nariz podía ser levemente más grande que lo habitual, le añadía carácter a un rostro dominado por la belleza.

En ese momento, con el maquillaje perfecto, el cabello lacio peinado a la perfección, el cuerpo trabajado a la perfección y el perfecto traje rosa de marca, lo fascinaba más que nunca.

Le gustaba desarreglada y a rebosar de vida, y así como su nueva imagen podía ser toda profesional y controlada, estaría dispuesto a arriesgarse a conjeturar que la antigua Kristi no andaría muy lejos de esa superficie.

–Todo parece en orden –firmó varios documentos y, con un suspiro, se los devolvió a Elliott–. ¿Todo lo que necesito saber está aquí?

Elliott asintió.

–¿Sabes algo sobre *Náufragos*?

Ella negó con un gesto de la cabeza.

–Mi insistente jefa no entró en detalles.

Jared acercó la mano a la boca y su sonoro susurro de conspiración resultó exagerado.

–Ahora que te has incorporado al proyecto. Elliott te soltará la perorata de una hora que me soltó a mí.

Éste se mostró más que encantado de explayarse en su tema favorito.

–Así como básicamente es una competición por el dinero del premio, que irá a parar al participante que acabe los desafíos y reciba los mayores votos en su sitio de Internet, quiero que este documental sea una declaración social sobre nuestras costumbres televisivas y el modo en que interconectamos en la red en la actualidad.

A pesar de que el corazón se le hundió ante las condiciones impuestas para ganar el premio, siempre había sido una negada para los deportes y bajo ningún concepto podría batir a Jared en las apuestas de popularidad en la Red, Elliott continuó:

–En este momento hay un exceso de programas realistas en la televisión. De cocina, de citas, de canto, de baile, de compañeros de

casa; de lo que se te ocurra, hay un reality show que lo está emitiendo. Quiero que *Náufragos* sea más que eso. Quiero que muestre la interacción de dos personas sin distracciones sociales, sin interferencias directas, sin la fanfarria ni los jueces, y comprobar cómo se llevan. Quiero una retroalimentación sincera.

Ella asintió y señaló la carpeta.

–¿Ahí es donde entran las actualizaciones diarias en el blog y en Twitter?

–Mmm. Le proporcionaré al público acceso inmediato a vuestros sentimientos inmediatos, crearé expectación para cuando emita el documental una semana después de vuestro retorno. Eso hará que se convierta en una visión más interesante.

–¿De modo que se nos grabará a todas horas?

Elliott juntó los dedos como un titiritero ansioso de empezar a mover sus hilos.

–No, las cámaras se activan por el movimiento, y sólo estarán situadas en ciertas partes de la isla. Si queréis intimidad o un descanso, existen zonas designadas para ello.

Su alivio resultó palpable y Jared se preguntó qué podía causar tanta desesperación para llevarla a embarcarse en eso. Sí, había mencionado el dinero, pero éste jamás había sido una motivación para ella, así que debía haber algo más. Aunque habían transcurrido ocho años. ¿Realmente la conocía bien?

Para él era diferente. Los últimos siete años su vida había sido organizada para el consumo público; lo que comía, adónde iba, qué coche conducía... todo se hallaba abierto a interpretación.

Había aprendió a aislarse, a soslayar la intrusión, y en ese momento la usaba para su provecho y poder abrir el centro recreativo.

Pero, ¿qué obtenía ella aparte de la oportunidad de ganar dinero?

–Me alegra saberlo –Jared se inclinó hacia ella–. Por si sientes el impulso de aprovecharte de mí, puedes hacerlo fuera de las cámaras.

–En tus sueños, Malone.

–Ha habido muchos de ese estilo, Wilde.

Para su deleite, la vio ruborizarse, bajar la vista a sus dedos nerviosos antes de retirarlos de la mesa y ocultarlos en el regazo. Le

dio cinco segundos para recuperarse y, como si ésa fuera la cuña, Kristi alzó la vista con expresión segura y desafiante.

–¿De verdad quieres hacer esto ahí? –murmuró, agradecido cuando Elliott giró la cabeza hacia los aseos y se marchó deprisa.

–¿Hacer qué?

Lo estimulaba como ninguna otra mujer que hubiera conocido y la idea de pasar una semana volviendo a conocerla lo ponía tan nervioso como los prolegómenos de un torneo de Grand Slam.

–Ya lo sabes –se inclinó hacia su espacio personal y no le sorprendió que ella no reculara ni un milímetro–. Tú y yo. Así. Tal como estuvimos en el pasado.

–Cuidado, que en cualquier momento te pones a cantar.

–¿Te sientes sentimental?

–En absoluto. Tendría que importarme para querer tomar el camino de los recuerdos.

–¿Y adónde quieres ir a parar?

Ella se encogió de hombros y se estudió la manicura de las manos alargando los brazos.

–Que no quiero.

Él rió, se reclinó en el asiento y apoyó un brazo en el respaldo, con los dedos en tentadora proximidad del hombro de ella.

–Siempre se te dio muy mal mentir.

–No estoy...

–Te delata un pequeño tic justo aquí –con un contacto fugaz señaló con la yema del dedo milímetros por encima del labio superior–. Es infalible.

Ella se quedó quieta y la expresión rebelde fue sustituida por un destello de temor antes de parpadear y desterrar cualquier atisbo de vulnerabilidad con un movimiento de las pestañas.

–Veo que sigues engañándote a ti mismo. Debe de ser por todos los golpes recibidos en la cabeza con las pelotas de tenis.

–Jamás fallo.

–No es lo que yo he visto.

–Ah, es agradable comprobar que has estado siguiendo mi carrera.

–Difícil esquivarla cuando tu cara ansiosa de publicidad aparece pegada por todas partes –en su expresión se asomó la curiosidad–. ¿Por eso has aceptado esto? ¿Como publicidad para tu vuelta?

–No pienso volver.

En el último año había esquivado innumerables preguntas de los medios, había tomado su decisión y había programado una rueda de prensa. Y así como hacía meses que se había reconciliado con esa decisión, la idea de dejar atrás su carrera, de darle la espalda al talento que lo había salvado, lo molestaba.

El tenis había sido su escapatoria, su meta, su salvación... todo en uno. Así como al principio le había molestado que sus narcisistas padres lo dejaran en el club de tenis, allí no tardó en encontrar una soledad que rara vez hallaba en alguna parte.

Había sido bueno, muy bueno, y al poco tiempo la atención de los entrenadores, de los buscadores de talento, lo había impulsado a afanarse más, desarrollando su habilidad con una determinación implacable.

Había tenido un objetivo. Largarse de Melbourne, lejos de sus padres y de sus disputas, de su afición a la bebida y de la insana fascinación que sentían por sí mismos.

Había funcionado. El tenis lo había salvado.

Y así como se resignaba a dejarlo atrás, una pequeña parte de él se asustaba, de hecho, se quedaba petrificada, ante la idea de soltar lo único que había llevado normalidad a su vida.

–¿Te retiras?

–Ése es el plan.

Miró su reloj de pulsera y deseó que Elliott reapareciera.

–¿Por qué?

Su mirada penetrante lo atravesó como cada vez que se mostraba evasivo.

Se inclinó de hombros, volvió a reclinarse y metió las manos en los bolsillos para evitar seguir arreglando los cubiertos y delatar su forzada postura de indiferencia.

–Tengo la rodilla fastidiada.

Ella entrecerró los ojos en un claro gesto de que no se tragaba la excusa.

–Tengo entendido que te la operaron. Es algo muy común en los atletas. Así que, ¿cuál es el verdadero motivo?

Necesitaba darle algo o jamás dejaría el tema. Sabía lo insistente que podía ser. Era inagotable cuando despertaban su curiosidad y bajo ningún concepto pensaba ponerse a discutir con ella las

verdaderas causas por las que dejaba el tenis.

–El ansia ha desaparecido. Soy demasiado viejo para mantener el hambre de los jóvenes.

–¿Cuántos años tienes… treinta?

–Treinta y uno.

–Pero seguro que algún campeón de tenis jugó hasta más allá…

–¡Déjalo! –lamentó el exabrupto en el instante en que la palabra salió de su boca, ya que vio que su curiosidad se había avivado más en vez de apaciguarse. Se frotó el mentón y añadió–: Voy a echarlo de menos, pero hay otras cosas que quiero hacer con mi vida, así que no empieces a sentir pena por mí.

–¿Quién ha dicho algo de sentir pena por ti? –que relajara los labios apretados contradijo su respuesta–. Serías el último hombre en despertar pena con tu estilo de vida de jet set, tus casas en Florida, Montecarlo y Sidney. Tu colección de coches de lujo. Tu…

–Lees demasiados tabloides –musitó, reconociendo la ironía de que él mismo estuviera dispuesto a capitalizar el irritante escrutinio al que los paparazzi sometían su vida para lanzar el perfil del centro recreativo a la estratosfera.

–Forma parte de mi trabajo.

Jared rió.

–Tonterías. Solía encantarte hojear esas revistas de cotilleos por la simple diversión que te proporcionaba.

–Te repito que sólo era investigación.

Logró esbozar una sonrisa tensa y él pensó en lo agradable que era todo eso: los recuerdos compartidos, la familiaridad. Conocía los defectos de ella, Kristi los suyos y así como esa intimidad en una ocasión lo había impulsado a huir, en ese momento le resultaba extrañamente fascinante.

–Necesitamos reunirnos antes de salir hacia la isla Lorikeet.

La sonrisa de ella dio pie a la cautela.

–¿Por qué?

–Por los viejos tiempos –se inclinó hacia ella–. ¿Seguro que no quieres repasar nuestra historia delante de las cámaras?

Ella bebió un sorbo de agua mineral y lo miró por encima del borde del vaso.

–Lo único que sucederá delante de las cámaras es que fingiré que me caes bien.

Él apoyó una mano sobre su antebrazo, complacido al sentir que se ponía rígida, y murmuró:

–¿Seguro que tendrás que fingir? Porque recuerdo un tiempo en que...

–De acuerdo, de acuerdo, me gustaste.

Apartó el brazo con brusquedad, pero no antes de que él viera el destello receptivo que oscureció a zafiro el color de sus ojos.

–Fue una fase de la primera época de mis veinte años –añadió Kristi– que murió junto con la pasión que me inspiraban las mallas.

Sin retroceder ni un ápice, Jared acercó la silla.

–¿No te has enterado? Vuelven las mallas.

–Pero tú no.

La expresión aturdida de ella le mostró cuánto le importaba todavía, a pesar de las protestas de lo contrario.

–Quiero decir conmigo. No en tu carrera. Lo siento. Maldición...

–Está bien.

La incomodidad de ella, así como extraña, resultaba reconfortante.

–Bueno, ¿qué dices acerca de que quedemos antes de irnos a la isla?

Kristi suspiró.

–Supongo que tiene sentido.

–¿A las ocho, esta noche?

–Perfecto. ¿Dónde?

Sin estar dispuesto aún a divulgar todos sus secretos, respondió:

–Ya lo descubrirás.

Capítulo 3

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 3*

Mete todos tus problemas en tu vieja mochila; pero no olvides llevar protección... por las dudas

–Me debes un helado por hacerme esperar en el coche.

Kristi tomó el brazo de Meg y la apartó del escaparate de Icebergs.

–No estabas en el coche. Dabas un paseo por la playa.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque te vi estirando el cuello para vernos a Jared y a mí.

–No estiraba el cuello. Intentaba ponerme de puntillas –Meg movió la cabeza disgustada–. Ni así pude ver nada –al acercarse al puesto de helados, sonrió–. Bueno, ¿sigue siendo tan maravilloso en la vida real como en todas esas atractivas fotos de los periódicos?

–Mejor –reconoció Kristi a regañadientes, con la cabeza aún hecha un torbellino por el impacto de los veinte minutos en la embriagadora compañía de Jared y el cuerpo hormigueándole por el reconocimiento.

No había esperado una percepción tan instantánea de lo que una vez habían compartido ni que los recuerdos la bombardearan con tal intensidad.

Cada vez que la había tocado, había recordado con lento y exquisito detalle cómo en el pasado había manipulado su cuerpo con habilidad y destreza, haciendo que el calor fluyera con fuerza y velocidad por cada centímetro de ella.

–Podría estrangular a Ros por ponerme en semejante situación.

–¿Y qué situación es ésa? ¿Náufraga en una isla con Jared? ¿O quizá de vuelta en los brazos de...?

Kristi le lanzó a su hermana una mirada con los párpados entrecerrados.

–Si Ros no me hubiera tentado con el ascenso, jamás habría aceptado algo así.

–¿Ni siquiera por la oportunidad de ganar cien de los grandes?

–Ni siquiera por eso.

Una mentira, pero no quería que Meg intuyera a qué dedicaría el dinero del premio. Su hermana pequeña odiaba la lástima, y odiaba aún más la caridad.

Cuando el canalla y miserable novio huyó al oír la noticia del embarazo, no bastó con que le arrebatara a Meg la autoestima, la confianza en sí misma y las esperanzas y sueños de un matrimonio maravilloso como el que habían tenido sus padres.

No, esa alimaña también tuvo que llevarse hasta el último céntimo de su dinero, dejando a Meg viviendo en un agujero de un dormitorio en el centro de un barrio desfavorecido en Sidney, haciéndose cargo de las facturas por la boda cancelada y matándose en dos trabajos para ahorrar dinero suficiente con el fin de tomarse unos meses libres una vez que naciera el bebé.

La vida apestaba para su pragmática hermana y así como Meg fingía optimismo por el bien de la adorable y pequeña Prue, no podía esconder las ojeras oscuras de fatiga ni las miradas de suspicacia que lanzaba si algún chico se acercaba demasiado.

Confiar en el chico equivocado había destrozado sus sueños, su vivacidad, su esperanza de un futuro brillante, y Kristi haría cualquier cosa, incluso estar varada en una isla con su ex durante una semana, para devolver la chispa a los ojos de su hermana.

–¿Qué vas a hacer con el dinero si ganas?

–Ya lo descubrirás.

Deteniéndose ante el puesto de helados, pidió dos cucuruchos completos mientras su mirada se desviaba de nuevo al Icebergs.

Acababa de dejar allí a Jared, todo él bronceado, tonificado, un metro noventa de estrella del tenis en su apogeo. Siempre había sido sexy con ese bronceado que solían exhibir muchos australianos, pero el joven al que había deseado no podía compararse con el mayor y maduro Jared.

Años de jugar al sol habían añadido líneas de carácter a su cara atractiva y risueñas alrededor de los ojos. Aunque eso no era de extrañar ya que siempre había tenido tendencia a la risa.

Nada lo había desconcertado; rara vez se mostraba serio. Por desgracia, eso incluía mantener una relación seria, resultado de lo cual había sido que la dejara para ir a centrarse en su preciada carrera.

Por ese entonces se había encontrado en la cúspide, justificando su elección ganando Wimbledon, el Abierto de Francia y dos veces el Abierto de Estados Unidos. El Abierto de Australia había sido el único torneo en eludir al gran Jared Malone durante los primeros años de su ilustre carrera, algo que siempre había despertado la curiosidad de Kristi.

Las fotos de él con alguna bomba rubia o una morena exuberante del brazo explicaban con claridad las tempranas eliminaciones de Australia y apretó los dientes ante el hecho de que le hubiera importado.

Ya no.

Había visto las pruebas de lo que podía provocar elegir al hombre erróneo con quien pasar la vida y, teniendo en cuenta que Jared había huido en vez de construir un futuro con ella, eso le había demostrado que no era el hombre para ella.

–El helado se te está derritiendo.

Parpadeando, Kristi pagó, le entregó a Meg su cucurucho y fue hacia la arena.

–¿Te vas a meter ahí con esos zapatos? –Meg señaló sus Louboutin predilectos de un rosa intenso y tacones vertiginosos–. Cielos, volver a engancharte con el tenista ha debido de sacudirte de verdad.

–No voy a «engancharme» con nadie, sólo voy a sentarme en el muro y a descansar antes de volver al trabajo.

Meg lamió su helado sin perder su expresión suspicaz.

–Vosotros dos solíais salir juntos. Hay motivo para que exista una alta probabilidad de que os volváis a enganchar en esa isla desierta.

–Cállate y cómete el helado.

Permanecieron en un silencio amigable mientras el sol y la brisa marina arrastraban recuerdos de otros días en que habían hecho lo mismo, unidas en su dolor por la muerte prematura de sus padres.

Así como éstos las habían dejado económicamente sin un céntimo, podían darles las gracias por la proximidad familiar que les habían legado y que siempre había sido lo más importante, por encima de cualquier otra cosa.

–¿Qué piensas de verdad sobre todo esto, Meg?

Mordiendo el último trozo de cucurucho, Meg alzó la cara hacia

el sol.

–¿La verdad? Nunca has olvidado al tenista.

–Tonterías. ¡He estado prometida dos veces!

Meg se irguió y se tocó el dedo anular.

–Pero no estás casada. Es interesante.

Indignada, Kristi tiró lo que quedaba de su helado en una papelera próxima y cruzó los brazos.

–¿De modo que tomé decisiones equivocadas? Mejor que lo descubriera antes de entrar en la iglesia.

Meg alzó las manos.

–No conseguirás ninguna discusión de mí sobre ese tema. Mira la farsa en la que se convirtió mi breve compromiso.

Una sombra cruzó el rostro de su hermana y Kristi maldijo para sus adentros su falta de tacto.

–Olvida que pregunté...

Meg hizo el típico gesto de cremallera sobre sus labios antes de proseguir:

–Pero Avery y Burton eran chicos decentes y tú parecías feliz. Sin embargo, cuanto más se acercaba la fecha de la boda en ambas ocasiones, más distante emocionalmente te volvías tú. ¿Por qué?

Porque cada vez había ido en pos de un sueño que había tenido desde niña: el sueño de la boda perfecta.

El vestido, las flores, la recepción... podía imaginarlo todo con tanta claridad que había guardado fotos en un cuaderno de recortes.

A quien no podía ver era al novio... descartando la foto de revista de Jared que Meg había pegado allí como una broma en el tiempo en que habían estado saliendo.

En última instancia, Avery y Burton no habían encajado.

Durante meses después de romper los compromisos se había sentido culpable, sabiendo que nunca debería haber dejado que esas relaciones llegaran tan lejos, pero necesitada de aferrarse a su sueño, de sentirse segura y amada después de que el mundo que había conocido hubiera cambiado.

Su familia había hecho que se sintiera protegida y al perder aquello, había buscado dicha seguridad en otra parte. Sólo deseaba no haber herido a Avery y a Barton en el proceso.

–Tú sabes por qué no seguiste adelante con esas bodas. Podría serte positivo reconocerlo.

Sabía lo que insinuaba Meg; después de Jared, ningún hombre había cumplido las expectativas.

Pero así como había contemplado ese razonamiento después de cada ruptura, había terminado por descartarlo. Lo de Jared había sido tanto tiempo atrás, y él jamás había tenido en mente la posibilidad de una relación plena y menos de por vida, aparte de que nunca había encajado en su escenario de felicidad eterna.

«Mentirosa. Recuerda el día en que te encontró con el vestido de novia de tu compañera de habitación mientras ella estaba de luna de miel. El día en que bromeaste con que pronto os llegaría el turno a vosotros».

No sólo lo había imaginado como el novio perfecto, sino que casi lo había creído durante los seis meses en que habían salido juntos.

Hasta que la dejó y se largó sin mirar atrás.

–Supongo que cuanto más se acercaba la fecha de ambas bodas, más me daba cuenta de que Avery y Barton en realidad no me conocían. Sí, compartíamos intereses similares, nos movíamos en círculos sociales similares, teníamos objetivos similares, pero era, simplemente, demasiado… demasiado…

–Trillado.

–Perfecto… –movió la cabeza y la confusión familiar le nubló el cerebro al tratar de analizar las causas para cancelar esas ansiadas bodas– pero sin serlo. Era como si tuviera esa visión de lo que quería y me afanaba al máximo en hacer que encajara. ¿Tiene algún sentido lo que digo?

–Mmmm –Meg hizo una pausa y miró en dirección a Icebergs–. Bien, ¿dónde encaja el tenista en tu idea de la perfección?

–Malone dista mucho de ser perfecto –pero la imagen de su sonrisa sexy, de la expresión burlona de sus ojos brillantes, del cuerpo duro, le invadió la mente para provocarla y burlarse de ella.

–Necesitas hacerlo –cuando Kristi abrió la boca para responder, Meg alzó un dedo–. No sólo por el ascenso o la posibilidad de ganar todo ese dinero. Sino por la oportunidad de enfrentarte al tenista y finalmente ponerle fin.

La negativa instantánea de afirmar que le habían puesto fin hacía ocho años murió en sus labios.

La había visto con aquel vestido, había renunciado a los planes

de cena que tenían y, a partir de aquel momento, había evitado sus llamadas. Salvo para llamarla él mismo desde el aeropuerto antes de subir a un avión que lo llevaría a Florida.

Meg tenía razón. Así como el ascenso y el dinero del premio eran grandes incentivos para pasar una semana con Jared a solas en una isla, poner fin a todo el pasado juntos era el factor decisivo.

Se puso de pie y le dedicó a su hermana una sonrisa irónica.

–Recuérdame que jamás vuelva a pedirte consejo.

–No lo hagas si no quieres oír la verdad.

Eso era lo que más la asustaba. Al enfrentarse a Jared, ¿terminaría por averiguar la verdad acerca de lo que realmente había salido mal tantos años atrás?

Elliott pidió otro expreso doble, volvió a ponerse las gafas de montura metálica y miró por encima de ellas.

–¿Qué hay entre Kristi Wilde y tú? Jamás te oí mencionarla.

Jared descartó la curiosidad de Elliott con un movimiento displicente de la mano.

–Historia antigua.

–Una historia que tengo la impresión que necesito conocer antes de que pongamos en marcha este proyecto. Entre vosotros surgieron suficientes chispas como para quemar estos papeles –tocó los documentos que tenía delante–, y no quiero que nada amenace con hacer naufragar este documental antes de que suelte las amarras. Así que, ¿cuál es la historia?

–La conocí cuando vine por primera vez a Sidney. Salimos juntos unos meses y nos divertimos antes de que yo tuviera que irme al campamento de entrenamiento en Florida. Eso es todo.

–Suena muy sencillo y poco complicado.

–Lo es –se bebió un vaso de agua antes de sentirse tentado de contarle el resto.

El modo en que no se parecía en nada a ninguna de las mujeres que se movían en su círculo social de Melbourne. Su falta de fingimiento, de afectación, de malicia. El modo en que solía mirarlo, con risa, calidez y auténtica admiración en los ojos. El modo en que lo hacía sentir, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo y careciera de la responsabilidad de tener que estar a la altura de las expectaciones que colgaban de su

cuello como una losa.

No, no podía contarle eso a su amigo, ya que manifestar esos recuerdos lo catapultaría de vuelta a un lugar en el que preferiría no estar: herir a una mujer que le importaba.

Elliott apoyó los brazos cruzados en la mesa y adelantó el torso moviendo la cabeza.

–El único problema, amigo mío, es que te conozco, y sencillo y poco complicado no son palabras que emplearía para describirte a ti o a cualquiera de tus relaciones.

–No fue una relación –contradijo, y sintió una punzada en el pecho.

Así como jamás la habían planteado de esa manera, pasaron cada momento libre que tenían en compañía del otro, junto con todas las noches. Pero no le apetecía mitigar la curiosidad de su amigo.

–Entonces, ¿qué fue?

El mejor momento de su vida.

La primera mujer con la que había estado relacionado.

La primera persona a la que había permitido acercarse lo suficiente como para que le importara.

La primera vez que se había permitido sentir algo más que cautela, sentido común y amargura.

Había estado embotado después de escapar del extraño giro de actitud de sus padres cuando de pronto empezaron a reconocer que existía, que se había visto motivado a tener éxito y a utilizar el talento que había descubierto gracias a la negligencia mostrada por ellos.

Para él, Melbourne sólo había albergado malos recuerdos y unos padres súbitamente posesivos, por lo que trasladarse a Sidney había tenido tanto que ver con un comienzo nuevo como con potenciar su carrera.

Aunque ella lo había desconocido en su momento, Kristi había sido una salvadora: amiga, amante, distracción… todo eso en uno.

Y cuando se había acercado demasiado… bueno, había hecho lo único que había podido.

Había huido.

–Kristi y yo salimos de forma informal. Nos divertimos.

–¿Y no le rompiste el corazón?

Se había cerciorado de no quedarse el tiempo suficiente para eso.

–De haberlo hecho, ¿crees que ella tomaría parte en tu pequeño experimento social?

Al parecer satisfecho, Elliott asintió y con gesto distraído se subió las gafas.

–Buen punto. Parecía vivaz y vigorosa. Imagino que te habría atravesado con un espetón si le hubieras montado un número.

–No sabes cuánta razón tienes.

No es que estuviera de acuerdo con la afirmación de su amigo. Por ese entonces, Kristi llevaba escrito vulnerabilidad por todas sus facciones. Actuaba como si no le importara, pero él había visto los signos, había vislumbrado las miradas de añoranza que le había lanzado cuando creía que él no la veía.

Pero entonces había organizado aquella fiesta de despedida de soltera para su compañera de piso, y no había parado de hablar de invitaciones y vestidos de novia, lo que le había provocado más de un escalofrío.

El matrimonio jamás figuraba en sus planes y el simple hecho de estar tan cerca de todas esas flores y corazones le atenazaba las entrañas.

Y un día la sorprendió de pie ante un espejo con un vestido de novia y una sonrisa beatífica. Si esa visión no le había provocado un escalofrío de terror, sus palabras lo habían logrado.

–El próximo será nuestro turno.

Ni aunque ardiera en el infierno.

De modo que había adelantado su fecha de partida al campamento de entrenamiento de Florida y se había despedido con una llamada telefónica. Había adoptado la salida cobarde, pero, tal como lo veía, había tomado la decisión correcta.

Nunca le había prometido nada a Kristi y desde el principio había dejado claro que sus salidas tenían un límite de tiempo. No era culpa suya que ella lo hubiera interpretado como lo que no era.

–Si os separasteis amigablemente, ¿significa eso que en la isla vais a retomarlo donde lo dejasteis?

–¿Para que los vean tus curiosos telespectadores? No es probable.

Aunque tuvo que reconocerse que él se había preguntado lo

mismo nada más ver el fuego en sus ojos.

–Es una pena. Habría sido agradable añadirle un poco de romance a la combinación.

Moviendo la cabeza, Jared se puso de pie.

–Eres un bobo.

–No, soy un productor en busca de audiencia –dejó unos billetes en la mesa, recogió los documentos y también se incorporó–. No, el sexo vende, amigo mío.

Jared gruñó, pero una parte de él estuvo de acuerdo y albergó la leve esperanza de que también Kristi lo estuviera.

Capítulo 4

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 4 Están tocando nuestra canción. Es una pena que sea el tema de* Titanic

Mientras se perfumaba, le costaba controlar el hormigueo infernal de los nervios que invadían todo su estómago.

Sin importar las veces que había recitado mentalmente que esa noche era para retocar los detalles de la semana que iban a pasar juntos en la isla de Lorikeet, no podía soslayar el hecho de que quedar con Jared apestaba a cita.

Había visto el modo en que la había mirado durante el breve encuentro en Icebergs; como si tuviera presente todo sobre ella y anhelara un veloz recorrido por el camino de los recuerdos.

Si lo intentaba, tenía cuatro palabras para él.

No en esa vida.

Se miró en el espejo y vio el destello de los pendientes de plata que hacían juego con su top de lentejuelas.

Le encantaba el atrevimiento que compensaba con unos pantalones negros de cintura baja. Resultaba elegante sin esforzarse mucho. Y no es que lo hubiera hecho. Quería que esa velada pasara veloz y que los siete interminables días en la isla también pasaran veloces y pudiera recuperar el equilibrio.

Porque aunque ya no sintiera nada más por Jared, volver a verlo la había puesto nerviosa con una extraña mezcla de furia, miedo y reserva. Era incapaz de desterrar el pensamiento de que cuanto más tiempo pasara con él, más en evidencia se pondría.

Porque justamente eso era lo que había hecho la última vez.

Quedar como una idiota de primera.

Había sabido que tarde o temprano él tendría que irse, pero había comenzado a aferrarse a él cuanto más se acercaba la fecha de la despedida, que había culminado en ese necio y enfadado ultimátum durante la última llamada telefónica que habían

mantenido.

Lo había obligado a elegir. Ella o el tenis. ¿Cuán estúpida y joven había sido?

Y cuando la había sorprendido con aquel vestido de novia antes de marcharse, se había sentido contenta. Había querido que viera el aspecto que tenía, que imaginara el sueño de felicidad eterna tal como ella lo quería.

Por eso había hecho aquel comentario de que los siguientes serían ellos, casi con la esperanza de que la alzara en vilo y se la llevara con él.

Pero Jared se había retraído la última semana antes de partir, dejándola melancólica, desesperada y dolida, increíblemente dolida.

Su ridículo ultimátum había nacido de la furia, el resentimiento y el rechazo, algo que jamás debería haber hecho.

Pero no podía cambiar el pasado; el recuerdo de su ingenuidad le producía vergüenza y volver a ver a Jared sólo servía para resucitar esos antiguos sentimientos de bochorno y mortificación.

Mientras que él parecía impertérrito por su pasado.

Y encima tendría que pasar una semana en una isla desierta con él.

Su humillación era completa.

Sonó el telefonillo y después de echarse un último vistazo en el espejo, cruzó la habitación, agradecida de que sus sandalias con plataforma sólo le permitieran moverse a paso de tortuga, y le abrió.

Se preguntó si había llamado a su trabajo para conseguir su dirección y quedó sorprendida al descubrir que no era así. Significaba que la recordaba. Se preguntó qué más recordaría.

Para su disgusto, ella no había olvidado nada de él.

Y así como no era capaz de traer a la memoria nada de lo que les había gustado a Avery y a Barton, recordaba con sorprendente claridad cómo le gustaban los huevos a Jared: escalfados. El café: con leche y un terrón de azúcar. El lado que ocupaba en la cama: el derecho.

Se preguntó si eso no habría sido parte del problema con los dos compromisos. Ambos habían estado bien, hombres sobresalientes con buenos trabajos, buen aspecto y buenas credenciales, pero no eran Jared.

La idea había pasado por su mente las dos veces que había roto los compromisos, pero la había descartado como el recuerdo caprichoso de una joven sobre un romance breve que había sido demasiado bueno para ser verdad.

Había analizado dichas relaciones de forma minuciosa, había intentado borrar la despedida final cada vez: la sorpresa y el desconcierto en los ojos de ellos; la culpa y la tristeza en ella.

Había necesitado un tiempo para recobrarse de Avery, luego de Barton, y en cada ocasión había empezado a pensar en Jared y se había odiado por ello.

Pero el recuerdo de su separación ahogó cualquier vestigio de sentimentalismo que pudiera sentir hacia ese encuentro, y al abrir la puerta la irritación sustituyó los recuerdos.

–Bien. Ya has llegado. Vámonos.

Su brusquedad se evaporó en cuanto lo vio apoyado en el marco de la puerta, luciendo una sonrisa traviesa que hizo que sus músculos faciales anhelaran responder de igual manera.

–Vaya.

Se puso rígida cuando la recorrió con la vista, cuyo brillo socavó su determinación tanto como esa condenada sonrisa.

Sin prestar atención al temblor en sus rodillas, vio que llevaba unos mocasines de marca, unos vaqueros oscuros y una camisa de algodón del color de su sirope de caramelo preferido, lo que en absoluto ayudó a restablecer su inmunidad.

Él siempre había tenido mucho estilo; podía ponerse cualquier prenda y hacer que pareciera alta costura. Una cosa más que le había encantado de Jared.

–¿Estás listo?

Estudiando su rostro en busca de un motivo para su sequedad, rió entre dientes y extendió la mano.

–¿Nos vamos?

Soslayando su mano, ella asintió.

–Si tienes en mente una seducción durante la cena, olvídala. He aceptado salir contigo para dejar todo claro antes de quedarnos a solas en esa isla. ¿Entendido?

El saludo burlón y la amplia sonrisa que le dedicó fueron elocuentes; haría lo que le apeteciera esa noche.

–Perfectamente.

Ceñuda, ella movió la cabeza.

–Hablo en serio. Soy inmune, así que no pierdas el tiempo...

–¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que todo esto me incomoda y que la seducción es el único modo que conozco para relajarme y volver a como estábamos antes?

Su sinceridad la sorprendió, porque así como había hablado con tono ligero, vio la incertidumbre en sus ojos.

Un aguijonazo de culpa penetró su quisquillosa armadura. Si ella se sentía incómoda con toda esa situación, ¿por qué no iba a estarlo él?

–No podemos volver a como estábamos antes.

La sonrisa de él le provocó recuerdos y el anhelo de hacer justo eso.

–Solíamos reír mucho entonces, nos sentíamos relajados en compañía del otro. ¿No sería estupendo volver a capturar parte de eso en la isla, en especial delante de las cámaras?

Desde luego, de eso iba todo, restablecer una cierta comunicación para no quedar mal ante las cámaras. Debería haberlo imaginado, aunque durante una fracción de segundo casi había deseado que estuviera coqueteando con ella porque deseaba recrear parte de aquella otra magia que habían compartido en el pasado.

–Supongo que tienes razón.

–Ésa es mi chica.

No lo era y en realidad jamás lo había sido.

Agradecida de que no hubiera elegido ninguno de los sitios a los que habían ido juntos, atravesó las enormes puertas de cristal de uno de los nuevos restaurantes de Sidney donde el Oriente se fusionaba con el Occidente y con un gesto le dio las gracias. Otra de las cosas que no habían cambiado en él: sus modales impecables.

–¿Has venido ya aquí?

Ella movió la cabeza mientras miraba alrededor hacia los techos muy altos, las vigas de acero y suficiente cromo y cristal como para construir un barrio entero.

Avanzó por el restaurante, consciente de las poco sutiles miradas envidiosas que le dedicaban. No es que pudiera culpar a las mujeres.

Jared Malone, playboy de fama mundial, era un serio foco de atracción.

Durante tres años seguidos había sido votado como el deportista más sexy en todas las revistas femeninas más importantes.

Cualquier mujer a la que le palpitara el corazón debería estar medio muerta para no notar su presencia.

Y ella iba a estar a solas con él en una isla durante una semana. Eso le conseguiría un ascenso. Posiblemente le haría ganar cien de los grandes. Entonces, ¿por qué las reservas?

Al llegar a la mesa, supo por qué no le entusiasmaba la perspectiva de la semana siguiente.

Habría sido suficiente pasar siete días en una isla con algún desconocido, pero, ¿con un hombre al que una vez había amado, que conocía sus puntos débiles, que la conocía íntimamente?

Diablos.

–Estás nerviosa.

Fingió no saber de qué hablaba cuando le apartó la silla y se sentó.

–Me refiero a nuestra pequeña excursión por la isla.

–¿Se nota? –hizo una mueca.

Riendo entre dientes, él le pasó la yema de un dedo por encima del labio superior.

–Cuando piensas demasiado, se te forma esta pequeña arruga justo aquí.

Le apartó la mano y bebió de la copa de cristal llena de agua.

–¿Es que tú no estás ni una pizca incómodo sobre este asunto?

Él se reclinó en el asiento, cruzó los brazos y le obsequió esa sonrisa insolente que hacía que el corazón siempre le diera un vuelco.

–No.

–¿O sea que no importa que tuviéramos...?

–¿Un pasado? –la sonrisa de él aumentó–. ¿De verdad preferirías estar aislada en Lorikeet con un desconocido antes que conmigo?

Había reflexionado en ello y aún no había llegado a ninguna conclusión. Con un desconocido podría haberse mostrado con una corrección distante, podría haber fingido entusiasmo por el documental, podría haber evitado involucrarse.

Pasar una semana con Jared, solos ellos dos, haría imposible que

mantuviera la distancia.

Conocía tanto de él, recordaba detalles que debería haber olvidado... cómo devoraba el sushi, igual que un hombre famélico; cómo prefería nadar en el océano antes que en una piscina; cómo le gustaban las revistas deportivas antes que las novelas.

Tantos recuerdos, todos buenos. Salvo aquél en que la había abandonado sin mirar jamás atrás.

–Si tienes que pensar tanto, quizá he perdido mi encanto.

Kristi puso los ojos en blanco.

–A tu encanto no le pasa nada y lo sabes muy bien.

Él se secó la frente.

–Vaya, durante un segundo me tuviste preocupado.

Cuando él se marchó, Kristi había echado muchas cosas de menos, entre ellas su sentido del humor. Siempre habían intercambiado esas pullas, alternando las bromas con amplios fragmentos de sus vidas. Le había encantado eso, lo había amado.

Lo que hacía que volviera otra vez a su dilema original: ¿cómo sería de peligroso estar a solas en una isla con Jared?

El dolor de la ruptura y cualquier humillación residual deberían garantizarle inmunidad ante él después de tanto tiempo. Había pasado página, y tenía dos compromisos para demostrarlo.

«Compromisos rotos», le susurró la irritante e insidiosa voz de la razón.

Hombres de los que se había enamorado lo suficiente como para creer que quería casarse con ellos, pero no lo bastante como para dar el último paso y llegar a decir de verdad «Sí, quiero». Había querido tanto a Avery como a Barton, la gentileza, la paciencia y la comprensión que le habían mostrado.

No cabía duda de que había pasado página, ya que habría sido imposible que hubiera amado a esos hombres si en lo más hondo de su corazón añorara en secreto a su primer amor.

Además, él le había destrozado la gran ilusión de amarlo al elegir su carrera por encima de ella, al no estar dispuesto a establecer un acuerdo intermedio.

Después de que Jared se marchara, había pasado por las fases del dolor: ira, negación, y unos meses más tarde, aceptación.

Sencillamente, no la había amado.

Pero estar sentada frente a él en toda su magnífica apostura le

dificultaba desterrar los recuerdos de cómo había sido en una ocasión.

–¿Pedimos? Estoy muerta de hambre.

–Me he tomado la libertad de pedir el menú de degustación de ocho platos –llamó a un camarero con la mano, quien al instante se acercó a ellos con una cara botella de champán–. De ese modo podemos probar un poco de todo. Espero que no te importe.

–Perfecto.

Mientras el camarero les servía champán, aprovechó la oportunidad de mirar alrededor. No le sorprendió ver que cada mujer que tenían cerca le lanzaba miradas subrepticias a Jared cuando sus parejas no se percataban de ello. Los ojos eran como de un depredador hasta que se posaban en ella, momento en que adquirían una expresión de curiosidad y envidia.

–¿Qué miras?

Kristi recogió la copa de champán y la alzó en brindis silencioso.

–Todas las mujeres que nos rodean están babeando por ti.

–¿Dónde? –miró por encima del hombro, captó la mirada de una mujer, le guiñó un ojo y le sonrió al tiempo que ella bajaba la cabeza sonrojada–. Ah, te refieres a ella.

–Y a ella –con la cabeza indicó la izquierda–. Y ella –luego a la derecha–. Y ella.

–Ésa está detrás de ti. ¿Cómo puedes saberlo?

Con sonrisa irónica, Kristi volvió a alzar la copa.

–Porque es humana y mujer y está tan embobada como el resto del local por tu presencia.

Él esbozó su sonrisa familiar, juntó las manos sobre la mesa y adelantó el torso.

–¿Eso te incluye a ti?

Ella bufó.

–¿Te parezco estar embobada?

Acercándose aún más, tanto como para que ella pudiera oler su fresca loción de fragancia lima y ver los puntos verdes en sus ojos almendrados, le tocó la mano.

–Pareces increíble, más hermosa que hace ocho años, si eso es posible.

–¿Has estado trabajando en esa frase?

Impertérrito, él se echó para atrás, reanudando su postura

indiferente.

–Según tú, no necesito frases. Al parecer, las mujeres se quedan aturdidas sólo con mirarme –ella emitió un sonido grosero que hizo que él riera y entrechocara su copa con la de Kristi–. Por nosotros y porque aprovechemos al máximo nuestra aventura en la isla.

–Por nosotros.

Al repetir el brindis de Jared, sus reservas se acentuaron cuando un aguijonazo de expectación se asentó en el lugar que más temía.

Su corazón.

Él bebió un trago largo sin dejar de mirarla con una intensidad que hizo que se sintiera cada vez más incómoda.

Dejó la copa en la mesa y se adelantó.

–¿Sabes? Una vez estuve loco por ti.

–Sí, tanto, que te fuiste al otro extremo del mundo para alejarte de mí.

El calor se desvaneció y al instante los ojos de él adquirieron una expresión velada.

–Mi carrera estaba despegando. Ya lo sabes.

El viejo y familiar resentimiento salió a la superficie y borró el gozo inesperado que acababa de experimentar sólo por estar allí, compartiendo una cena con él.

Lo había sabido, pero se había dejado atrapar en el romance vertiginoso. Jared había vivido el momento, había querido una gratificación instantánea, no deseaba mirar hacia el futuro, mientras que ella había tenido suficientes sueños para los dos.

No es que hubiera podido importar. Nada de lo que hubiera dicho o hecho entonces habría cambiado el resultado.

–Sí, lo sé.

–Suenas amargada.

–¿Es que piensas que no tengo derecho a estarlo?

–Conocías las reglas. Nunca hice promesa alguna.

–¿Más allá de unos meses de diversión? –chasqueó los dedos–. Tonta de mí de pensar que pasaríamos juntos cada momento libre.

Él movió la cabeza.

–¿De verdad quieres revivir todo eso ahora? ¿Justo antes de que pasemos una semana ante las cámaras?

Lo que quería era una disculpa.

Un pequeño indicio de que había significado la mitad para él

que lo que él había significado para ella.

Lo que quería era erradicar ese hormigueo en el estómago que resultaba una burla de su indignación.

Suspiró de forma exagerada y movió la cabeza.

–No tiene sentido. Dejemos el pasado en el pasado.

Él sonrió.

–Escucha, sé que esto es incómodo. Éramos estupendos juntos hasta la semana pasada, cuando los dos nos comportamos de forma algo descabellada.

–¿Tú crees?

Él rió y ella logró esbozar una sonrisa tensa. No quería discutir el ultimátum humillante que le había lanzado, cómo le había gritado, llena de dolor, ira y resentimiento. Se había comportado como una loca, de modo que eso resultaba algo más que incómodo.

–Los dos éramos jóvenes. Teníamos planes diferentes. ¿Qué te parece si dejamos todo eso atrás y durante la próxima semana intentamos ser amigos?

Amigos. Claro... podía ser su amiga con sólo desearlo.

«Piensa en el dinero... piensa en Meg y en Prue».

Por desgracia, sólo era capaz de pensar en lo amigable que quería mostrarse Jared en la isla.

–Amigos –dijo, bebiéndose el champán, aunque de poco le sirvió para calmarle los nervios. En esa ocasión no tuvo más remedio que sellar el trato estrechándole la mano.

Un acuerdo simple, amigos por una semana.

Capítulo 5

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 5*

Cuando se os pregunte «¿Te gusto?», no respondáis «Estoy aquí, ¿no?»

–¿Alguna pregunta de último minuto?

Kristi apartó la vista de la distante visión del horizonte de Sidney y se volvió hacia Elliott.

–No, creo que ya lo has abarcado prácticamente todo.

Satisfecho, Elliott miró a Jared, quien se encogió de hombros y sonrió.

–Estoy de acuerdo.

–Bien –el otro cerró su portapapeles–. Entonces, os quedáis solos.

–Gracias, amigo.

Mientras Jared le daba una palmada en la espalda, ella agitó la mano, que no tardó en bajar al ver que le temblaba por los nervios mientras Elliott subía a la lancha y se alejaba de la isla Lorikeet, dejándola sola con el hombre que últimamente no paraba de irrumpir en sus pensamientos.

Si no anhelara tanto el dinero para Meg, y casi no pudiera saborear el ascenso que Rosanna le había agitado ante las narices, abandonaría toda esa idea descabellada.

Pero el hecho seguía siendo que Meg vivía en un cuchitril, con una preciosa hija de siete años a la que debía educar y que crecía más deprisa de lo que su madre podía vestirla, aparte de que se dejaba las cejas únicamente para sobrevivir.

El dinero podría cambiar todo eso y estaba en su poder ofrecerle ese regalo. En cuanto al ascenso, una chica jamás podía tener suficientes zapatos Louboutin.

Jared le pasó un brazo por los hombros y la pegó a él.

–Parece que sólo estamos tú y yo, pequeña.

Ella se puso rígida y miró con rapidez a su alrededor.

–¿Hay alguna cámara por aquí?

Él rió.

–Es una zona segura. No prestaste atención.

Se soltó de su brazo con el pretexto de acercarse a la orilla del mar.

–Desconecté cuando Elliott repitió su arenga por quinta vez.

–Quiere que esto sea perfecto. Es su vida.

Sintiéndose mal, se volvió hacia él.

–Lo sé. Es un gran productor. Supongo que tengo algo de angustia ahora que ya estamos aquí.

Él enderezó los hombros y se limpió las manos.

–Sí. Pongámonos en marcha.

Una vez llegado el momento de la verdad, no quería abandonar ese lugar, no quería situarse delante de las cámaras para que filmaran cada movimiento que hiciera con el fin de ser escrutado y analizado.

–Lo primero es lo primero. Nuestro alojamiento –con el pulgar señaló al este–. Al parecer, nuestras humildes moradas están hacia allí –le apretó el hombro en un gesto inocuo que, sin saberlo, disparó una descarga de percepción por ella–. Puedes lograrlo.

«Piensa en el dinero, piensa en el ascenso». No había pensado en otra cosa para mantenerse mo

tivada... descartando la desmesurada cantidad de tiempo que había dedicado a pensar en ese hombre y en cómo enfocar durante la próxima semana su proximidad forzada.

Y había tomado una decisión.

Se mostraría cortés pero distante.

Respondería a sus preguntas, pero no se mostraría demasiado amigable.

Desempeñaría el papel de una mujer decidida a ganar el dinero al tiempo que intentaba soslayar las cámaras.

Y no dejaría bajo ningún concepto que el famoso encanto de Jared volviera a atravesar su guardia.

–Vamos, estaré contigo en cada paso del camino.

Él extendió la mano y ella la contempló... la palma ancha, los dedos largos y fuertes, la curva del dedo pulgar.

No quería colocar la mano en la suya, confiar en él, había

aprendido del modo más duro que todo era un engaño.

Jared bajó la voz y dijo:

–Celebraremos un baile. Será como en los viejos tiempos.

¿Viejos tiempos?

Lo había adorado, lo había anhelado, amado con tanta intensidad que el deseo apenas le había permitido respirar.

Él no le estaba ofreciendo nada, pero durante un instante loco, al mirarlo a esos ojos tan francos, quiso volver a capturar parte de esa antigua magia, sentirse otra vez la mitad de bien.

Con un suspiro, aceptó la mano y el pulso se le desbocó en reconocimiento cuando los dedos se entrelazaron con los suyos.

–De acuerdo. Hagámoslo.

BLOG DE KRISTI, DÍA 1

Isla Lorikeet: vistas preciosas de Sidney, rodeados por el océano más azul del planeta y con un clima perfecto. He durado la primera hora sin meter la pata seriamente delante de las cámaras. Aunque he permanecido sentada y petrificada, bebiendo un refresco en la terraza de postal de mi «hogar» durante la próxima semana, observando a Jared comportarse como un superhombre e investigar la distribución del terreno.

No sé por qué se molesta. No es que nos vaya a atacar un animal salvaje, ¿no?

¡Cielos! ¿Qué ha sido ese gruñido?

Oh, sólo mi estómago. Una mujer no sobrevive únicamente de refrescos y aire. Es hora de preparar el almuerzo. ¿Alubias cocinadas sobre tostadas hechas a la hoguera del campamento?

Ya echo de menos Sidney.

BLOG DE JARED, DÍA 1

No es un mal sitio. Puede que me dedique a pescar. Kristi trajo demasiados zapatos. Es una chica...

Capítulo 6

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 6*

Desarrollar un blog es divertido, pero para siempre: elige con cuidado tus palabras

–¿Has usado Twitter alguna vez?

Kristi movió la cabeza, tratando de mirar por encima del hombro de Jared mientras toqueteaba su iPhone.

–No tengo tiempo. El trabajo me mantiene bastante ocupada. Uso los correos electrónicos. La página de Facebook. Eso es todo.

Sin dejar de mirar la pantalla, él respondió:

–No sabes lo que te pierdes.

El bufido de ella hizo que le lanzara una mirada divertida.

–¿Qué tiene de especial informar al mundo de lo que haces en unos ciento cuarenta caracteres o menos?

–Es el desafío, hacer que resulte interesante en tan pocas palabras –tecleando con rapidez, finalmente dejó el teléfono–. Supongo que sabes lo mucho que les gusta un desafío a los chicos, ¿no?

–¿A los chicos o sólo a ti?

Él rió entre dientes.

–La última vez que lo comprobé, yo era un chico. ¿O preferirías verificar...?

–¡Deja eso! –espetó, girando con brusquedad la cabeza hacia una de las cámaras–. Estamos en directo.

Bajando la voz a un susurro de conspiración, adelantó el torso y habló tapándose la boca con el dorso de la mano.

–A los espectadores les encantan estas cosas. Un poco de coqueteo ligero. Es bueno para el nivel de audiencia –movió las cejas hasta que la mueca poco impresionada de la boca de ella se relajó en una sonrisa–. El sexo vende, nena.

No podía culparlo por montárselo ante las cámaras. Había algo

tan extrañamente antinatural en todo eso. Por ejemplo, que alguien pudiera estar mínimamente interesado en mirarlos a los dos cenar o poner alguna objeción a la última banalidad era algo que estaba más allá de ella.

Pero no podía negar que Elliott Barnaby era un genio; ni el hecho principal de que estaba allí por dinero y por el ascenso.

Fingiendo ponerse de malhumor, se echó el cabello por encima del hombro como cualquier heroína de la pantalla con agallas.

–No soy tu nena.

–Lo fuiste una vez.

Lo susurró tan bajo que las cámaras no habrían podido captarlo y se le puso la piel de gallina ante la alarma que despertó en ella su aproximación y sentir el aliento cálido de él acariciarle el cuello al tiempo que le murmuraba al oído:

–¿Quieres recrear parte de la antigua magia?

–¡No!

Pero su cuerpo la traicionó y el calor le sonrojó la piel mientras inadvertidamente se inclinaba hacia él, invitándolo a pasarle un brazo alrededor y acunarla como solía hacer.

–Mentirosa –musitó, acariciándole la nuca con las yemas de los dedos y provocándole un escalofrío de deseo mientras de forma casual le rodeaba los hombros con un brazo y daba la impresión a todo el mundo de que eran los mejores amigos.

Una necesidad instantánea, inesperada e intensa le martilleó el cuerpo y estableció un tempo implacable, ignorando con obstinación la supuesta inmunidad a él que sentía esos días e instándola a ser temeraria, arrojarse a sus brazos y mandar al cuerno las cámaras.

Pero había una diferencia en quedar en ridículo otra vez por ese hombre y en hacerlo mientras el público observaba ansioso, de modo que se retiró de debajo de su brazo con la excusa de recoger el teléfono de él.

–Toma. Escribe algo en Twitter.

Él emitió una risa baja y ronca.

–De acuerdo. Observa esto.

Su pulgar voló sobre el teclado del teléfono y la sonrisa se le amplió al pasarle el aparato.

–Adelante. Echa un vistazo.

Con creciente aprensión miró la pantalla y el corazón le dio varios vuelcos al leer el breve mensaje enviado al cibermundo.

Twitter.com/Náufrago_Jared Las viejas llamas nunca mueren. Simplemente, arden más intensas si avivas el fuego.

Soslayando el corazón desbocado y el claro impulso de saltarse lo de avivar y lanzarse directamente al fuego, le devolvió el teléfono.

–¿Estás seguro de que no eres un pirómano? Toda esa charla de llamas y tu incesante necesidad de avivar la hoguera.

–Hacerte la tonta no ayudará.

Apretó el teléfono contra la palma de la mano de Kristi.

–Es tu turno.

–No tengo cuenta allí.

–Elliott abrió una para los dos. La tuya está bajo Náufraga_Kristi.

–Desde luego.

Forzando una sonrisa exageradamente dulce, tecleó en el teléfono y vio su foto de Relaciones Públicas en su página de Twitter.

–Recuerda, juega limpio –murmuró él, guiñándole el ojo para instarla a hacer justo lo contrario.

Hurgó en su cerebro en busca de algo adecuadamente ingenioso que poner y al final se conformó con la verdad parcial.

Twitter.com/Náufraga_Kristi

–¿Alguna vez habéis deseado que un ex pudiera veros en este momento? ¡Tened cuidado con lo que deseáis!

Jared se llevó una mano al pecho.

–Es duro.

–Sincero –le devolvió el teléfono con una mueca–. Creo que ya empiezo a captar la onda de este asunto de Twitter.

Él se guardó el teléfono en el bolsillo con una sonrisa irónica.

–Sí, pero no me alabes demasiado.

–No hay peligro de que eso suceda.

Se quedó quieta cuando él alargó la mano y le tocó la mejilla, un contacto fugaz con la yema de los dedos que le hormigueó hasta los pies.

–¿Qué pasó con la chica que solía mirarme con estrellas en los ojos?

–Las estrellas se desvanecen, pierden su fulgor –supo que había dicho la frase equivocada en cuanto él se irguió con los ojos entornados y la expresión deliberadamente impertérrita–. No era mi intención...

–Lo sé.

Le dio la espalda, fue hacia el borde del agua y contempló Harbour Bridge centelleando en la distancia.

–Lo echas de menos, ¿verdad?

Los hombros de Jared se pusieron rígidos imperceptiblemente antes de meter las manos en los bolsillos.

–Todo el mundo ha de retirarse en algún momento.

–Pero esa elección te fue arrebatada por la lesión. Fue diferente.

–Podría haber vuelto de haberlo deseado.

Su voz tenía un tinte melancólico, un deje de vulnerabilidad que jamás había oído en el seductor invencible. No se movió; siguió mirando las aguas como si no hubiera hablado.

Ella quiso insistir en respuestas, pero no tenía derecho.

Llevaban ocho años separados y conocía poco de él aparte de lo que había leído en las revistas, de lo que él le había contado cuando salieron, lo que había sido poco.

No, no tenía derecho a insistir.

A pesar de la amargura que siguió a la ruptura, de la ira que invadió su alma confiada hasta hacer que deseara retorcerle el cuello, en cuanto había pasado un día con él se había visto obligaba a reconocer la verdad.

A una pequeña parte de ella aún le importaba.

Siempre había sido así y pasar tiempo con Jared reforzaba la teoría de Meg: quizá no había seguido adelante con sus dos compromisos matrimoniales por ese hombre y la huella que había dejado en ella tantos años atrás.

Él le había marcado el corazón como si hubiera blandido un hierro candente, dejándoselo quemado y marcado como suyo.

Bajó la mano de su hombro y se apartó, sorprendida cuando se

volvió para mirarla entre las sombras con expresión inescrutable.

–¿Alguna vez alguien ha surtido un efecto profundo en tu vida?

No era eso lo que había esperado y asintió con cautela, reacia a convertir eso en una conversación acerca de ella.

–Mis padres, supongo. Eran asombrosos.

–Habrías hecho cualquier cosa por ellos, ¿verdad?

–Mmmm.

No tenía idea de adónde quería ir a parar con ese tema. Quizá sintiera que estaba en deuda con algún mentor o entrenador que había tenido.

Él se pasó una mano por el pelo y movió la cabeza.

–Lesionarte, pasar por rehabilitación, ver a todos esos jóvenes lesionados y parcialmente discapacitados para darme tiempo para pensar en la dirección que seguía mi vida... Durante todas esas aburridas sesiones de hidroterapia, llegué a la conclusión de que era hora de hacer algo más que pegarle a una pelota en una pista.

–Algo que hacías muy bien, te recuerdo.

–Sí, ¿verdad?

La sonrisa de orgullo de él le llegó al alma.

–Ése es el Jared Malone modesto que conozco y amo.

¡Maldición! Había hablado demasiado deprisa y metido la pata hasta el fondo.

En reconocimiento a él, la sonrisa no vaciló, pero vio que la cautela se asomaba a sus ojos.

–Me alegra oír que no he perdido mi multitud de devotos fans.

Podría y debería haberlo dejado ahí, pero jamás había optado por la opción segura en lo referente a ese hombre.

–¿Es lo que siempre fui para ti?

–Sabes que no es así.

Se preguntó si realmente lo sabía.

Habían tenido un romance vertiginoso que había durado seis meses. Él se había trasladado a Sidney y se habían conocido en un acontecimiento de relaciones públicas; la había cautivado la primera vez que le sonrió. Y aunque pasaban juntos todos los ratos libres que estaba fuera de las pistas, Kristi sabía que se había enamorado con más fuerza que él.

Jared jamás le había dicho que la amaba, nunca le había hecho promesas, y verlo marcharse le había partido el corazón. Ese

corazón ingenuo e impresionable que solía desbocársele cada vez que él estaba cerca.

Menos mal que había crecido.

–Es tarde. Creo que me retiraré.

No había dado ni dos pasos antes de que la mano de él le rodeara la cintura y la detuviera con aliento contenido, consciente de la oscuridad intensa, del suave romper de las olas en la playa y del excesivo calor de ese simple contacto.

–Estábamos bien juntos.

¿Qué demonios significaba eso? ¿Que podían volver a estarlo? Ni en mil años.

Giró en redondo con la intención de apartarle la mano. No se movió y se encontró tentadoramente cerca de un cuerpo que había conocido de forma íntima y que emitía señales que no tenía esperanzas de ignorar.

–¿Qué quieres de mí, Jared?

Observó un millón de respuestas pasar fugazmente por su cara antes de que esbozara esa sonrisa familiar, sexy y rompecorazones.

Acercándola, miró en sus ojos y en ese mismo instante Kristi supo que se hallaba en serios problemas.

–¿Qué quiero?

Bajó la vista a sus labios mientras la expectación la recorría como champán caro.

–Esto –concluyó.

El beso la catapultó de vuelta a un tiempo lleno de recuerdos especiales y la dulzura del primer amor, un tiempo donde un hombre encantador, gregario y devastador la había vuelto loca. Un tiempo en que había perdido todo sentido de la cordura hasta que fue demasiado tarde.

Lo que planteaba la pregunta: ¿qué demonios hacía dejando que la besara en ese momento?

Capítulo 7

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 7 Evitad los juegos de mesa para pasar el tiempo. Garantizan discusiones*

BLOG DE KRISTI, DÍA 2 Uno eliminado, quedan seis días. Sinceramente, ¡qué lenta puede parecer una semana! Como los compañeros «náufragos» no pueden leer el blog del otro, voy a ser directa.

¡Estar varada en esta isla me está MATANDO!

No hay chocolate caliente con leche italiana de Max Brenner; nada de ensaladas César de mi cafetería favorita en Bondi; ninguna incursión en busca de zapatos rebajados durante el mediodía como terapia.

¿Lo peor de todo? Nada de paz mental. ¿Un consejo para cualquiera que esté contemplando llevar a cabo una locura similar? No lo hagáis. Estar confinado con un ex es similar a recibir un biquini de cera: una pura tortura.

No estaría tan mal si no me gustara, pero estamos hablando de JARED MALONE. Damas, sabéis a qué me refiero. Lo habéis visto sin polo en una pista de tenis miles de veces, lo habéis visto mientras lo entrevistaban y oído sus frases irascibles... y habéis visto esa sonrisa demoledora.

No hablemos más.

Estoy hecha una ruina.

Fingir que todo es casual es duro. Mantenerse inmune al condenado seductor es aún más duro.

Mirad, éste es el problema cuando no se dispone de un televisor. Te ves obligada a leer o a hablar y el número atrasado de Vogue *que puedo hojear es limitado. Lo que me devuelve al punto de partida: hablar con él, reírle sus chistes, comportarme como una colega cuando... cuando... demonios, ¡se supone que ya no me gusta más!*

Repetid conmigo: quedan seis días...

BLOG DE JARED, DÍA 2

Estar con Kristi es estupendo. Como estar con un viejo colega sin tener que hacer esfuerzo alguno. Los próximos seis días van a ser fantásticos.

Lo estaba matando.

Con cada chorro de protección solar que sacaba del tubo, con cada frotamiento lento y deliberado por el brazo, por las piernas largas, con cada contoneo de ese trasero bonito mientras se ponía cómoda en la toalla de playa, lo estaba matando.

Ahí se iba al garete la idea de una semana de coqueteos y seducción ligeros.

Mientras Kristi pasaba de estar boca abajo arriba, juntando los pechos sin darse cuenta y casi desbordándolos por la parte superior del biquini gris más pequeño que jamás había visto, Jared contuvo un gemido y reanudo la tarea mundana de recoger leña.

Todo era por su culpa.

Jamás había tenido intención de besarla, sólo había pretendido un poco de diversión mientras estuvieran en la isla, mantener la atmósfera distendida.

Pero ella se había puesto completamente seria, sondeando los motivos que había tenido para dejar el mundo del tenis, y había abierto un abismo en su corazón que él ignoraba todos los días, y comprendió que estaba perdido.

Besarla había sido el menor de dos males, ya que no tenía intención de indagar en su psique y en el recordatorio constante de que nunca más volvería a jugar al tenis.

Después de la lesión, su agente y su entrenador lo habían instado a ver a un psicólogo, algo obligatorio para un profesional cuya carrera se había visto cortada en su apogeo.

Se había enfrentado a las preguntas habituales: «¿qué te provoca tu lesión? ¿Estás resentido? ¿Enfadado? ¿Propenso a hundirte?»

La cuestión era que ninguna cantidad de sesiones de terapia con un psicólogo deportivo de élite mitigaría el dolor de perder una parte de sí mismo, la única parte que lo vinculaba con sus inconstantes padres.

Y eso era lo que más lo crispaba.

El hecho de que le importara.

Después de la indiferencia que le habían mostrado al principio y cuando ganó el torneo Junior de Wimbledon, en un comienzo odió sus súbitas atenciones y reconocimientos, hasta que la parte aislada de él que siempre había anhelado su aprobación se agrietó y cedió.

Su lado listo y cínico sabía por qué lo habían hecho. Para disfrutar bajo el reflejo de la gloria de sus triunfos, para compartir su fama.

Sin embargo, el niño vulnerable y desesperado por una pizca de afecto de sus padres prosperó bajo su atención tanto tiempo postergada, disfrutó de tenerlos en la pista, aplaudiéndolo, compartiendo con él los títulos de Grand Slam que ganaba.

Entonces, ¿qué podría pasarle a su vacilante relación una vez que lo había dejado? Teniendo en cuenta las escasas visitas que le habían hecho durante su rehabilitación y la falta de recientes llamadas telefónicas, lo sabía.

Y en ese momento, la isla.

Kristi hizo un ruido poco elegante al terminarse su refresco favorito en el momento en que él levantaba la cabeza y la observaba.

Le importaba un bledo lo que captaran las cámaras.

Había coqueteado con las mujeres más hermosas del mundo, desde estrellas de cine hasta la realeza, y en contra de los informes de los paparazzi, no se había acostado con todas. No había tenido tiempo al estar centrado únicamente en ser el mejor.

Pero sus prioridades habían cambiado al mundo de los negocios.

Kristi no sabía nada sobre su pasado y le gustaría que siguiera de esa manera. Podía ser lo más próximo que hubiera tenido jamás a una relación, pero eso no significaba que pensara perder otra vez la cabeza.

En cuanto a su corazón, lo había guardado bajo llave hacía mucho tiempo, a salvo de la confianza y del inevitable dolor cuando a las personas que amabas les importabas un bledo.

–¿Has terminado con la actitud de cavernícola?

Ella se había mostrado gélida durante la cena, pero bajo sus constantes andanadas de bromas, empezaba a descongelarse.

No es que la culpara. Desde su enfadado exabrupto cuando pasó a recogerla la noche anterior, no lo había perdonado por elegir años atrás su carrera tenística en vez de a ella.

Pero no había tenido elección.

Aunque tampoco pensaba empezar a darle explicaciones en ese momento.

Con las manos en las caderas, apartó la vista de la generosa exhibición del cuerpo de Kristi.

–¿No eras tú quien quería tostar malvaviscos esta noche?

–¿Lo dije yo?

Se llevó la mano al pecho y él la siguió con la mirada, desvanecidas sus intenciones de mantener la distancia.

–¿Tienes alguno?

Ella rió entre dientes y se bajó las gafas para mirarlo por el borde.

–Tal vez deberías haberlo preguntado antes de planificar una hoguera que se puede ver desde Nueva Zelanda.

Añadiendo otra rama al creciente montón, fingió ignorancia.

–Me sorprende que pudieras meter algún malvavisco en tu maleta, con esa zapatería ambulante que llevas a todas partes.

Ella entrecerró los ojos e hizo una mueca.

–¿Te estás burlando de mis zapatos?

–Sólo hago una observación.

Ella hizo un mohín tan adorable que tuvo ganas de hacerle perder el sentido a besos.

–Debes saber que requiere esfuerzo estar tan bien.

La miró de arriba abajo y se detuvo especialmente en las curvas. Sabía que sería una necedad resucitar el pasado cuando no había cambiado nada fundamental.

–No me estás mirando los zapatos.

La miró a los ojos y enarcó una ceja.

–No llevas puesto ninguno.

Ella recogió unas sandalias escuetas.

–¿Y qué es esto?

–¿Relleno de maleta?

–Pagano –musitó volviendo a acomodarse las gafas de sol y poniéndose boca arriba–. Vuelve a tu tarea de recoger leña. Es lo que se os da bien a los neandertales.

–Palos y piedras –dijo él, mucho más cómodo con ese intercambio jocoso que con la discusión cargada de emoción de la

Twitter.com/Náufrago_Jared
Jugar a ser amigo de una ex apesta.

Twitter.com/Náufraga_Kristi
Hoguera acogedora, malvaviscos tostados, chico apuesto. ¿Qué? Una chica puede mirar, ¿no?

–No te hagas ninguna idea rara.

–¿Eh? –Kristi se estiró, se frotó el estómago y gimió cuando Jared sacó un malvavisco del palo y lo fue intercambiando de mano mientras lo soplaba.

–No vamos a hacer esto todas las noches.

–Teniendo en cuenta que acabo de comerme media bolsa de malvaviscos y que apenas puedo moverme, no recibirás ninguna queja de mí.

Arrojando el malvavisco al aire, echó la cabeza atrás y lo atrapó con la boca abierta al primer intento.

–Eso es lo que dices ahora, pero apuesto que mañana volverás a ser la mandona habitual, obligándome a recoger leña mientras tú estás tumbada.

Moviendo la cabeza mientras él le ofrecía el último malvavisco, dijo:

–Piensa en los niveles de audiencia. Todas esas espectadoras pegadas ante las pantallas de los televisores mirando con ojos soñadores cómo flexionas los músculos mientras recoges madera.

Clavando la vista en los shorts vaqueros y el top blanco de ella, enarcó una ceja.

–Creo que tú cumples con creces con tu parte para subir las audiencias, con ese trozo de tela que llamas biquini que te pusiste hoy.

¡Se había fijado! Había estado furiosa después de aquel beso, más consigo misma que con él. Había esperado algo semejante de Jared dada su actitud displicente, como si pudieran reemprender la relación y continuar como si nada.

Pero el modo en que había respondido al beso... ésa sí que era otra cuestión. Al principio se había resistido. Pero cuanto más tiempo la habían persuadido sus labios, empleándose con una

destreza que después de tanto tiempo aún la dejaban sin aliento, había perdido la cabeza y olvidado todos los motivos sensatos por los que no debería responderle.

No sabía qué era peor, si la mortificación de haberle devuelto el beso o el descubrimiento de que la resistencia que tenía ante ese hombre se encontraba bajo una seria amenaza una vez que había abierto sus defensas un poco.

Como cualquier mujer desdeñada, había estado pensando en una venganza. Y adrede se había puesto su biquini más provocativo. Quizá había sido una tontería, pero quería sacudirlo tanto como él la había sacudido la noche anterior con ese beso inesperado. Con lo que no había contado era con el hormigueo ardiente que había experimentado cada vez que él la había mirado.

–Se supone que debe ser realista. ¿Qué otra cosa se puede poner una chica en una isla?

Apenas pudo captar su «bañador de cuello alto» casi inaudible.

Era evidente que lo estaba afectando y atravesando sus defensas.

Debería sentirse vengada. Pero a cambio la invadió una extraña sensación de desánimo. ¿Qué estaba haciendo? Jugando a un juego estúpido cuando había jurado mantener la distancia.

Su respuesta al beso había sido una aberración, la reacción de una mujer que llevaba siglos sin tener una cita y menos el amago de un beso. Lo mejor era volver a su antiguo plan: ignorarlo, ignorarlo, ignorarlo.

Subió las rodillas, las rodeó con los brazos y apoyó el mentón en ellas.

Jared siempre había sido apuesto, pero había algo en él en ese momento… una seguridad que jamás había exhibido cuando se conocieron.

Había una arista más dura, como si la vida le hubiera lanzado algo más que unos aces en su camino.

–Estás mirando fijamente.

–El fuego.

Él avivó las llamas con una vara larga.

–No, a mí.

La curiosidad le pudo; se moría por preguntarle si todos los rumores eran verdad, si había hecho la mitad de las cosas que afirmaban las revistas.

–No tienes suficiente de mí, ¿eh?

Se estiró y se apoyó sobre los codos, la camiseta celeste tensa sobre su torso musculoso. Para alguien que llevaba un año sin jugar, no había perdido el tono físico. Aunque doce meses de intensa rehabilitación lo habrían mantenido en perfecta forma.

–Tu ego no ha cambiado ni un ápice.

Ella puso los ojos en blanco y contuvo el impulso de reír con él.

–Tú sí has cambiado. A pesar de su tono ligero, Kristi pudo percibir un deje serio en el comentario y así como no deseaba adentrarse en un repaso profundo del pasado que habían compartido, le había despertado la curiosidad. ¿Cómo la veía en ese momento?

–Claro que he cambiado –confirmó ella, decantándose por la ecuanimidad–. Nuevo estilo de pelo, nuevo estilo de ropa...

–Nueva actitud.

–¿Qué esperabas? ¿Que fuera la misma chica ingenua y soñadora con la que... saliste?

Había estado a punto de decir «amaste». A pesar de toda la atención, de los buenos ratos y de los momentos íntimos que habían compartido, no la había amado. No lo suficiente como para quedarse.

Jared entrecerró los ojos como si pudiera ver a través de ella.

–Hoy en día tienes un aire mucho más alerta.

–¿No te gusta?

Apartó la vista, la respuesta presente justo antes de que hablara.

–Me gustaba mi antigua Kristi.

Se mordió la lengua para no espetarle que, para empezar, jamás había sido *suya*.

Incómoda con el giro que tomaba la conversación, necesitaba una distracción.

–Háblame de Florida –él tensó los hombros en un claro indicio de que no quería tocar ese tema–. ¿Cómo fue la sensación de dejar Sidney y establecerte allí?

Jared se sentó, se sacudió el polvo de las manos y continuó avivando el fuego con la vista clavada en las llamas.

–No hay mucho que contar. Me entrené como un poseso, me junté con otros recién llegados, hice todo lo que mi entrenador y agente me dijeron.

Prácticamente no le había contado nada. Podía dejarlo ahí, pero conociéndolo, dirigiría el interrogatorio hacia ella y bajo ningún concepto pensaba demorarse en una época en la que habían estado locos el uno por el otro.

–Te disparaste al top cien en tu primer año. Debió de ser toda una experiencia.

–En realidad, bastante aburrida. Madrugar, horario riguroso de entrenamiento, una dieta estricta, tiempo limitado de inactividad.

Sin apartar los ojos del fuego, su rostro carecía de toda emoción, lo que bastó para avivar aún más la curiosidad de Kristi.

–¿De modo que todas esas rubias vinieron después?

Al final la miró con el esbozo de una sonrisa.

–Y no olvides a las morenas y a las pelirrojas.

–Y a las princesas, las aspirantes a estrellas de cine y a las supermodelos.

–Sí, ésas también –sonrió.

–¿Alguien serio entre tu harén?

–¡Diablos, no!

Su respuesta vehemente la sobresaltó, pero antes de que pudiera responderle, él se apresuró a continuar:

–No soy el tipo propenso a las relaciones. Tú ya lo sabes.

Como si necesitara que se lo recordara.

Sí, lo sabía, pero oírselo expresarlo en voz alta en ese momento, después de que hubiera pasado tanto tiempo, aún tenía el poder de hacerle daño.

–Eh, si alguien sabe cómo eres, soy yo.

Reculó para sus adentros al oír las palabras que salieron de su boca, ya que era un comentario que sonaba demasiado personal, demasiado próximo para resultar cómodo.

Él se puso de pie y arrojó el palo al fuego antes de girar para mirarla.

–No te hagas ninguna idea rara.

–¿Como cuál?

–Como que nuestro tiempo aquí significa algo más que lo que es.

–¿Y qué es?

–Dos viejos amigos que vuelven a verse después de tiempo.

–Tonterías –se levantó, fue hacia él hasta quedar cara a cara–. Me tragué esa excusa trillada hace ocho años, pero ya no.

–¿Qué excusa...?

Señaló el horizonte brillante de Sidney en la distancia.

–No estarías de vuelta aquí si no quisieras asentarte. No estarías varado en esta isla conmigo si no estuvieras ya involucrado.

Se acarició el mentón.

–No sabes de lo que estás hablando...

–Elliott me contó que lo haces porque estás financiando un centro juvenil en Kings Cross. Si eso no es implicación, no sé qué es. Podrías haberles donado millones de dólares, pero estás aquí, siendo filmado para un documental descabellado, para ganar unos huecos de publicidad muy cara –le clavó el dedo índice en el pecho por dos veces–. ¡Eso es implicación! Y es estupendo. Así que no me sueltes ninguna tontería de que no te estás involucrando, porque lo haces.

Pero no conmigo.

Algo con lo que se había reconciliado hacía ocho años, aunque reconocerlo no hacía que fuera más fácil.

Él alzó las manos y retrocedió.

–Escucha, acerca de lo que pasó anoche, no quiero que haya ninguna confusión.

Cerró el puño y le pegó.

–No estoy confusa. Me besaste; es lo que hacen los hombres como tú.

Él frunció el ceño.

–¿Los hombres como yo?

–¿Necesitas que te lo deletree?

–Por favor.

–Eres un actor. Un poco de seducción por aquí, un poco de coqueteo por allí, la esporádica mirada encendida, dar uno o dos besos... te gusta que las mujeres te adoren.

El ceño de Jared se profundizó.

–Eso es duro.

–Pero cierto.

–No me conoces para nada –movió la cabeza.

Trastabilló unos pasos.

En realidad, jamás lo había conocido.

No al verdadero Jared Malone; detrás de esa ambición ciega, detrás de las sonrisas sexys y de la actitud despreocupada y del

exterior encantador, no lo conocía.

Sólo le había dejado ver lo que había querido que ella viera, manteniéndola a raya emocionalmente durante el tiempo que habían salido. Había estado tan ocupada entonces cuidando de su corazón roto, que no había visto la verdad.

Que jamás había llegado a conocer a ese hombre.

–Tienes razón –concedió. El aguijonazo de las lágrimas la sorprendió por completo y parpadeó, decidida a no permitir que lloraba por él. Giró en redondo y se dirigió a la cabaña.

–Kristi, aguarda.

No lo hizo.

Estaba harta de esperar por algo que tuviera que ver con Jared Malone.

Capítulo 8

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 8*
Los hombres de verdad montan tiendas

BLOG DE KRISTI, DÍA 3

He sido un ejemplo de educada modelo de compañera de isla durante todo el día.

No he hablado mucho más allá de «¿Cómo estás?» y «Agradable taza de té».

Es más seguro de esta manera. La conversación de la noche anterior no fue nada positiva. Tiene todas las señales irracionales de una mujer aislada en una isla con un ex durante mucho tiempo.

¿Parecido al síndrome que adquieren las víctimas con sus secuestradores cuando la proximidad les proporciona el engaño de que se han enamorado?

¡Exacto! Soy una mujer, él es el único varón de la isla, por lo que es lógico que quiera intimar y establecer una relación personal, ¿no? Querer ahondar en su psique, conocerlo mejor.

El problema es que ya lo he intentado antes, hace ocho años para ser precisa. No funcionó entonces, ¿qué me lleva a pensar que lo hará ahora?

Él está cerrado herméticamente.

Con sólo cuatro días más para sobrevivir, he de ceñirme a un plan.

Evitarlo a toda costa.

BLOG DE JARED, DÍA 3

Nunca antes he encendido una hoguera. No está mal. Ha mantenido a los bichos alejados.

¿Qué es lo que hay entre las mujeres y los fuegos? ¿Quieren sentirse confortables y conversadoras? Irritante.

Hoy he desmontado la pila de leña.

–Estúpido desafío, estúpida isla, estúpido hombre –musitó Kristi afanándose con la clavija de la tienda por décima vez y observando cómo la parte frontal volvía a derrumbarse.

–¿Necesitas ayuda?

Miró con ojos centelleantes las dos tiendas perfectamente levantadas de Jared y contuvo su deseo inicial de decirle dónde podía meterse la ayuda que le ofrecía.

–No, gracias.

Bajó la cabeza, concentrada en introducir la clavija en la tierra y consiguiendo únicamente que la condenada cosa se le escurriera de los dedos y que el costado entero de la tienda se colapsara.

Soltó una retahíla de juramentos y parpadeó para contener el súbito deseo de llorar, que tenía poco que ver con la tienda y todo con el hombre que le ofrecía ayudarla.

No te hagas ninguna idea rara. Como que nuestro tiempo aquí significa algo más que lo que es.

Neciamente, eso mismo es lo que había hecho, a pesar de la determinación de mantener la distancia. Toda la lógica del mundo no le había impedido leer más en su encanto, su coqueteo, su beso.

¡Maldición! ¿La había besado y esperaba que no se hiciera ninguna idea?

Le alegraba haber soltado la verdad acerca de su razón para estar allí, a pesar de que Elliott le había mencionado que era un tema delicado y que no debía permitir que él se enterara de que ella lo sabía. Lo que Jared hacía era admirable, entonces, ¿por qué el secreto?

Ella lo sabía. Otra excusa para que él mantuviera la distancia, la mantuviera fuera de su vida. Perfecto.

Se puso de pie, le dio una patada infantil a la clavija y fue hacia el borde del agua, agradecida de que las cámaras se hubieran apagado unos momentos antes.

–Deja que te ayude.

Él apoyó una mano en su brazo y Kristi se puso rígida, odiando el modo en que ese contacto podía hacer que lo deseara y que anhelara entregarse aún más.

¿Dónde estaba su orgullo? ¿Y su plan de mantenerse distante? Era un poco duro cuando lo único que deseaba era darse la vuelta, arrojarse a los brazos de él y desahogarse llorando.

–Mejor que no –se desprendió de su mano sin atreverse a mirarlo–. Podría hacerme algunas *ideas*.

–Sabía que seguías irritada por eso.

–¡Bravo por tu perspicacia!

–Sólo estoy siendo sincero contigo.

–¡Más tonterías! –giró y le apuntó con un dedo, desvanecida su determinación de retener la ecuanimidad–. Si no estás siendo sincero contigo, ¿cómo diablos vas a serlo conmigo? –él no dijo nada, simplemente la miró con expresión paciente y condescendiente intolerables–. A ver, dime esto. ¿Qué crees que pasó entre nosotros hace ocho años?

La cautela se asomó a los ojos de Jared.

–Nos divertimos.

–Divertimos. ¿Eso? ¿Nada más?

Los pies de él se movieron levemente sobre la arena.

–Iba a quedarme en Sidney poco tiempo. Tú conocías la situación.

Eso creía ella. Pero en sus sueños románticos, la situación había sido un amor total en vez de *deuce*, una maraña de emociones enloquecidas y frialdad distante cuando él se marchó.

–¿O sea que me estás contando que no hubo implicada emoción alguna?

–Disfrutamos de unos seis meses fantásticos, Kristi. Llegado un momento tenía que terminar. ¿Por qué sacar el pasado ahora?

–Porque eres un necio si por un segundo crees que lo que sucedió entre nosotros en el pasado no nos está afectando ahora.

Él apretó la mandíbula, conteniendo una serie de verdades que ella necesitaba oír.

–¿No sientes la más mínima curiosidad de por qué estoy tan irritada contigo? ¿La verdadera razón?

La culpa pasó como una sombra furtiva por la cara de Jared.

–Sé que me culpas por cómo terminaron las cosas…

–¿Tú crees? –se esforzó en serenar la voz y en eliminar la tensión de los hombros.

–Sabías que nuestras citas tenían un final.

A la defensiva hasta el final, pero tenía algunas verdades para él.

–Sí, pero lo que no sabía era que cuando llegaras a ese límite final, cortarías y huirías sin verme para una despedida apropiada.

–No me gustan las despedidas.

Indignada, se acercó, invadiendo su espacio personal.

–Eso es poco convincente, incluso para tu patrón de conducta –al no obtener respuesta alguna, bufó y giró para alejarse unos pasos antes de volver a encararlo–. Me viste con ese vestido de novia y te dio un ataque al corazón. No me brindaste la oportunidad de contarte que bromeaba acerca de que llegara a ser real para nosotros, después de eso no me diste la oportunidad de hacer prácticamente nada.

Contuvo un sollozo y lo miró con expresión acusadora antes de continuar:

–Lanzarte el ultimátum fue una estupidez. Pero estaba herida. No te había visto. Y entonces te subiste a ese avión y te marchaste, así de fácil, y jamás te perdonaré por robarme la verdadera oportunidad de cerrar lo que vivimos.

Él abrió la boca, volvió a cerrarla y movió la cabeza.

¿Qué podía decir? Ella había hablado suficiente por ambos.

Extrañamente, Kristi se sentía mejor. Descargar ese resentimiento latente había sido como una catarsis. Pero no había terminado. Había zanjado el pasado; era hora de aclarar el presente.

–Y te equivocas. Mucho. Hubo emociones en nuestra relación del pasado, así que dime, ¿qué hay ahora entre nosotros?

–Atracción sexual.

Fue el turno de ella de recular cuando él se acercó, tanto que pudo oler su colonia y sentir el calor que emanaba de él.

–Tal como *yo* lo recuerdo, la teníamos a montones. Me alegra ver que algunas cosas no cambian.

Jared volvía a pisar terreno seguro, usando la sexualidad como un arma para evitar algo remotamente profundo y significativo.

Ella le había mentido acerca de que había sido una broma y que no había pensado en el matrimonio. Había sentido cada palabra dicha. Pero, ¿qué sentido tenía confirmárselo en ese momento?

Él había sido su primer amor, la clase de amor que una chica jamás olvida. Jared aún poseía el poder de sacudirla hasta los mismos cimientos.

Conteniendo el deseo de pegarle en la nariz, empleó un tono suave y sedoso.

–¿O sea que lo que dices es que me quieres por mi cuerpo?

La mirada intensa de él la recorrió de forma atrevida, encendiéndola y casi arruinando su determinación a plantarle cara.

Pero eso era demasiado importante y bajo ningún concepto iba a permitir que volviera a salirse con la suya.

Aunque la sonrisa perversa de Jared la dejó trémula.

–Sí, te deseo.

Ella le tomó la mano.

–Aquí tienes un consejo –apoyó la mano en su cadera–. Si deseas esto también –le subió la mano y la posó directamente en su corazón, intentando con desesperación ignorar cómo le martilleaba por el contacto tan próximo a su pecho–. Primero tienes que pasar por aquí.

Él mostró sorpresa y con un movimiento de la cabeza y los ojos casi desencajados, dio un paso atrás y respiró hondo varias veces.

Nunca lo había visto tan agitado y el hecho de que reaccionara de esa manera le confirmó lo que ella ya sabía.

Sin importar lo distante o ecuánime que fingía estar, algo más que la atracción física bullía debajo del exterior frío de Jared.

Finalmente, él respondió:

–No quiero herirte. ¿Es que no lo entiendes?

–Es un poco tarde para eso, ¿no te parece?

El horror que mostró la cara de él casi hizo que riera.

–¿Insinúas que vuelves a estar enamorada de mí?

–¡Diablos, no! Quería decir que ya lo habías hecho. Creo que hoy en día podría sobrevivir a cualquier cosa que lanzaras en mi camino.

–¿Aunque lo único que yo quisiera fuera una aventura?

Jamás aceptaría algo así, pero durante una fracción de segundo casi deseó hacerlo.

–Eres un hombre inteligente, dedúcelo tú mismo.

Le tocó el torso justo encima del corazón, apenas un roce con las yemas de los dedos, algo que lo sobresaltó e hizo que diera un salto atrás como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Giró en redondo y se marchó a la máxima velocidad que sus piernas largas y atléticas le permitieron.

En vez de sentirse triste, esbozó una sonrisa satisfecha al ver la rigidez con la que andaba.

Verbalmente, Jared podía negar cualquier atisbo de emoción

entre ellos, pero no podía ocultar su lenguaje corporal.

Jared regresó casi a la carrera por la arena hasta su cabaña. Lejos de Kristi y de sus condenadas verdades.

No bastaba con que lo hubiera mantenido despierto casi toda la noche con su acusación de que se hallaba emocionalmente implicado en Activate.

En ese momento tenía que repasar el pasado con su propia veta cáustica de la verdad.

Hasta ese momento, había explicado sus actos durante la ruptura, aunque fuera a sí mismo, como justificados.

Kristi había proyectado más importancia que la que tenía a una aventura ligera. Hasta el momento de ese extravagante ultimátum en que le había pedido que eligiera entre ella y su carrera. Todo había sido culpa de ella.

O eso se había dicho en su momento.

Cuando la realidad era completamente distinta.

Quizá había sido joven y estúpido y con el impulso de triunfar en lo único en lo que realmente era bueno, en lo único que alguna vez le había conseguido la atención de sus padres, pero podría haber manejado la ruptura de forma diferente.

Ninguna justificación y excusa podrían cambiar el hecho de que había estado asustado, aterrado, por cómo lo había hecho sentir ella en tan breve espacio de tiempo.

Vivir con Kristi había sido fácil, cómodo, pero lleno de un zumbido constante que sólo había logrado emular al ganar su primer título de Grand Slam.

Había hecho que se sintiera bien consigo mismo, como si pudiera conseguir todo. ¿Y cómo la había recompensado él? Dejándola, sin mirar una sola vez atrás.

Se había merecido algo mejor.

Y en ese momento, al descubrir cuánto había entregado ella a la relación, abría una vieja herida que había creído cicatrizada. Como mínimo, le debía una disculpa.

Se pasó una mano cansada por la cara y dio media vuelta. Al regresar a la playa, ella ya no estaba. Siguió las huellas que había dejado en la arena y al final la encontró cerca de un farallón rocoso que daba a la ciudad de Sidney en la distancia.

–¿Kristi?

Ella giró y la expresión rebelde contradijo las lágrimas que ya se habían secado en sus mejillas; algo dentro de Jared se rompió.

La había abandonado demasiado fácilmente. Era hora de enmendar aquello.

Ella cerró los brazos en torno a su cintura y alzó el mentón con gesto desafiante.

–Lo has descubierto ya, ¿eh?

–Dijiste que era un tipo inteligente. ¿Por qué me siento estúpido? –y cosas más duras por herir a esa mujer especial.

–Dímelo tú.

Avanzó un paso con la mano extendida que ella ignoró.

–Te debo una disculpa.

–¿Por qué?

En esa ocasión Kristi no pensaba darle una salida fácil. Haría que se arrastrara.

–Por ser un cobarde. Por ser un idiota. Por tratarte de forma desagradable cuando rompimos –vio que la boca de ella se suavizaba un poco y aprovechó su ventaja–. Podría emplear la excusa de que era joven y estúpido, pero la verdad es que, sin importar lo brillante que fuera nuestra relación entonces, siempre habría huido del compromiso. No era el momento apropiado, así de simple.

Los ojos de ella mostraron comprensión y una maraña de emociones que él no tenía esperanzas de descifrar.

–No fuiste el único en ser joven y estúpido –dejó caer los brazos a los lados y relajó los hombros–. Ese horrible ultimátum que te di estuvo mal. Te coloqué en una situación imposible.

–Sí, lo hiciste –sonrió y se animó cuando ella le devolvió la sonrisa–. Lo siento, Kristi. ¿Me perdonas?

En ese momento no le dio ocasión de que le rechazara la mano y se la tomó a pesar de la resistencia que le ofreció.

–Lo pensaré.

La sonrisa de él se hizo más amplia.

–Bien. Mientras te lo piensas, ¿quieres dar un paseo?

–He estado pensando en lo que dijiste.

El tono bajo de él quebró el silencio amigable y la ilusión de que

por un momento eran dos personas en perfecta sincronía dando un paseo agradable por una playa vacía.

–¿Sí?

Se detuvo y no le ofreció otra opción que tener que hacer lo mismo.

–Acerca de estar entregado al centro recreativo.

–¿Y?

–Tienes razón –movió la cabeza con expresión torturada–. Al principio era el dinero, devolver algo de lo recibido. Pero al ver a todos esos chicos parcialmente discapacitados en rehabilitación me llegó al alma.

–No es nada de lo que avergonzarse –le tocó el brazo con la intención de transmitirle su admiración y respeto.

El dolor retorció las facciones de él hasta que con cuidado lo controló y forzó una sonrisa.

–Esta noche estamos llenos de confesiones.

Fue el turno de ella de sentirse incómoda. Puede que él se hubiera desahogado, pero ella aún guardaba algunos secretos que no tenía intención de confesar.

–Me alegro de que puedas hablar conmigo –contuvo el aliento cuando alzó la mano y con las yemas de los dedos le acarició la mejilla.

–Siempre pudimos hacerlo.

«Pero de todos modos te marchaste».

Siempre volvería a eso. No importaba lo que él dijera en ese momento o cuánto estuviera ella dispuesta a perdonarlo, jamás sería capaz de olvidar el hecho de que la había dejado.

Se encogió de hombros y giró para observar otra vez la vista de Sidney en la distancia.

–Supongo que algunas cosas nunca cambian.

Le tocó el hombro y a Kristi le costó contener el deseo de apoyarse en él.

–Los dos hemos cambiado. Quizá la pregunta verdadera sea si hemos cambiado lo suficiente como para seguir adelante y dejar el pasado atrás.

Utilizó el plural cuando en realidad se refería sólo a ella. ¿Había cambiado lo suficiente como para dejar atrás el pasado, lo que habían compartido, lo que habían perdido?

Respiró hondo y lo miró directamente a los ojos.

–¿La verdad? No lo sé.

–De acuerdo, entonces.

La mirada de él bajó a sus labios y Kristi respiró hondo, sintiendo un hormigueo de expectación.

–¿Has descubierto lo que quieres tú? –soltó, con su determinación vacilante por el nudo que se le formó en el estómago cuando él se inclinó hacia ella lentamente al tiempo que bajaba la cabeza e irradiaba un calor abrasador.

Cerró los ojos y alzó levemente la cabeza para recibir el beso.

Cuando él apoyó la frente en la suya y murmuró: «Maldita sea si lo sé», no pudo estar más de acuerdo.

Twitter.com/Náufrago_Jared

Sacadme de aquí.

Twitter.com/Náufraga_Kristi

Este lugar cada vez me gusta más. Sólo por el paisaje, desde luego.

Capítulo 9

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 9*
¿Quieres humillarlo ante la cámara? Pídele que te sostenga el bolso

BLOG DE KRISTI, DÍAS 4-5

Elliot se va a relamer de gusto con esto. Durante los dos últimos días Jared se ha cerciorado de que pasemos ante las cámaras cada minuto que estamos despiertos. Una técnica de evasión, evidentemente. No quiere una repetición de nuestra pequeña conversación antagónica durante el desafío del campamento. Podría empezar a llamarlo el Chico Avestruz, que esconde la cabeza en la arena y todo eso...

Lo que no entiende es que no puede evitarme para siempre. Y las cámaras se activan automáticamente, de modo que si planeo con cuidado mi emboscada... no tendrá ni una posibilidad.

Eso, o atarlo y arrastrarlo a los emplazamientos libres de cámaras que hay en la isla.

Desde luego, primero lo ataría ante las cámaras. ¿Acaso eso no haría que fuera un documental interesante? Por supuesto, me haría ganar puntos para obtener el premio final.

Quizá tuviera los músculos para levantar una tienda de campaña mejor que yo, pero no cabe duda de que lo machaqué en el desafío de natación. Y en el desafío de pesca yo capturé cinco peces contra los raquíticos dos suyos.

¡No hay quien pueda conmigo!

¡Mostradme el dinero!

BLOG DE JARED, DÍAS 4-5

Sólo faltan dos días.

Llegué a las semifinales de Wimbledon con una contractura en la espalda.

Sobreviví a una maratón de cinco sets para ganar dos veces el US Open.

¡Puedo hacerlo!

(A propósito, ¿no se supone que a las chicas les da asco meter cebos vivos en los anzuelos? ¡No puedo creer que me ganara en la captura de peces! ¡Prefiero perder los cien de los grandes que dejar que los chicos descubran que una chica me derrotó con la caña de pescar!)

Cuanto más tiempo pasaba con ella, más se daba cuenta de que Kristi tenía razón.

Estaba implicado, y no sólo en el centro recreativo.

–¿Listo para caer en otro desafío?

Él se detuvo, se subió la mochila y plantó las manos en las caderas.

–¿Sólo tuviste suerte?

Ella alzó la mano y fue enumerando sus triunfos.

–En el agua. Pescando. A punto de llegar primera a la cima de esta montaña.

–¿Tú crees?

–Lo sé.

–El orgullo antes de la caída y todo eso.

Ella descartó el dicho con un gesto de la mano.

–Empecemos con el espectáculo para que pueda cimentar mi puesto como ganadora virtual.

Él rió y una pequeña parte en su interior esperó que Kristi ganara. Si lo hacía él, tenía planeado donar el dinero al centro de todos modos y en el plan general de las cosas, eso no marcaría muchas diferencias considerando todo lo que ya había invertido.

Pero para que ella estuviera allí, aguantando todo lo que le echaba, realmente debería necesitar el dinero, y mucho.

Cambió la distribución del peso e hizo una mueca al sentir un aguijonazo en su rodilla reconstruida. Y no estuvo preparado para el cambio de arrogancia a compasión que apareció en la mirada de ella.

–¿Estás seguro de que tu rodilla puede aguantar la subida?

–Estoy bien.

Ella entrecerró los ojos, bajó la vista a su rodilla y le dedicó una expresión acusadora.

–Dímelo cuando necesites descansar.

–Serás tú quien suplique un descanso –se subió más la mochila.

–Todos los deportistas sois iguales –sonrió.

Se puso a caminar al lado de él por la suave pendiente que poco a poco fue incrementando su nivel de dificultad.

–¿Hablas por experiencia personal? –preguntó él, irritado de que pudiera haber estado relacionada con algún otro deportista.

–Mmmm.

Ella no se explayó y se bajó aún más el gorro de color rosa flamenco para que apenas pudiera verle unas sombras de su cara.

–¿Profesionales? –imaginar a Kristi cerca de alguno de los canallas con los que había recorrido el circuito hizo que quisiera darle un puñetazo al árbol más cercano.

–Más bien amateurs –musitó ella.

Debería haber abandonado el tema, ya que no tenía derecho a ahondar en el pasado de ella. Pero un diablo interior curioso lo instó a exigir respuestas que sabía que no le iban a gustar.

–¿Antiguos amigos?

–Antiguos novios.

Los pies de ella incrementaron la velocidad mientras los suyos se quedaban clavados donde estaba.

–¡Vaya!

Kristi se detuvo y se volvió con la cara todavía en sombras.

–¿Qué? ¿Ya necesitas un descanso?

Él cubrió la distancia que los separaba y le quitó el gorro.

–Lo que necesito es averiguar más sobre esos novios, ¿en *plural*?

Se encogió de hombros con expresión impasible.

–Estuve prometida. Dos veces.

Lo comentó como si hubiera ido al supermercado, igual que algo tan aburrido como elegir una barra de pan.

Aún seguía aturdido por la sorpresa cuando ella le quitó el gorro de las manos y volvió a colocárselo en la cabeza.

–¿Alguna otra pregunta?

–¿Por qué no seguiste adelante, en ambas ocasiones? –contuvo el aliento al tiempo que se preguntaba qué le pasaba. ¿Es que esperaba que le respondiera que por él? ¿Lo deseaba?

–¿De verdad quieres saber por qué? –lo desafió con una ceja enarcada, como tentándolo a reconocer la verdad. Que al tiempo que deseaba oír la respuesta, eso lo aterraba.

Él irguió los hombros y asintió.

–No te lo habría preguntado si no lo deseara.

Lo miró directamente a los ojos.

–Con Avery y Barton, confundí cariño por amor. Y jamás me conformaría con algo menos que amor. Un amor devorador, cegador, apasionado y sin barreras.

El bufido de él hizo que Kristi sonriera de forma condescendiente, como si le inspirara pena.

–Deja que lo adivine –añadió–. Tú no crees en él.

–Exacto. Algo así no existe.

Ella movió la cabeza.

–Lo he visto en persona. Créeme, existe.

Y él había visto precisamente lo opuesto: una versión amargada y retorcida del amor, lo que lo empujaba a evitarlo a toda costa.

–¿Dónde? ¿Con tus amigas? La gente cree estar enamorada, se ablanda y se lo suelta a todo el que quiera oírlo, pero en la intimidad probablemente se detestan y lo descargan con los que los rodean.

Se maldijo para sus adentros por haber soltado demasiado. Eso no trataba sobre él, sino sobre ella.

–Tú nunca hablas de tu pasado –comentó Kristi.

Lo que había temido. Había ido directamente a la zona que le estaba vedada a todo el mundo.

–Se lo llama pasado por un motivo. Debe permanecer allí –siguió andando.

–Mis padres tuvieron un matrimonio perfecto –anunció ella.

Debió imaginar que no abandonaría tan fácilmente.

–No existe nada parecido a perfecto –no aminoró el paso, soslayando la culpabilidad que lo invadió cuando ella prácticamente tuvo que correr para darle alcance.

–El amor que se profesaban era asombroso. Sólo tenían ojos el uno para el otro. Es el tipo de amor que quiero.

–Buena suerte –toda esa conversación de amor y matrimonio resultaba casi tan desagradable como la idea de que amara a los dos idiotas llamados Avery y Barton como para querer casarse con ellos.

–¿Y qué me dices de ti?

–¿Qué pasa conmigo?

–¿Alguna persona especial en estos ocho años?

–No.

–Es una pena.

Captó el tono subyacente de júbilo en su voz y se detuvo para mirarla.

–Suenas feliz.

–No es asunto mío.

–Apuesto que habrías estado celosa si hubiera habido alguien.

La diversión se evaporó de sus ojos y se quedó boquiabierta.

–Ya hemos dejado claro que por ese entonces me importabas. ¿Qué quieres hacer, grabarlo a fuego?

–Eh, estaba bromeando –apoyó una mano en su brazo y ella se la quitó, apartándose.

–Sí, típico de ti, un bromista habitual.

Reemprendió la marcha, dejándolo más desconcertado que nunca.

Mientras sopesaba la idea de regresar al campamento, a pesar de que tuvieran que dirigirse a las cámaras al llegar a la cima, un grito atravesó el aire y el corazón se le paró al ver a la mujer que más lo sacaba de quicio desplomarse diez metros más adelante.

–¡Kristi! –su rodilla protestó cuando se desprendió de la mochila y corrió pendiente arriba hasta el lugar donde ella había caído–. ¿Estás bien?

Le lanzó una mirada asesina e hizo una mueca al mover la pierna.

–¿Te doy la impresión de estar bien?

–Deja que te ayude.

–¡No la toques! –gritó cuando él alargó la mano para ayudarla a incorporarse.

–¿La rodilla?

–El tobillo –espetó con los dientes apretados por el dolor y la cara pálida.

–Necesito examinarlo.

–A ver si lo adivino. Puedes añadir médico a tus muchos talentos.

–Para ti es doctor Malone –indicó, aliviado cuando el humor inocente provocó una leve sonrisa en ella–. ¿Dónde te duele?

–Aquí –señaló la parte exterior del tobillo, que ya empezaba a hincharse de forma considerable.

–¿Puedes estirar el pie?

Con una mueca, ella consiguió realizar cierto grado de movimiento.

–Duele como mil demonios.

–¿Hacia los lados?

Gritó cuando él invirtió el movimiento del pie.

–Te has torcido los ligamentos laterales –tanteó con la yema de los dedos la hinchazón mientras observaba el rostro de ella en busca de una reacción–. Menos mal que no hay nada roto. Sobrevivirás.

–Ten cuidado. La preocupación se puede confundir con el cariño. Y los dos sabemos que no te puedes permitir eso.

Le soltó el tobillo, listo para incorporarse y huir, como hacía habitualmente siempre que en la conversación aparecían las emociones.

Pero la vulnerabilidad de ella y la valentía que mostraba al tratar de esconder su dolor hicieron que se quedara quieto.

Había sabido que llegaría a eso.

Todas sus negativas, ante ella y ante sí mismo, se evaporaban delante de esa mujer y lo que aportaba a su vida y lo que le hacía sentir.

–¿Qué quieres que diga? ¿Que tienes razón? –alzó las manos en gesto de rendición–. Perfecto. Me importas, maldita sea, me importas. ¿Contenta ya?

–Ya vamos llegando.

La sonrisa radiante de ella lo tocó de un modo que jamás consideró posible.

–Reconocerlo no significa...

–Cállate, Malone –le puso la mano sobre la boca–. Déjalo mientras tienes tiempo.

La mano bajó de su boca, pasó por su mandíbula y se posó en su nuca, acercándolo para darle un beso suave y tierno en los labios.

Y entonces recordó que Kristi lo hacía sentir un hombre mejor.

Cuando estaba con ella, todo parecía más luminoso y brillante. Había sido de esa manera hacía ocho años y poco había cambiado.

La conexión que compartían iba mucho más allá de la atracción física; razón por la que se había esforzado al máximo en negarla.

¿Y si no se opusiera tanto?

¿Sería tan terrible?

–Deja de pensar tanto.

Sonrió sobre la boca de ella y se apartó para mirar los luminosos ojos azules.

–¿Esa frase no debería ser mía?

–No, la tuya es «¿adónde vamos desde aquí?»

–Cierto.

Y era verdad.

Les quedaban una noche y un día para sobrevivir en la isla antes de regresar a la realidad. ¿Se hallaba preparado para iniciar una relación cuando sabía que ésta no podría avanzar más allá de unas citas casuales? ¿Toleraría Kristi algo así?

Se dijo que no tenía por qué ser tan complicado. Sería directo desde el principio para que no se hiciera falsas ilusiones. Saldrían, se divertirían, nada demasiado serio.

Pero, ¿y si ella no lo aceptaba?

–Lo primero es bajar de esta montaña para que pueda ocuparme de tu tobillo.

Ella entrecerró los ojos.

–Exactamente, ¿cómo propones bajarme de aquí? ¿Montada sobre tu espalda?

–Mejor –antes de que pudiera discutir, la alzó en brazos y se levantó.

–Bájame, macho idiota. ¡Te lesionarás la rodilla!

–He estado levantando pesos diez veces más pesados que tú –la sostuvo con firmeza cuando ella empezó a culebrear–. Y para ya, de lo contrario te dejaré caer al suelo y te rasparás el trasero, y entonces también tendré que curártelo.

Ella abrió la boca, la cerró con fuerza y de sus ojos saltaron chispas.

–Disfrutas con esto.

–No sabes cuánto.

En cuanto llegaron a las cabañas, ella dijo:

–Ya puedes bajarme.

–No hasta que te meta en la cama –el sonido ahogado de ella lo impulsó a reírse entre dientes–. Para que pueda atenderte el tobillo de forma adecuada.

–No hacía falta aclararlo. Sabía a qué te referías.

Abriendo la puerta de la cabaña de ella con la cadera, retrocedió a la única habitación que la componía con cuidado de que Kristi no

se golpeara la pierna al entrar.

–Es una suerte que aquí dentro no haya cámaras –comentó mientras buscaba hielo en la mininevera y envolvía cubitos de hielo en una servilleta y volvía junto a la cama.

–No tiene nada que ver con la suerte –hizo una mueca cuando le alzó el pie con una toalla enrollada y colocaba el hielo sobre la hinchazón–. Ya es bastante malo tener cámaras encendidas ahí afuera durante varias horas al día. Bajo ningún concepto habría aceptado participar de haberlas tenido ante mis narices las veinticuatro horas del día –arregló las almohadas antes de apoyarse contra el cabecero–. No soy una cazacámaras que busque atención.

–¿Y yo sí? Ella se encogió de hombros y tiró de la horrible colcha marrón.

–Debe de haber otras maneras de conseguir publicidad para el centro. ¿Quizá echas de menos estar bajo los focos?

Maldiciendo para sus adentros, se incorporó y se puso a caminar por la habitación, y tarde se dio cuenta de que ella estudiaba cada uno de sus movimientos.

Se dejó caer en una silla cercana, cruzó los tobillos y se reclinó con las manos tras la cabeza en una postura de deliberada relajación, cuando nada en esa situación se podía considerar relajado.

No quería hablar de lo mucho que echaba de menos los focos ni del por qué. Kristi era demasiado perceptiva, y como le brindara un vistazo de su interior, ¿quién sabía lo que podía descubrir?

–Tú trabajas en relaciones públicas, ya conoces lo que en la actualidad capta la atención de los chicos. Los medios. Las redes sociales.

–De ahí nuestros blogs y Twitter. Sí, eso lo entiendo. Pero, ¿por qué esto? ¿Por qué tú? ¿Qué sacas de ello? Y no me cuentes que es el dinero del premio, porque cien de los grandes representan dinero de bolsillo para ti.

La verdad aleteó en la punta de su lengua antes de tragársela, el impulso de desahogarse una clara señal de lo cerca que había estado de estropearlo.

Ella no podía descubrir la verdad, no toda.

–No se trata de nada complicado. Sólo quería meter toda la publicidad gratuita para el centro que fuera posible. Ya sabes

cuánto cuestan las cuñas publicitarias en los horarios de máxima audiencia. Justifican cada segundo que estoy aquí.

–Qué noble –lo estudió atentamente, sin tragarse por completo la historia.

–Hablando de cámaras, tenemos que hacer una actualización en Twitter. Iré a buscar mi teléfono –ansioso por escapar, fue hacia la puerta.

–¿Jared?

–¿Sí? –se detuvo con la mano en el pomo y la miró, sorprendido por el deje vulnerable en su voz.

–Gracias por cuidar de mí.

Percibió la absoluta sinceridad de sus palabras y con un asentimiento seco, huyó.

Twitter.com/Náufrago_Jared Reconocer la verdad no puede ser bueno.

Capítulo 10

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 10*

No colguéis un cartel en vuestra cabaña con el lema: «Instructora de Sexo: Primera lección gratis»

BLOG DE KRISTI, DÍA 6

El desafío del senderismo no tuvo lugar. Logré subir la cuarta parte de una pendiente muy suave antes de que se activara mi gen de la torpeza y me cayera. No ayudó nada a mi orgullo que sucediera mientras me alejaba de Jared enfadada. Aunque tampoco estuvo del todo mal. Conseguí que reconociera que le importaba.

Por otro lado, es otro desafío perdido. Tengo dos de cuatro. Para mis nuevos fans que están leyendo esto, por favor, no os rindáis ahora. ¡Necesito vuestros constantes votos! Mantened la fe. Voy a ganar esta competición aunque tenga que regresar a nado al continente para lograrlo. De paso, tal vez pueda alimentar con mi oponente a los tiburones.

BLOG DE JARED, DÍA 6

Hasta ahí llegó mi plan de mantener la distancia con Kristi. Así como su tobillo está mejor, sigue cojeando y no puedo abandonarla. Le haré la cena en su «casa». Me cercioraré de que se encuentra cómoda y después me marcharé.

*Debo repetir esas últimas palabras para que me queden grabadas en el cerebro, ya que por mi cabeza ale*tean pensamientos en los que no aparece la palabra marcharse...

–Preparas un sándwich de queso delicioso.

Kristi se palmeó el estómago y Jared siguió el movimiento antes de levantarse de la mesa con el pretexto de recoger.

–Soy un hombre de muchas facetas y talentos.

Se había mostrado alegre durante la cena, había buscado la informalidad y la diversión con el afán de mostrarle lo bien que habían estado juntos una vez sin las cosas serias sobre las que habían hablado en los últimos días.

Porque había tomado una decisión mientras la bajaba de la montaña.

Ya había reconocido que le importaba.

Disfrutaba estando con ella.

Quería volver a conocerla, que salieran cuando regresaran a Sidney.

Pero, ¿cómo convencerla cuando en la isla se había esforzado en ocultar su verdadero yo, en evadir las preguntas que le había formulado, en mantener la falsedad de que no había cambiado aquel joven amante de la diversión?

Le quedaba una noche. Haría que contara aunque en ello le fuera la vida.

Mientras Jared lavaba los platos, ella giró en la silla de madera y con cautela movió el tobillo. Gracias al hielo constante y a mantenerlo elevado, la hinchazón había disminuido bastante.

Le gustaba que dependiera de él, que solicitara su ayuda. Aliviaba su alma masculina y compensaba levemente los últimos días.

Otro motivo por el que quería que esa noche fuera especial. No tenía idea de cómo estarían las cosas entre ellos cuando regresaran a Sidney, y si las próximas veinticuatro horas eran lo único que tenía con ella, haría que cada segundo contara.

Al terminar, se secó las manos y oyó un gemido apagado.

Quizá Kristi sentía más dolor que el que había dejado entrever. Sin embargo, cuando se volvió, la mirada de ella se apartó de su trasero y Jared supo que el sonido tenía más que ver con la tensión que vibraba entre ellos que por cualquier torcedura.

Era el momento de animar las cosas. Sonriendo, metió las manos en los bolsillos y se apoyó en el fregadero.

–¿Te apetece postre?

–¿Qué hay?

Cruzó la pequeña habitación y se puso en cuclillas ante la silla de ella.

–¿Qué quieres?

Los dedos de Kristi se aferraron al borde de la silla mientras él deseaba que los posara en su antebrazo, próximo a la pierna de ella.

Entre ambos crepitó una electricidad estática cuando se movió un poco y le rozó el muslo, al tiempo que el sobresalto de Kristi le disparaba la libido.

Contuvo el aliento, deseando que ella se arriesgara, que diera el primer paso. Después de todo lo que él había hecho en el pasado, de todo lo que habían experimentado, no podía presionarla; no sería justo.

–¿Queda algo de ese chocolate suizo?

–Claro.

Decepcionado, se levantó y giró Aunque se preguntó qué había esperado realmente. ¿Que ella olvidara cómo la había tratado y se arrojara a sus brazos?

–Vuelvo en un segundo.

–De acuerdo.

Algo en su voz... un deje de picardía... se detuvo en la puerta y giró la cabeza y volvió a sorprenderla con la vista clavada en su trasero. Supo que había llegado el momento de reevaluar la situación.

Tal vez Kristi no era tan indiferente a la idea de hacer que fuera una noche especial. En ese caso, tenía grandes planes para la señorita Wilde y el delicioso chocolate cuando regresara.

–¿Qué crees que estás haciendo?

Kristi, apoyada en su pierna buena, le lanzó a Jared una sonrisa tímida en el momento en que él volvía a entrar.

–Probar el tobillo.

–Yo diría que poner a prueba mi paciencia.

Dejó el chocolate en la mesa y la alzó en brazos antes de que Kristi pudiera emitir una sola palabra de protesta. Aunque no se le pasó por la cabeza hacerlo. Disfrutaba demasiado de toda esa situación de invalidez.

–En serio, no tienes que llevarme.

Mientras Jared le sonreía, con la cara a simples centímetros de la suya, ella intentó pensar en todas las razones lógicas por las que no debería hacerlo, ya que en ese mismo instante no se le ocurría nada mejor que estar en los brazos de él.

La depositó con gentileza en la cama, le colocó un cojín debajo del tobillo, le ahuecó las almohadas en la espalda y tanta proximidad hizo que el corazón de Kristi estuviera a punto de escapársele del pecho.

Supo qué haría él a continuación.

Entregarle el chocolate. Darle la última novela de suspense romántica que había comprado. Y se marcharía.

No mientras ella tuviera algo de aliento en el cuerpo. Mantener la distancia y un frente de ecuanimidad la habían vuelto loca, lenta pero implacablemente.

¿Había querido una conclusión al llegar a la isla? En parte había conseguido su deseo, ya que él se había disculpado y reconocido que le importaba. Pero mientras su cuerpo lo anhelara, confundiéndole la mente con mensajes encontrados, jamás obtendría una conclusión definitiva, no tal como la quería.

Y mientras él había ido en busca de chocolate, había hurgado en su corazón, en su mente, y llegado a una decisión.

El único modo de lograr esa conclusión era quitárselo de su sistema de una vez por todas.

Cuando Jared se irguió, le tomó la mano.

Ahí estaba.

El punto de no retorno.

Cada minuto lleno de tensión de la última semana, cada coqueteo, había conducido a eso y su cuerpo hormigueaba por la expectación.

Le soltó la mano y las yemas de los dedos subieron por su brazo, su hombro, siguiendo los huecos de las clavículas, antes de posarse en sus labios y trazar su contorno mientras se humedecía los propios con la lengua.

Le pasó la mano por la nuca y despacio lo acercó a ella y lo besó.

La resistencia que ofreció Jared fue fugaz, un toque de rigidez en los hombros antes de rodearla con los brazos y besarla con una pasión y desesperación que ella le devolvió… un beso frenético y explosivo lleno de apetito y añoranza y profunda necesidad.

Los labios de él la abandonaron demasiado pronto y trazaron un recorrido hasta su oreja, donde le susurró:

–¿Qué me dices de tu tobillo?

–No lo necesitaré, a menos que en los últimos ocho años hayas adquirido gustos peculiares.

La risa jubilosa de Jared estalló sobre ella como una cascada cálida y rió con él, la intimidad más relacionada con el pasado que habían compartido que con el largo y pausado proceso de quitarse la ropa y explorarse hasta quedar temblorosa al llegar a la desnudez.

–Eres tan hermosa.

La miró a los ojos con deseo antes de apoyar la palma de la mano sobre su estómago y hacerla jadear por el calor que le transmitió.

–Y tú sigues teniendo el poder de volverme loca.

Mientras la mano le recorría la piel, explorando, provocando, Kristi se perdió en ese exquisito éxtasis, en el placer, en la absoluta certeza de que a pesar de desear una conclusión, acababa de volver a abrirle su corazón a Jared Malone.

Twitter.com/Náufrago_Jared
¿Qué he hecho?
Twitter.com/Náufraga_Kristi
Ahí se va la conclusión. El comienzo de un hermoso y nuevo… día.

Capítulo 11

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 11 Compartir el último trozo de entrecot es lo correcto*

BLOG DE KRISTI, DÍA 7

El último día en la isla ha pasado como un torbellino de entrevistas, cámaras y sonrisas fingidas, cuando lo único que deseaba era sonreír de verdad. De hecho, desde el momento en que desperté y encontré la nota de Jared, no pude borrar la sonrisa de mi cara. Entonces, aparecieron Elliot y los medios y ya no tuve ni un minuto para mí misma. Peor, no tuve la oportunidad de hablar con Jared en privado. Ahí es donde entraron las sonrisas falsas al enfrentarnos ante las cámaras. Pero, ¿en qué pensaba él? Pretendo averiguarlo. Hoy.

¡Oh, y representar mi papel de soldado bajo presión me bastó para ganar los cien de los grandes!

BLOG DE JARED, DÍA 7

Hoy me levanté temprano, a tiempo para el circo de los medios. Las entrevistas habituales. Magnífica publicidad para «Activate». Estoy ansioso por ver qué ha estado ocurriendo en el centro durante mi ausencia.

–Las entradas de tu blog fueron cortas y dulces.

Jared movió los dedos sobre la mesa con los ojos clavados en la puerta. –Soy un chico. ¿Qué esperabas? La sonrisa astuta de Elliott lo alertó de un cambio de tema que no le iba a gustar.

–Las de Kristi fueron interesantes.

–¿Sí?

Bebió un trago de su taza de café con leche y en el proceso se quemó la lengua.

–Ahora que has vuelto, quizá deberías leerlas.

–Estoy demasiado ocupado.

Miró la hora y deseó poder cancelar esa reunión. No quería que la primera vez que viera a Kristi después de la isla fuera ahí, de esa manera.

Ella merecía más. Merecía una explicación.

O tal vez una aclaración. Desde lo que habían hecho no habían tenido la oportunidad de hablar, hablar de verdad, acerca de cómo estaban las cosas. Y eso le preocupaba. No quería que ella sacara algunas ideas descabelladas.

No era un completo idiota. Había visto la mirada soñadora en los ojos de ella cuando encararon a los medios de comunicación, había sentido su sutil adoración como un golpe en la nuca con una raqueta de tenis.

Mientras el pulso se le aceleraba al recordar su encendido encuentro y la imperiosa necesidad de repetirlo todo, necesitaba establecer límites.

–Relájate, vendrá.

Miró a Elliott.

–Claro que lo hará. Es una profesional.

–¿Es lo único que es?

Le lanzó una mirada intimidatoria y cruzó los brazos.

–Te repito que es una profesional. Manejó bien esos falsos desafíos que nos pusiste, y actuó en consonancia ante las cámaras para disparar *tus* índices de audiencia...

–¿Y qué me dices de cuando se apagaban las cámaras? –en el acto alzó la mano–. Pensándolo mejor, no me contestes. Puedo ver tu respuesta escrita en toda tu cara.

Con la esperanza de que su loco amigo no pudiera leer ni la mitad de lo que pensaba, relajó los hombros y descruzó los brazos.

–¿Y cuál es?

–Famoso soltero del tenis se ha enamorado.

–Tonterías.

Elliott se subió las gafas sobre el puente de la nariz, adelantó el torso y estudió la cara de Jared.

–No. Nada de tonterías. Siempre que la menciono te aparece esa expresión peculiar en los ojos, por no mencionar la sonrisa de mentecato que tenías esta mañana en la isla, y nunca te has mostrado reservado acerca de ninguna de tus anteriores

conquistas...

–¡No es una conquista! –plantó con fuerza las manos sobre la mesa.

–Vaya, vaya, vaya, creo que tu reacción zanja esa cuestión en particular.

–Listillo.

Pero Elliott tenía razón. Todo había parecido tan sencillo cuando mentalmente había ensayado cómo manejar esa relación. Entonces, ¿por qué se acaloraba y exasperaba en ese momento?

Había sobrevivido a ser criado por dos narcisistas.

Había sobrevivido al hundimiento de su carrera al desplomarse en la pista central de Flushing Meadow.

¿Es que no podía manejar a una mujer apasionada y dogmática, sin importar lo tentadora que fuera?

–No mires ahora, pero tu *amiga* ha llegado.

El poco sutil énfasis que Elliott había puesto en la palabra amiga le ganó otra mirada asesina mientras Jared lanzaba un vistazo rápido hacia la puerta.

Pero en el instante en que Kristi entró en Icebergs, toda ella piernas enfundadas en un ceñido vestido corto y en unos zapatos altísimos, con una sonrisa coqueta aleteando en sus labios, recordó todo con detalles precisos y eróticos y no pudo apartar la vista de ella.

Ella se centró en él y su sonrisa se amplió al alzar una mano en gesto de saludo, y algo en lo más hondo de Jared, situado en un lugar que en esos tiempos no quería reconocer y menos complacer, vibró.

–Se la ve estupenda.

–Sí.

No pudo apartar la vista, hipnotizado por el contoneo de las caderas mientras avanzaba entre las mesas, por el destello pícaro en sus ojos, como si poseyera un secreto y él lo compartiera.

Respiró hondo, tratando de mantener la ecuanimidad para no correr a tomarla en brazos.

–Deberías ver el metraje que tenemos. No tiene precio.

–¿Sí?

El metraje del documental le importaba bien poco. En ese instante lo único que merecía la pena en el mundo era que Kristi se

sentara a su lado, recordándole lo próximos que habían llegado a estar la noche anterior.

–Hola, chicos. ¿No hemos hecho esto antes? –ocupó una silla, dejó su enorme bolso y llamó a un camarero para pedir un café con leche de soja al tiempo que les regalaba una sonrisa radiante–. ¿Y bien, señor productor? ¿Cómo nos fue? Y lo que es más importante, ¿quién ganó?

Elliott señaló la pantalla de su ordenador portátil.

–Oro puro. Ya casi he terminado con la edición y el montaje, debería estar listo mañana para que puedas verlo. En cuanto al ganador, he llevado la cuenta de vuestras respectivas páginas web.

Hizo una pausa en busca del elemento dramático y Jared puso los ojos en blanco.

Tomó la mano de Kristi y se inclinó sobre ella mientras Jared eliminaba al monstruo verde de ojos saltones que llevaba en su interior y quería que golpeara a su amigo.

–Me complace anunciar, que tú, querida, eres la ganadora.

El grito feliz de Kristi hizo que varios clientes giraran la cabeza y sonrieran al percatarse de su entusiasmo contagioso.

–¡Brillante! Muchísimas gracias.

Elliott sonrió como un benefactor orgulloso.

–Ha sido un placer.

–Felicidades.

Ella centró su sonrisa triunfadora en Jared y el impacto lo sacudió hasta los pies.

Kristi agitó la melena.

–Jamás lo dudé.

Él rió entre dientes y trató de ahogar la añoranza que lo embargó.

La noche anterior había propiciado lo que más había temido. Volver a abrirle su corazón a Kristi. Dejarlo ansiando más, mucho más que lo que habían compartido la última vez.

–¿Y a partir de ahora? ¿Nos ofrecerás un pase privado antes del estreno?

Elliott se sonrojó cuando ella concluyó con una sonrisa seductora.

–Y para cualquier familiar o amigos íntimos que queráis traer.

La sonrisa de ella vaciló una fracción de segundo, el tiempo

suficiente para que él reconociera que la pérdida de sus padres debió de ser un golpe duro. Revelarle en la isla el matrimonio idílico que habían tenido explicaba mucho. Su búsqueda del amor, del hombre perfecto, del matrimonio… todo centrado en torno a aquello con lo que había crecido.

Lo que explicaba su propia aversión por la institución.

El matrimonio al que él había tenido acceso había estado lleno de duelos de gritos, vituperaciones y abusos; tanto emocionales como psicológicos, peores que los físicos.

Sus padres habían sido unos miserables, en absoluto preparados para la paternidad, y así como él reconocía que no todos los matrimonios eran una experiencia dura, había visto suficiente como para saber que el rito de «hasta que la muerte nos separe» no era para él.

–Yo llevaré a mi hermana Meg y a mi jefa, Ros. Pasarán un buen rato.

Elliott cerró la tapa del ordenador portátil.

–En serio, los dos habéis hecho un trabajo fantástico. Vuestros blogs y las actualizaciones de Twitter han generado cantidad de charla e interés, de modo que el público anhela ver nuestra presentación oficial la semana próxima –se llevó la mano al bolsillo superior de la chaqueta y sacó un sobre que le entregó a Kristi–. Aquí tienes tu cheque. Dinero bien empleado si consigo publicidad para mi documental e inversores para mi siguiente proyecto.

–Gracias.

Lo guardó en el bolso que tenía a los pies, pero no antes de que Jared hubiera visto el brillo de las lágrimas.

Aunque no le había contado qué haría con el dinero si ganaba, apostaba que compartiría parte de él. Era esa clase de persona, con un corazón generoso que en esa ocasión no pensaba partir.

Apartando el café con leche que le habían dejado delante mientras hablaban, recogió el bolso y se puso de pie.

–Ha sido estupendo, chicos, pero he de volver al trabajo.

No deseando dejar que se marchara tan pronto, no antes de que dispusieran de la oportunidad de hablar en privado, Jared también se puso de pie.

–Es tu primer día de vuelta y casi las cuatro de la tarde. ¿Seguro que no puedes tomarte el resto del día libre?

La irritación le distorsionó la boca antes de recobrar la sonrisa.

–No, lo siento, he de irme.

Para que no desapareciera, la aferró del brazo y se inclinó para murmurarle al oído:

–No hemos tenido oportunidad de hablar después de lo de anoche.

–Llámame luego.

Intentó soltarse, pero Jared se mantuvo firme.

–¿Estás bien? Parecías bien con Elliott, pero ahora…

–Tengo que volver al trabajo.

No podía retenerla sin causar una escena, por lo que la soltó a regañadientes.

–Te llamaré –confirmó.

Cuando se fue, se dio cuenta de que aún seguía de pie mientras Elliott sonreía con expresión condescendiente.

–Bueno, supongo que eso responde mi pregunta.

–¿Y qué pregunta era? –no le quedó más remedio que sentarse.

La sonrisa de Elliott se acentuó.

–Qué había pasado detrás de las cámaras –chasqueó los dedos–. Y la del chico soltero enamorándose.

–Cállate.

–No diré una palabra más –brindó con agua–. Además, tú mismo lo verás en cuanto vayas al pase privado del documental.

Capítulo 12

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 12*
La cámara nunca miente

Twitter.com/Náufrago_Jared
Es estupendo volver a la civilización.
Twitter.com/Náufraga_Kristi
Christian Louboutin, te adoro. ¿Percibís que he echado de menos mis zapatos?

–¿Desde cuándo te has vuelto adicta a Twitter?

–Desde la isla.

Kristi apenas miró a Meg al guardar el móvil en el bolso, deseando que la última actualización de Jared hubiera sido más informativa.

–¿O sea que he de darle las gracias al tenista por trasladarte al siglo XXI?

–Quizá tuviera algo que ver.

Junto con lanzarle el corazón ocho años al futuro, haciendo que aterrizara en el mismo lugar que había ocupado cuando se conocieron.

Con estrellas en los ojos, soñadora. Un poco enamorada.

Lo había confirmado hacía dos horas nada más entrar en Icebergs, cuando lo miró y se quedó sin aliento. Apenas llevaban separados unas horas y la mano que le atenazaba el corazón de tanto echarlo de menos la liberó en cuanto lo vio sentado de forma casual a la mesa.

La hacía reír, la hacía llorar; y el sentido del honor y de la decencia que había exhibido había despertado en ella el anhelo de llegar a conocerlo de verdad y, con suerte, mantenerlo en su vida en esa ocasión. Para siempre.

–¿Os llegasteis a enrollar?

Acostumbrada a la falta de tacto de Meg, alzó su copa de sangría en dirección de su hermana.

–Vaya. ¿Se me olvidó mencionar detalles de mi vida sexual en Twitter? Qué tonta.

Meg rió entre dientes y entrechocó las copas.

–Ja, ja. ¿Así que hubo sexo?

Kristi hizo el signo de la cremallera sobre sus labios.

Se sonrieron; su proximidad había sido lo único que las había ayudado a superar la muerte de sus padres tantos años atrás.

Le molestaba lo que tenía que tolerar su hermana cada día, y todo porque había sido lo bastante necia como para perseguir el mismo sueño que había tenido Kristi: anhelar el matrimonio perfecto, el marido perfecto, la vida perfecta. Y sólo había conseguido que la abandonaran embarazada y sin un anillo en el dedo.

Sacó el sobre del bolso y alargó la mano.

–Toma. Esto es para ti.

–¿Qué es? ¿Una citación?

–Algo mejor. Adelante, ábrelo.

Meg obedeció, extrajo el cheque y la confusión la dominó al leerlo.

–Es un cheque nominal a mi nombre.

–Porque es tuyo, tonta.

Meg abrió y cerró los labios varias veces antes de soltar el cheque sobre la mesa como si quemara.

–No seas ridícula.

Recogió el documento, abrió los dedos cerrados de su hermana y volvió a depositarlo en la palma de Meg.

–Es tuyo. Para Prue y para ti –la abrazó, contuvo las lágrimas y dijo–. Acéptalo, Megs. Dale a esa niña preciosa todo lo que su corazón desea.

–¡Pe... pero son cien de los grandes!

–Tuve que ir sin las últimas sandalias de Christian Louboutin, levantar una tienda y sufrir un esguince de tobillo por ese dinero, así que será mejor que lo uses. No quiero que mi breve debut en televisión haya sido en vano.

Meg contempló el cheque durante una eternidad antes de rodear el cuello de Kristi con sus brazos.

–¡Eres la mejor! ¿Cómo podré agradecértelo alguna vez?

–Siendo feliz y continuando con tu trabajo de criar a la sobrina más maravillosa del planeta.

–Cuenta con ello.

–Me has estado evitando.

Se sobresaltó al oír el susurro de Jared en el oído.

–Shhh. El documental está a punto de empezar.

–Ésa no es una respuesta.

Ocupó el espacio vacío que había en el sofá al lado de ella, desesperado por hablar después de leer su blog y las entradas en Twitter sobre lo vivido en la Isla Lorikeet.

Revelaban tanto y después de lo sucedido en la última noche pasada allí... no cabía duda de que debían hablar.

–¿Deberías estar haciendo eso con la rodilla?

Flexionándola para demostrar algo, repuso:

–Si no recuerdo mal, mi rodilla dañada aguantó muy bien en la isla. Fue tu tramposo tobillo el que te hizo acobardarte ante el desafío del senderismo...

–¡Yo no me acobardé! Estaba lesionada, insensible...

La besó antes de que pudiera pronunciar otra palabra, un beso rápido que apenas duró un segundo, aunque contacto suficiente para poner en cortocircuito el cerebro.

–Ésa siempre fue la mejor manera de lograr que te callaras –murmuró al tiempo que Elliott entraba en la sala seguido de cerca de dos mujeres.

Lo golpeó con el hombro y compartió una sonrisa íntima que le recordó tanto al pasado, que le dolió el pecho. Antaño habían estado sincronizados y deseaba con toda su alma que pudieran restablecer una relación relajada.

El problema radicaba en que después de leer las entradas en su blog, no sabía qué pensar. Una en particular se había clavado en su cerebro.

El problema es que ya he intentado esto con anterioridad, hace ocho años para ser precisos. Si no funcionó entonces, ¿qué me hace pensar

Había dedicado toda una vida suprimiendo los recuerdos de su infancia, canalizando toda su energía y frustraciones en machacar una pelota en la pista.

No sabía qué temía más. Si sentir demasiado por Kristi o abrir una vieja herida para descubrir que no había sanado en absoluto. O lo que era peor, lo que ella podría pensar de él por eso.

Tenían que hablar. Pasar la semana con ella había perturbado seriamente su equilibrio y había necesitado espacio para pensar, tiempo para dilucidar qué quería decir antes de soltarle la verdad y estropear cualquier posibilidad que pudieran tener sin que siquiera hubieran llegado a empezar.

Devolviéndole el empujón, con el pulgar señaló a las dos mujeres de pie ante ellos con amplias sonrisas.

–¿Presentaciones?

–Jared. Te presento a Meg, mi hermana.

–Encantado de conocerte –se puso de pie, estrechó la mano de la joven y se inclinó para darle un beso en la mejilla, gesto que recibió la aprobación de Kristi según le indicó su sonrisa.

–Kristi me ha hablado mucho de ti –Meg sonrió, y vio que aquélla movía la cabeza en señal de advertencia, lo que bastó para espolearla–. De vuestro pasado juntos y...

–Y ella es Ros, mi jefa.

Él rió ante esa treta de distracción y le guiñó un ojo.

Estrechándole la mano, Rosanna sonrió.

–Si alguna vez necesitas una nueva firma de relaciones públicas, ya sabes a quién llamar.

El brillo en los ojos codiciosos de Rosanna y el modo en que lo devoró con ellos le indicó que había algo más por lo que esperaba que la llamara.

–Gracias, lo recordaré –apartó unos sillones para las dos antes de volver a acomodarse junto a Kristi. El roce de sus muslos le envió una oleada de calor por todo el cuerpo. Inclinándose para susurrarle al oído de modo que nadie más pudiera escucharlo, le preguntó–: ¿Qué te parecieron mis blogs?

–Típicos.

–¿De qué?

Ella giró la cabeza levemente.

–De ti huyendo de cualquier cosa parecida a la emoción.

–Ay.

Se llevó una mano al corazón y fingió una sonrisa, cuando en realidad el comentario había estado demasiado próximo a la verdad.

–Pero nada que no conociera ya, ¿verdad? –añadió ella con el mismo tono ligero.

–Los tuyos fueron más bien reveladores.

Kristi quebró rápidamente el contacto visual al ruborizarse.

–¿En serio? No creo que dijeran mucho.

–Oh, dijeron bastante.

–¿No será que tú leíste demasiado en ellos?

–Es algo que me gustaría averiguar –murmuró antes de darle un beso suave en la mejilla.

–¿Listos? –Elliott se frotó las manos y miró a su cautivo público.

–Adelante, maestro –dijo Rosanna.

Jared pasó un brazo por el respaldo del sillón y con la yema de los dedos rozó el hombro izquierdo de Kristi, la piel suave incitándolo a continuar la exploración mientras a él lo recorría una necesidad ciega.

Ella se arrebujó bajo su brazo y él se preguntó por qué había tardado tanto en descubrir lo idóneo que era eso.

A medida que sus caras llenaban la pantalla de proyección, su satisfacción recibió una seria sacudida.

Ahí estaba ella el primer día, mirándolo mientras la lancha zarpaba y los dejaba solos en Lorikeet.

Y ahí estaba él, mirándola, su expresión de adoración tan manifiesta, tan reveladora, que lo dejó sin aire al soltarlo en un suspiro asustado.

Diablos, si sus sentimientos eran tan obvios, ¡el primer día!, ¿qué revelaría el resto del documental?

Durante la hora siguiente permaneció allí sentado, mortificado con cada minuto que pasaba, preguntándose si los demás también verían, más allá de sus reticencias y bromas, lo que veía él.

Un hombre enamorado.

Tan evidentemente enamorado que había dejado que todo el mundo lo supiera antes de decírselo a la mujer en cuestión.

Cuando terminó, Meg y Rosanna vitorearon, silbaron y dedicaron un aplauso espontáneo; Jared retiró el brazo, se irguió y

clavó la vista al frente con cara inexpresiva.

Elliott encendió las luces con arrugas de preocupación en la frente.

–Bueno, ¿qué os ha parecido?

–¡Fantástico!

Meg alzó los pulgares mientras los ojos de Rosanna brillaban con gesto triunfal.

–Oro puro –se levantó y tomó a Elliott del brazo–. ¿Quieres que te prepare una carpeta de prensa? Porque en breve vamos a hacer una para el nuevo programa del Canal Nueve y...

Jared canceló toda la información externa y se centró en la mujer que tenía al lado y que no había pronunciado palabra.

Después de una eternidad subjetiva, Kristi habló:

–¿Qué te ha parecido?

Él suspiró.

–Creo que tenemos que hablar.

–¿Vas a echarme ese rollo de «tenemos que hablar»?

Maldijo para sus adentros la incapacidad que tenía de comprender lo que sentía, y menos aún la de comunicárselo a la mujer que amaba.

La mujer que amaba.

Diablos.

–Quise hablarte ayer, pero tú lo postergaste. Y anoche no contestabas el teléfono. Así que sí, necesitamos hablar. Lo quieras o no.

Ella hundió los hombros mientras asentía.

–¿Cuándo podemos marcharnos?

Mirando a Elliott, que se hallaba en su elemento rodeado de dos mujeres hermosas que estaban preparando unos margaritas, repuso:

–Quince minutos aquí bastará para la cortesía obligada. Luego nos largamos.

–De acuerdo.

Capítulo 13

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 13*
Los cocos que caen del cocotero no son tan peligrosos como los que te pueda arrojar tu compañero en la isla

Twitter.com/Náufrago_Jared
Me he estado engañando. En todo.
Twitter.com/Náufraga_Kristi
Si la cámara jamás miente, tal vez debería decir algunos embustes.

Jared conocía ese lugar.

Solían ir allí siempre. Picnic junto al puerto, vino al anochecer, paseo a lo largo de la orilla tomados de la mano.

Un buen lugar para lo que tenía que decir.

Lo que había visto en el documental no sólo lo había confundido, sino que había hecho estallar cada noción preconcebida que había tenido acerca del amor.

–No me interesa dar un paseo por el sendero de los recuerdos.

–A mí tampoco –coincidió con la vista clavada en el Puerto de Sidney. Luego se volvió para mirarla–. Quiero que hablemos de nuestro futuro.

–Vaya, eso es una sorpresa.

No pudo culparla por el tono dubitativo que mostró.

La amaba, pero no quería casarse jamás.

¿Dónde lo dejaba eso… *los* dejaba?

¿Qué podía decir sin dar la impresión de ser un idiota egoísta que la deseaba, pero no lo suficiente?

Sabía que si volvían en serio en esa ocasión, ella querría más. Lo querría todo, tal como se lo había insinuado cuando la sorprendió con aquel maldito vestido de novia.

No podía darle lo que quería y tembló para sus adentros ante la idea de volver a partirle el corazón.

–¿Jared? Acerca del documental…

–Lo sé.

Ella frunció el ceño.

–¿Sabes qué?

–Lo que pareció.

–¿Qué…?

–No –se pasó la mano por el pelo–. Nos conocemos demasiado bien como para dedicarnos a estos juegos.

–Yo no…

–Parecí un idiota.

Lo pronunció como si se tratara de un enfermedad terminal.

No podía amar.

No figuraba en su genética.

Su padre no lo tenía: había pasado la vida en su atesorado club privado, y sólo había aceptado considerar a su hijo y a su esposa para imputarles algo o abusar verbalmente de ellos.

Su madre no lo tenía: había entrado en el club de bridge, en el club de campo y en el club de polo mediante favores sexuales antes de que él hubiera ganado su primera competición junior.

Y ninguno de ellos albergaba el más mínimo amor por él. Hasta que se hizo famoso, momento en el que decidieron aprovechar su fama para aparecer como padres orgullosos cuando en realidad les importaba un bledo.

Lo más cerca que había estado de sentir esa emoción aciaga había sido con Kristi ocho años atrás.

Pero incluso ella lo había desilusionado, anteponiendo los deseos propios a los suyos y colocándolo en la ridícula tesitura de tener que elegir entre ella y su carrera.

–Creo que diste una buena impresión –se sentó en el muro de cemento que bordeaba el sendero que bajaba al puerto.

A regañadientes, él apoyó las manos en el muro.

–¿Qué quieres que diga?

–Lo que pienses.

No podía, no sin revelar demasiado de su pasado y exponer una vulnerabilidad cuya existencia apenas reconocía.

–Por el amor del cielo, no debería ser tan duro –bajó del muro, se limpió el trasero de polvo y giró para mirarlo. Tenía las mejillas encendidas y expresión furiosa–. ¿Qué pasa contigo? En la isla

volvimos a conectar –cuando abrió la boca para contestar, lo interrumpió–. ¡Y no hablo sólo del sexo! Reconociste que te importaba. Quedó patente en las imágenes del documental. Entonces, ¿por qué te desquicia? ¿No quieres darnos una oportunidad?

–Lo hice.

Calló al registrar el tiempo verbal en pasado.

–¿Qué cambió?

–Maldita sea, esto es difícil –también él se apartó del muro y metió las manos en los bolsillos para evitar alargar los brazos hacia ella–. Sólo cuéntame la verdad.

Kristi tenía razón en una cosa. Ella le importaba más que lo que llegaría a saber jamás, y le debía un pequeño vestigio de la verdad.

–Cuando anoche dije que quería hablar, quería saber si estabas interesada en que saliéramos –el destello de esperanza que captó en sus ojos lo empujó a concluir lo que iba a decir–. Salir, Kristi, eso solo. Nada demasiado serio ni personal, únicamente vernos de forma casual.

–¿Y eso qué significa?

–Exactamente eso. Salir juntos, ir a lugares, divertirnos.

–Acostarnos –entrecerró los ojos.

Él asintió, odiando el modo en que su tono poco impresionado hacía que todo sonara tan vacío y sórdido.

–Como en los viejos tiempos –nada más hablar, supo que había dicho las palabras equivocadas.

–¿Los viejos tiempos? –se alejó unos pasos antes de dar media vuelta otra vez y plantarse ante él con la palma de la mano en el torso, empujándolo–. ¿Esperas que vuelva a nuestro viejo patrón de esperar que tengas un momento libre para llamarme, de que pases por mi casa a cualquier hora de la noche con el fin de que pueda verte, aguardando la pizca de afecto que puedas dedicarme? –soltó una risa hueca y carente de humor–. No puedo creer que haya sido tan estúpida. ¡Otra vez!

–Kristi, es que...

–¡Ahórratelo! –volvió a empujarlo, bajó la cabeza y la voz–. Vete.

No podía marcharse de esa manera.

–Deja que te lleve a casa. Podemos...

Alzó la cabeza de golpe.

–Ya no hay un nosotros.

Fue entonces cuando lo entendió.

Si esa noche se alejaba de ella, no la vería nunca más.

Le tomó las manos y la retuvo cuando intentó soltarse.

–No sé cómo darte lo que quieres.

Algo en el tono de él debió de alertarla de la seriedad de su declaración, porque se quedó quieta y estudió su cara con mirada cautelosa.

Lo que pareció una eternidad más tarde y en apariencia satisfecha con su sinceridad, dijo:

–¿Qué crees que quiero?

Su atención, su amor, su anillo en el dedo. Podía ofrecerle las primeras dos cosas; la última no era negociable.

–Todo de mí.

–¿Y si soy feliz con algo?

Él movió la cabeza.

–No deberías tener que conformarte. Mereces más –necesitaba convencerla, que lo oyera de verdad–. Pase lo que pase entre nosotros, no puedo prometerte que alguna vez voy a casarme contigo –al verla boquiabierta, le soltó las manos y se apartó, odiando la tristeza que le había provocado–. Tú quieres el amor perfecto. Tú lo dijiste. Y así como yo daría cualquier cosa con tal de explorar lo que hemos reiniciado entre nosotros, no puedo ser el hombre tan perfecto para ti.

Se frotó la nuca. La tensión anunciaba una migraña.

–No existe nada perfecto –agregó. Ella no habló. Tenía los labios apretados y la vista baja, y cuando al fin alzó la cabeza, su expresión dolida fue como un golpe para Jared–. Kristi, lo siento.

–Ni la mitad que yo.

La observó marcharse conteniendo el impulso desesperado de ir tras ella y retractarse de todo lo que había dicho.

Capítulo 14

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 14*
Tómatelo con humor al ver cómo tu última pastilla de jabón se aleja flotando

Twitter.com/Náufrago_Jared
Vi Náufrago. *Interesante documental. El productor es estupendo.*
Twitter.com/Náufraga_Kristi
Se ha cancelado un pase privado de Náufrago.

Sentada ante su escritorio, bajó la vista a su vestido azul marino y zapatos cómodos e hizo una mueca. Odiaba el azul marino, y odiaba más los vestidos sin forma. Pero ése era su vestido de «tengo un mal día» y la gente que trabajaba con ella lo sabía. La dejaban en paz, justo lo que quería.

Se frotó el puente de la nariz y giró para disfrutar de la asombrosa vista de Bondi a través del ventanal.

Ya había contestado las preguntas típicas y tontas durante la primera hora en el trabajo, hasta que dijo basta. Además, en cuanto vieran el documental la semana siguiente, comprobarían por sí solos cómo había sido para ella: entre taciturna y resentida por estar loca por un chico que no la quería para nada más que no fuera algo casual.

–Me alegra ver que trabajas duramente.

Al oír la voz grave de Rosanna, giró y esperó que su sonrisa pareciera auténtica.

Así como su jefa no había dicho nada después del pase privado, sabía que la curiosidad debía estar devorándola y que tendría una andanada de preguntas que formularle.

Kristi tocó los folletos de la campaña de teléfonos móviles.

–Estaba pensando en un ángulo nuevo que darle a esto.

–No te molestes –entró balanceando una gruesa carpeta en una

mano y una taza de café con leche en la otra–. Son para ti.

Entrecerró los ojos al ver el café con leche. Rosanna jamás le llevaba café, y menos su favorito; siempre era al revés.

En cuanto a la carpeta, más trabajo. Estaba bien. Quizá la distrajera del error monstruoso que había cometido al dar por hecho que Jared podría sentir de verdad algo por ella, que podrían tener un futuro.

Aceptó el café, bebió y suspiró al disfrutar de la deliciosa cremosidad que se deslizó por sus papilas gustativas.

–¿Me estás mimando para algo?

Rosanna se sentó en el borde del escritorio.

–No. Es una forma de darte las gracias.

–¿Por?

–Esto –tocó la carpeta con la sonrisa de un gato a punto de atrapar al ratón–. ¿Recuerdas el ascenso que te mencioné? Es todo tuyo.

Había olvidado el ascenso. Al entregarle el cheque a Meg, se había sentido feliz, con la sensación del trabajo realizado.

En cualquier otro momento, habría saltado de alegría, pero en ese instante sólo quería mantenerse ocupada.

–¿Te mencioné el inminente reality show del Canal Nueve, *Superviviente*, con un giro diferente? Bueno, pues hay otro giro. Lo van a vender a todo el mundo.

–Fantástico.

Realizar el trabajo de relaciones públicas y prensa de un proyecto tan enorme sería la oportunidad laboral de una vida. Si pudiera invocar suficiente entusiasmo.

–Es para ti. Te vas a Los Ángeles.

–¿Qué?

–Ya me has oído –se bajó del escritorio y se frotó las manos–. Un show allí se disparó gracias a una estupenda campaña de prensa. El Canal Nueve quiere que le eches un vistazo y hagas algo similar aquí –chasqueó los dedos–. ¿Te he mencionado que vas con todos los gastos pagados?

–Vaya...

Quería subir en la escalera profesional, llevar su trabajo al siguiente nivel, y en ese momento podía. Entonces, ¿por qué la efervescencia de decepción de que obtener ese ascenso no era todo

lo que había imaginado?

–Dime que esa expresión sombría no se debe a que echaras de menos al tenista apuesto. Faltan semanas para marcharte, de modo que dispones de tiempo de sobra para un largo e intenso adiós.

Entonces lo comprendió.

Inversión de papeles. La última vez, Jared se había marchado por su carrera. En ese momento, era el turno de ella.

Se dijo que debería sentirse contenta, pero algo le atenazaba las entrañas.

Rosanna bufó y alzó una mano.

–No me lo digas. Por esa expresión perdida en tu cara, te estás imaginando todas las maneras que hay de despedirse –movió los dedos y se dirigió a la puerta–. Me marcho. Te mandaré los detalles por correo electrónico.

–Gracias por el ascenso.

–Te lo has ganado, cariño. ¡Hasta luego!

Se lo había ganado.

Era hora de decirle adiós a su pasado. En esa ocasión, de forma permanente.

Cuando se había separado de Jared la noche anterior, algo en su interior se había roto.

En ese momento se iba a ir y en esa ocasión quería una conclusión definitiva de la relación.

Con términos establecidos por ella.

Quería marcharse sabiendo que había cerrado la puerta de una vez por todas a cualquier relación en potencia que pudiera existir entre ellos.

Jared alzó el teléfono por enésima vez aquella mañana antes de volver a colgarlo.

Quería llamar a Kristi.

Debería hacerlo, sólo para cerciorarse de que se encontraba bien.

Pero algo en él lo empujaba a ir a verla en persona y disculparse.

¿Por qué?

¿Por no ser capaz de amarla lo suficiente?

¿Por no ser capaz de ofrecerle lo que quería, lo que merecía?

¿O por no ser el tipo de hombre capaz de correr un riesgo por algo, *alguien*, con el potencial de cambiarle la vida?

No podía dejar de pensar en ella.

Tenía inversiones en todo el mundo, había invertido el dinero ganado en el tenis de forma inteligente.

Sidney era su nuevo hogar y se había asegurado de que todos los chicos de la ciudad en situación económica precaria supieran que siempre serían bien recibidos en Activate.

Pensar en su implicación allí cerraba el círculo y lo llevaba a pensar otra vez en Kristi. Ella había sido quien lo había hecho abrir los ojos a muchas cosas.

En particular que podía amar, a pesar de todo el tiempo que había estado convencido de lo contrario.

Entonces, ¿qué haría al respecto?

Estar asustado de comprometerse, del futuro, de amar a alguien tanto que la única alternativa era pasar el resto de su vida con ella o marchitarse emocionalmente y morir.

Kristi avanzó con rapidez por Darlinghurst Road, con la vista al frente y bloqueando los gritos y silbidos que recibía de los tugurios que allí abundaban, de la pelea entre dos sin techo por media botella de cerveza y de un incidente callejero entre dos bandas de motoristas rivales.

Había vivido en Sidney toda su vida, pero rara vez se aventuraba por Kings Cross después de escuchar las advertencias de sus padres acerca de los robos, agresiones y tráfico de drogas que allí tenían lugar.

Una risa estridente procedente de un portal cercano la sobresaltó y, sintiéndose tonta, y más que un poco nerviosa, aceleró el paso, giró por una esquina y suspiró aliviada al ver Activate, un edificio inclasificable con una fachada blanca recién pintada.

Abarcando varios bloques, en algún momento el centro debió de ser un viejo almacén: techos altos, edificios extensos y bajos conectados entre sí y un patio grande en la parte delantera.

Su primera impresión fue de bienvenida al cruzar la ancha puerta frontal, avanzar por un sendero recién pavimentado y subir unos escalones hasta unas puertas dobles, que se deslizaron en silencio a un costado cuando se acercó.

«Jared debió de gastarse una fortuna en este sitio», pensó al entrar y aspirar el olor penetrante de la pintura fresca, la madera pulida y barnizada y el cuero nuevo.

La zona de recepción, si así podía llamarse a la entrada informal, consistía de varios sofás de piel negra y roja distribuidos a lo largo de las paredes, un baúl antiguo sobre el que se apilaban revistas deportivas y una máquina expendedora que daba la impresión de que funcionaba con un sistema de confianza, como lo insinuaba la cesta que había delante para recibir donativos.

El lugar tenía gancho, una calidez que faltaba en los albergues juveniles, y si podía tentar a presentarse a una cuarta parte de los niños que estaban en las calles de Kings Cross durante un breve periodo de tiempo, Jared estaría haciendo un gran servicio a la zona.

Antes de poder ir en su busca, una pequeña placa colgada detrás de la puerta frontal captó su atención.

La dedicación me enseñó a creer que los milagros pueden suceder… si se anhelan de verdad.

Supuso que se refería a su dedicación al tenis y, aunque esa misma dedicación ya los había separado en una ocasión, estuvo de acuerdo con el sentimiento.

Pero no con ella.

Con la terquedad de Jared y su traslado a otro continente, haría falta más que un milagro para reunirlos. Como que el infierno se helara.

El pasillo se terminó, dando a una enorme pista interior de baloncesto.

El corazón le dio un vuelco al ver a Jared enseñándole a un joven cómo lanzar.

Incluso desde esa distancia, pudo ver la definición muscular de sus piernas, el tono de su torso, la fuerza de sus brazos al levantar la pelota por encima de su cabeza y lanzar un tiro perfecto de tres puntos.

El joven aplaudió antes de arrebatarle la pelota, driblar hacia el aro y realizar un mate impresionante.

Entrechocaron las palmas de las manos y Kristi se apoyó contra la puerta, satisfecha de observar cómo el hombre que amaba y al que no podía tener exhibía otra maravillosa faceta.

Capítulo 15

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 15*

Guardar álbumes de recortes puede ser divertido, pero elige con cuidado los recuerdos que guardas. El pegamento dura mucho más que el primer amor

Twitter.com/Náufrago_Jared

Echadle un vistazo a Activate. Jugad al baloncesto, pasead, disfrutad del ocio... lo que sea, es estupendo.

Twitter.com/Náufraga_Kristi

Me voy en un avión. Cortó y fuera. La peor suerte que podía tener.

Bebió un trago de su refresco y lo miró por encima del borde de la lata, preguntándose por qué era capaz de estar ante el mundo recibiendo alabanzas por ganar un torneo de Grand Slam, pero se mostraba reticente en lo relacionado con una buena obra.

Una sombra pasó por su cara antes de desterrarla con un gesto de la mano, su expresión muy lóbrega.

Era evidente que él no quería hablar. En el pasado y en la isla habría soslayado su reticencia, pero en ese momento no tenía nada que perder.

Se marchaba, y bajo ningún concepto lo haría gimiendo.

Él giró y con zancadas largas avanzó por el pasillo hacia lo que Kristi consideró que sería su despacho. Lo siguió, sus zapatos con tacones de más de diez centímetros poco preparados para ese ritmo, ya que tuvo que correr para que no la dejara atrás.

–Eh, frena un poco –lo hizo tan repentinamente, que estuvo a punto de chocar con él.

–Estoy muy ocupado, en serio, así que...

–¿Demasiado ocupado para despedirte?

–¿Qué? –ceñudo, se mostró boquiabierto unos instantes antes de cerrar los labios en una fina línea.

–Me voy la semana próxima. Gracias a nuestra aventura en la isla he conseguido un ascenso en Los Ángeles.

–Felicidades.

–Gracias.

Odió esa conversación fría y deseó que la tomara en sus brazos y le plantara un enorme beso de celebración en los labios, como habría hecho en una ocasión.

Pero el tiempo de los besos había pasado. Habían terminado, y en ese momento ella obtendría la conclusión que merecía.

–Escucha, al menos fuimos amigos. Compartimos un pasado y una semana interesante en una isla. Sólo quería decirte adiós a la cara, nada más.

No tenía que deletreárselo, tal como lo demostró el destello de culpabilidad que aleteó en la cara de él.

–Quieres el adiós que no tuviste la última vez.

–Mmm. ¿Es demasiado pedir?

–No.

La miró con una intensidad que la sacudió y que hizo que reconociera cuánto lo había echado de menos.

Él le acarició la mejilla con una suavidad que le provocó un escalofrío de añoranza.

–¿Aquí se acaba?

Kristi logró respirar para poder formar las palabras.

–Aquí se acaba –el cuerpo trémulo se burló de su respuesta.

Jared titubeó un instante antes de aplastar la boca contra la suya, un beso impulsivo tan maravilloso, intenso y desenfrenado como ella recordaba.

No había planeado eso como parte del adiós, pero a medida que la apoyaba contra la pared más próxima y profundizaba el beso hasta el punto de no retorno, supo que sus planes de un adiós sereno y cortés se habían evaporado.

Al separarse con el fin de respirar, dio un paso atrás en busca de un necesitado espacio en el que recobrarse.

–¿También quieres que los chicos reciban una educación sexual decente cuando vengan aquí?

Él musitó un juramento.

–Perdí los papeles durante un instante.

–Supongo que lo hicimos los dos –algo que no podía permitirse

si quería alejarse de él con la cabeza alta. Le dio un beso rápido en la mejilla–. Adiós, Jared. Te deseo toda la suerte del mundo.

Al no obtener respuesta, giró y se marchó, los tacones resonando en el silencio, en el vacío de su corazón.

Lo había hecho.

Había cerrado esa relación.

Entonces, ¿por qué dolía tanto?

–No puedo creer que te marches –Meg fregó el banco de la cocina con vehemencia añadida–. ¡Y por seis meses! ¿Qué clase de tía deja a Prue tanto tiempo?

–Una tía que está cimentando su carrera. Una tía que espera llevar a su sobrina favorita a Disneylandia con el importante aumento de sueldo que va a recibir.

Meg esbozó una leve sonrisa.

–Ahora nosotras podemos pagarnos nuestros gastos gracias a tu generosidad –le tembló el labio inferior y se lo mordió–. Pero, sinceramente, hermana, voy a echarte de menos.

–Yo también, cariño, pero no es para siempre –a diferencia de su ruptura con Jared.

Meg dejó el trapo, sacó de la nevera un bote con helado turco y unas cucharas.

–Toma. Te ayudará a borrar esa expresión de la cara –antes de llevarse la primera cucharada a la boca, se dio una palmada en la frente–. ¡El tenista! ¿Tu marcha cómo afecta las cosas entre vosotros?

–La relación se acabó.

–¿Se acabó? ¡Pero si está loco por ti! ¿Cómo puedes romperle el corazón de esa manera?

Aturdida, miró a su hermana mientras la cuchara se le escapaba de entre los dedos y caía al suelo con estrépito.

–¿*Yo* romper *su* corazón? ¿Te has vuelto loca?

–Cuéntame qué pasó –pidió, extrayendo una cucharada de helado–. Y no dejes ningún detalle fuera.

Incapaz de contener una sonrisa, cruzó los brazos y se apoyó en la mesa.

–Bien. Ya viste la expresión que tenía en el documental. Está tan enamorado como yo. Pero luego me suelta la tontería de que quiere

volver a salir conmigo aunque sin poder prometerme matrimonio y la idiotez de que me merezco algo mejor.

–Mmm... interesante.

–¿Qué?

–¿Qué es lo que te da miedo? –inquirió, escudriñando a su hermana.

–Nada.

–Tonterías –dejó la cuchara y le apuntó con un dedo–. Algo te debe dar miedo, ya que de lo contrario, ¿por qué no ibas a salir con él y ver adónde conducía eso?

–Porque quiero casarme y...

–¿No eres un poco mayorcita para aferrarte a semejante sueño?

–¿Qué te pasa? –miró a su hermana moviendo la cabeza.

Meg alzó las manos en gesto de rendición y se encogió de hombros.

–Simplemente, no quiero ver cómo tiras algo especial por un sueño. La última vez se te rompió el corazón porque él no te amaba lo suficiente. Esta vez, te ama, pero sigues sin aceptarlo. ¿Qué es lo que quieres de ese hombre?

–¡Quiero que me ame lo suficiente como para darme el mundo!

–Sé realista. Buscas lo perfecto cuando sabes que no existe la perfección –gesticuló, señalando el cubículo de su cocina y la falta de espacio de la casa que causaba un enorme desorden–. Esto es lo que conseguí buscando la perfección y tú lo sabes. Entonces, ¿qué estás haciendo? ¿Dejando a un chico al que amas desde siempre por un principio distorsionado? –movió la cabeza–. Esto es lo real. No todos los matrimonios son tan estupendos como el de nuestros padres. Ellos tuvieron suerte. La mayoría no la tiene. No creo estar diciéndote algo que tú ya no sepas.

–Claro que sé eso –espetó.

–Entonces, ¿qué?

Meg le tocó el brazo con gesto de preocupación y de pronto lo supo.

–Me da miedo... –murmuró.

–¿Amar a Jared? Eso es normal.

–No.

Aferró los brazos de su hermana sin querer causarle daño, pero necesitando manifestar su temor.

–Cometer el mismo error que tú.

Meg puso los ojos en blanco.

–Eres demasiado inteligente para seguir a un imbécil, y más para quedarte embarazada de él.

–¿No lo entiendes? –movió la cabeza–. Tú hacías lo mismo que hago yo, perseguir el sueño, tratar de tener el mismo matrimonio que tuvieron papá y mamá. No sabías que Duane era un idiota cuando te quedaste embarazada y él se largó.

–Claro que perseguía el sueño –Meg se soltó y se pasó una mano por el cabello revuelto–. Por eso quiero que abras los ojos y no permitas que esta oportunidad se te escape.

–Pero Jared podría dejarme otra vez...

–Ah... el miedo verdadero –chasqueó los dedos–. Avance informativo. Las relaciones evolucionan. Cambian. Con suerte, crecen. Si no, cualquiera de los dos podría marcharse. ¿Por qué cargarlo a él con todo eso?

–Porque la última vez...

–Los dos erais jóvenes, inmaduros. Él era una superestrella con una carrera brillante ante sí. *Siempre* iba a marcharse. Tú ya lo sabías –Kristi se quedó boquiabierta–. No te lo dije en su momento porque tenías el corazón roto. Pero ahora debes dejar de culparlo por irse y quizá pensar en la razón de que lo hiciera.

–¿Crees que *yo* lo impulsé a marcharse? –aturdida, se reclinó en la silla y se frotó la nuca para eliminar la tensión.

–¿Lo hiciste?

Kristi cerró los ojos, y regresó al pasado, a revivir cada fabuloso y estimulante minuto con Jared.

Habían estado locos el uno por el otro, nunca se cansaban de estar juntos, pero Meg tenía razón. Desde el principio había sabido que él se marcharía y había permitido que su tristeza e ingenuidad estropeara la última semana juntos.

Había admirado tanto el matrimonio de sus padres y esa relación de respeto mutuo, de mutua admiración, confianza...

–No confié lo suficiente en él... –susurró, entendiéndolo por primera vez, dominada por la frustración–. He sido una idiota.

Meg sonrió, se levantó y se inclinó para abrazarla.

–Yo diría una idiota enamorada. Dos veces.

Kristi le devolvió el abrazo y luego estudió la cara de su

hermana.

–¿Cuándo te volviste tan sabia?

–Después de tanto autoanálisis, pasado un tiempo te conviertes en una experta de las relaciones.

–¿Lamentas alguna vez el tiempo que pasaste con Duane?

–¿Teniendo en cuenta que el resultado fue Prue? Nunca –suspiró–. ¿Lamento haber sido tan miope en anhelar el sueño de nuestros padres como para no ver desde el principio todos los defectos de Duane? Diablos, sí.

Kristi se mordió el labio inferior. También ella había estado ciega a todo menos a la verdad.

Amaba a Jared.

Sin importar lo que tuviera que ofrecer.

Meg rió entre dientes y se apartó.

–¿Qué vas a hacer?

–No tengo ni idea.

A pesar de todo lo que había pasado, aún quería el milagro.

Capítulo 16

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 16*
Cuando tengas dudas, corre

Twitter.com/Náufrago_Jared
Nunca mires atrás.
Twitter.com/Náufraga_Kristi
Y dicen que las chicas son volubles.

–¿Kristi y tú vais a ir al estreno juntos?

–No –soslayó el aguijonazo de decepción en sus entrañas.

–¿Por qué no? ¿Problemas en el paraíso?

Jared le lanzó una mirada asesina.

–Se marcha.

Elliott enarcó las cejas.

–Es irónico. Justo lo que tú le hiciste la última vez.

Tampoco a él se le había escapado la ironía, aunque había sido lo suficientemente inteligente como para no lanzarle un ultimátum. A pesar del impulso de suplicarle que no se fuera y les diera a ambos una oportunidad, jamás la pondría en posición de tener que elegir.

Elliott removió su doble expreso.

–Te has vuelto a rajar.

–¿Qué quieres decir con eso de «te has vuelto»?

Elliott se tomó su tiempo para beber el café.

–Escucha, amigo, no me tragué esa tontería de que erais amigos hace años y estaría ciego para no ver lo que pasa ahora entre vosotros –juntó los dedos–. Está enamorada de ti y tú estás igual de loco por ella.

–¿Adónde quieres llegar?

–Haz algo al respecto.

–Ella quiere casarse, yo no, fin de la historia.

–Sí, claro, lo que tú digas –Elliott se quedó pensativo unos instantes–. ¿Por qué no hablas con ella? ¿Por qué no intentáis alcanzar un compromiso? Quizá no esté tan enganchada a lo del matrimonio como tú crees.

Mientras su amigo bebía café, se preguntó si sería posible alcanzar ese compromiso.

¿Iba a abandonar lo mejor que le había pasado por un temor arraigado a una institución que tal vez jamás tuviera lugar?

Kristi se marchaba en una semana. ¿Bastaría para convencerla de lo que realmente sentía, a pesar de esforzarse en lo contrario durante todo ese tiempo?

–Me voy –recogió las llaves y el móvil de la mesa–. Deséame suerte.

–Vas a necesitarla.

Subió a la carrera los últimos escalones y atravesó las puertas de cristal de Endorse This.

La recepción se hallaba vacía, igual que el despacho con frontal de cristal de Kristi, así que se dirigió hacia la voz solitaria que ladraba órdenes en una sala próxima.

Asomó la cabeza y vio a Rosanna al teléfono, agitando las manos para recalcar su punto de vista ante alguien que era el blanco de su ira.

A pesar de los exabruptos, entró en la sala de conferencias.

–Espero no interrumpir.

Casi sin mirarlo, le indicó que pasara.

–Tienes cinco minutos antes de que aplaste al siguiente inútil.

–Sólo te molestaré un segundo. ¿Anda Kristi por aquí?

–No.

De su encuentro anterior, había creído que Rosanna era una mujer locuaz incapaz de callarse durante más de dos segundos, de modo que su respuesta escueta lo desconcertó.

–¿Tienes idea de cuándo volverá?

Una sonrisa extraña apareció en esos labios rojos.

–En unos seis meses, más o menos.

Se le encogieron las entrañas al asimilar la implicación.

–¿Quieres decir que ya se ha ido?

En ese momento sonó el teléfono y Rosanna espetó:

–Los ejecutivos de la televisión de Los Ángeles querían que estuviera allí lo antes posible de modo que adelantaron su partida. Se va mañana, ¡pero no te atrevas a hacer nada para estropearlo!

«Gracias», movió los labios en silencio porque ella ya se había concentrado en la llamada.

¿Que no estropeara sus planes de partida?

Pensaba hacer eso y más.

Kristi metió sus zapatos Christian Louboutin favoritos en una bolsa e hizo espacio para ellos en la maleta enorme. Sólo dedicada a portar zapatos.

Satisfecha de haber guardado pares suficientes, cerró la tapa y luego la cremallera, tiró del asa para hacerla rodar hasta la puerta y la acomodó junto a la otra a juego.

Era como si las dos montaran guardia como centinelas hacia su nueva vida; una vida que no incluía al único hombre al que de verdad había amado alguna vez.

Así como había analizado las revelaciones que había ganado de su charla con Meg, no había hecho nada al respecto. Podría haberse encontrado con Jared, pero, sinceramente, ¿qué sentido tendría?

¿Podría entablar una relación sin que el matrimonio fuera la meta?

Durante toda la noche había analizado diferentes escenarios, pero cuando el sol se asomó por encima del horizonte, la conclusión era la misma.

Abrirse a una relación plena con Jared sabiendo que no podría conducir a ninguna parte sería la caída definitiva.

Lo amaba con todo su corazón, sin reservas.

Él era el Único.

Ese Único del que había hablado su madre y cuya existencia había demostrado con el amor que sintió por su padre durante cada día de vida que compartieron.

Quería eso. Lo merecía. Pero por cortesía de un hombre testarudo y con fobia al compromiso, jamás lo disfrutaría.

Le dio la espalda al álbum y fue a la cocina hasta que una sonora llamada a la puerta la frenó en seco.

Se preguntó quién querría tirar abajo su puerta con esos golpes incesantes.

–Abre, Kristi, sé que estás ahí.

El reconocimiento de esa voz le atenazó el corazón.

Ya se había despedido, no quería hablar con él, porque no les quedaba nada que decir.

Cuando los golpes se reanudaron, supo que tendría que contestar.

Adoptando su cara más indiferente, abrió la puerta.

–Te marchas –soltó él, posando la vista en las maletas.

–Sí, eso ya lo sabes.

–Pero has adelantado la fecha de partida. ¡He estado a punto de no verte más! ¿Puedo pasar? –agregó.

Encogiéndose de hombros, ella abrió más la puerta. Entró en el salón con las manos en los bolsillos, encorvado, como si sobre los hombros llevara el peso del mundo.

Ahogando un ramalazo de compasión que él no se merecía, Kristi cruzó los brazos y se sentó sobre el respaldo del sofá.

–¿Qué quieres?

La miró con ojos febriles y decididos.

–Te quiero a ti.

Eso ya lo sabía; se lo había demostrado la última noche en la isla. ¡Y cómo! El problema era que no la quería lo suficiente.

–Eso no cambia nada...

–¡Estoy enamorado de ti!

Al oír las palabras que durante tanto tiempo había querido escuchar, cada músculo de su cuerpo se quedó paralizado, igual que su corazón. Pero su cuerpo sacó el mensaje de que algo no encajaba.

¿Cómo podía amarla cuando había dedicado semanas a convencerla de lo contrario?

–¿Por qué ahora? –preguntó con curiosidad–. ¿No has tenido semanas para decirme lo que realmente sentías?

Él se pasó una mano por el pelo y se puso a ir de un lado a otro.

–No te culpo por mostrarte sarcástica. He sido un idiota.

–En eso no te equivocas –él siguió recorriendo el apartamento con sus grandes zancadas–. Para ya, que me estás dando dolor de cabeza.

Se detuvo tan de repente delante de ella que no dispuso de tiempo para reaccionar cuando la tomó en brazos y la abrazó hasta dejarla sin aire.

Enterrando la cara en el hueco de su hombro, Jared murmuró:

–Te amo. Y lamento haberte hecho pasar por tantas tonterías mientras lo descubría.

Cada célula de su cuerpo le gritó que cediera, que lo abrazara y se dejara llevar. Pero las palabras eran gratis; y ya las había oído todas de ese mismo hombre.

Contuvo las lágrimas y fortaleció su determinación antes de apartarse con gentileza.

–Disculpas aceptadas –los ojos de él se iluminaron–. Pero eso no cambia nada –añadió Kristi. Fue hacia la puerta y señaló las maletas–. Sigo marchándome y tu declaración no lo modifica.

–Comprendo.

La expresión destrozada de él le abrió un agujero en el corazón.

–¿De verdad? ¿En serio? –ella se apoyó contra la puerta e hizo acopio de cada gramo de fortaleza que poseía–. Te amo, siempre te he amado. Pero aun así tú me abandonaste –respiró hondo–. En esta ocasión, voy a marcharme y a no mirar atrás.

Él mostró incredulidad.

–¿O sea que se trata de una venganza?

Kristi se preguntó si no había entendido nada de lo que le había dicho.

–Soy yo tomando el control. Soy yo siguiendo mi sueño, mi carrera. Seguro que tú serás capaz de entender eso.

Él asintió derrotado.

Luego fue rápidamente hacia la puerta, y al ver su intención de volver a tomarla en sus brazos, alzó ambas manos.

–Adiós, Jared.

–No pienso rendirme con nosotros.

Ella no dijo: «Ya lo hiciste».

Desesperada por ganar algo de espacio entre ellos, fue hacia la cocina.

–Necesito un té –una metáfora para ganar tiempo y pensar–. ¿Quieres una taza?

–Estupendo.

Por fortuna, el que ella huyera a la cocina le brindaba tiempo para serenarse, para ordenar sus pensamientos y rezar para poder convencerla de que les diera una oportunidad cuando regresara.

Recorrió el pequeño salón, mirando fotos de cosas que reflejaban a una familia feliz y otras más recientes de Meg y de ella.

En cada una, sus padres tenían un brazo alrededor del otro, manifiesto el poderoso vínculo entre ellos. Kristi y Meg estaban radiantes en todas. Habían tenido una formación perfecta, con padres que se amaban entre sí y que evidentemente adoraban a sus hijas.

No le extrañó que Kristi tuviera una noción soñadora sobre el amor y lo que conllevaba.

Se puso a estudiar las librerías, donde se veía todo tipo de géneros, desde los thrillers hasta los romances históricos.

Le encantaban los libros y de joven siempre había ido a refugiarse a la biblioteca.

Tiró del último thriller y sin querer hizo que varios tomos cayeran al suelo, derribando más de las estanterías inferiores en su trayecto descendente hasta que aterrizaron a sus pies.

Se puso en cuclillas y su vista se posó en un gigante álbum de recortes que debió de caerse de la estantería inferior.

De no ser por la foto de una Kristi joven en la tapa, encima de las palabras *MI BODA*, ni se habría dado cuenta de lo que era.

Conteniendo un escalofrío, miró por encima del hombro antes de abrirlo.

Luego deseó no haberlo hecho.

Era una página tras otra de vestidos de novia, ramos de flores y enormes tartas nupciales.

Trozos de satén y encaje, viejas invitaciones a bodas... todo lo suficientemente malo hasta que llegó a las últimas páginas...

Mi boda de ensueño.

No debería haber mirado, pero lo dominó la curiosidad y pasó la página.

Y el corazón se le paró.

Ahí, entre las fotos de un sencillo vestido de novia y un anillo de diamante de dos quilates, había una foto.

De él.

–¿Quieres unas pastas con el té?

La voz procedente de la cocina lo sobresaltó, guardó el álbum y el resto de los libros en su sitio y se incorporó con presteza.

–No, gracias.

Verse a sí mismo en el papel del novio de Kristi había destrozado cualquier idea preconcebida que hubiera podido tener alguna vez.

Lo consideraba el novio perfecto.

No podía estar más alejado de eso ni aunque lo intentara.

Su primer instinto fue huir lo más lejos posible.

Pero cerró los ojos y volvió a ver el álbum.

Esas páginas llenas de recuerdos nupciales debieron requerir mucho tiempo, paciencia y cuidado de una mujer que valoraba una institución tan vieja como el mismo tiempo.

En cuanto al vestido, el anillo y la tarta elegidos, alguien tan especial como Kristi merecía esas cosas hermosas, que su sueño se hiciera realidad.

En ese segundo abrió los ojos y se preguntó qué diablos estaba haciendo. Se había presentado allí para demostrar su amor, para convencerla de probar una relación a larga distancia, para comunicarle que al fin había abierto su corazón lo bastante como para tomar en consideración la posibilidad del matrimonio, a pesar del hecho de que era algo que lo aterraba.

Entonces, ¿por qué diablos nada más echarle un vistazo a su álbum nupcial de recortes, un libro lleno de esperanzas, sueños y amor, quería darle la espalda y huir?

Era un idiota.

¿Cómo lograr convencerla de creer que había cambiado de parecer cuando ni él mismo era capaz de calcular el cambio sufrido?

Sacó las llaves de su bolsillo y miró hacia la cocina, a tiempo de verla salir con una bandeja. Kristi miró confusa las llaves y luego lo miró a los ojos.

–¿Qué sucede?

–No te muevas. Volveré lo antes posible.

–¿Estás loco? –dejó la bandeja en la mesita de centro mientras la incredulidad luchaba con la furia en su rostro expresivo–. Irrumpes aquí, me sueltas que me amas, ¿y ahora huyes? ¿Qué...?

–Te amo. Confía en mí –le dio un beso rápido en la mejilla.

–¿Confiar en ti?

–Te contaré todo en cuanto vuelva.

Ella no se movió ni parpadeó. Pero el destello de esperanza en

sus ojos azules lo impulsó a marcharse a toda velocidad. Habían pasado por muchas cosas en poco tiempo. Las palabras ya no bastaban.

Necesitaba prueba de su amor.

Se la daría; le mostraría exactamente cuánto la amaba.

Capítulo 17

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 17*

Cuando necesitéis un perdón importante, olvidaos de las flores. Sólo funciona una cosa. Poneos de rodillas y empezad a suplicar

Twitter.com/Náufrago_Jared

Quienquiera que dijera que los actos hablan más alto que las palabras fue un condenado genio.

Twitter.com/Náufraga_Kristi

Hice una lista, la comprobé dos veces; típico de un chico desordenarlo todo.

¿Qué pretendía?

La parte egoísta de ella, que había echado a perder sus anteriores relaciones, deseaba que pudiera ir con ella a Los Ángeles. Pero jamás realizaría dicha exigencia. Fue lo bastante tonta como para espantarlo una vez, bajo ningún concepto repetiría lo mismo.

Entonces, ¿dónde los dejaba eso?

¿Una relación de larga distancia? ¿Perder la concentración y que la despidieran? ¿Facturas de teléfono exorbitantes? ¿Su vida expuesta en Twitter otra vez?

No le atraía ninguna de esas opciones, lo que hizo que volviera a preguntarse qué tramaba Jared.

Una llamada sonora a la puerta la hizo correr hacia allí.

Abrió y antes de que pudiera hablar, él la alzó en vilo y la hizo girar y el grito de sorpresa de Kristi le provocó una carcajada.

–Lamento haberme ido de esa manera. Tenía que ocuparme de unos asuntos importantes.

–¿Negocios? ¿Después de lo que comentaste antes? –movió la cabeza y empujó contra su pecho hasta que volvió a ponerla de pie–. Dispones de cinco segundos para explicarte o voy a...

–Vine para darte esto. Una lectura ligera para pasar el tiempo en

el vuelo de larga distancia.

Se inclinó, recogió unas cuantas revistas ocultas detrás de uno de los maceteros que enmarcaban la puerta y se las entregó.

Ella enarcó las cejas mientras hojeaba las revistas de novias sin entender nada.

–Y esto para ayudarte a volver deprisa.

Si las revistas la habían desconcertado, más lo hizo el distintivo estuche azul de Tiffany que reposaba en la palma extendida hacia ella.

–Adelante. Ábrelo.

No podía ser.

Los dedos torpes se afanaron con la tapa y cuando al fin consiguió levantarla, suspiró, sin asimilar del todo lo que estaba viendo.

–Es mi anillo.

–Lo sé. No exactamente el mismo, pero el más parecido que pude conseguir con tan poco tiempo –sonrió, orgulloso como un niño que hubiera aprobado con matrícula su primera prueba–. Lo vi en tu álbum de recortes.

Si el anillo la había aturdido, ver a Jared Malone ponerse de rodillas y tomarle la mano en el portal de su casa hizo que se mareara.

–Porque te amo. Porque quiero pasar el resto de mi vida contigo. Porque quiero casarme contigo.

Parpadeó, pero los puntos de luz ante sus ojos no se desvanecieron.

Nunca en la vida se había desmayado, pero cuando de pronto el mundo se ladeó le pareció que siempre había una primera vez para todo.

–¡Vaya!

Él se incorporó de un salto y la atrapó antes de que se desplomara al suelo.

–No es la reacción que esperaba.

–Ni yo la despedida que esperaba –repuso, dejando que la depositara en el sofá, donde colocó la cabeza entre las rodillas y respiró con amplias bocanadas de aire, hasta que al final se sintió lo bastante fuerte como para erguirse y mirarlo.

Él estaba sentado a su lado aferrándole la mano como si no

quisiera dejar que se marchara a ninguna parte.

–Sé que piensas que soy un lunático, apartándote un minuto y al siguiente confesándote mi amor eterno. Ahí es donde entra esto –jugó con el estuche en la mano libre–. Quería mostrarte lo que sentía. Pensé que no me escucharías después del modo en que me comporté. Espero que ahora me creas.

No sabía qué creer.

El novio de sus sueños se acababa de declarar, exactamente como en su fantasía. El único problema radicaba en que había sucedido tan deprisa, que dudaba que algo de aquello fuera real.

«Tonterías, vuelves a dudar de ti misma, como de costumbre, e intentas encontrar un motivo para sabotear una relación por temor a cometer el error de Meg, por miedo a que dicha relación no esté a la altura de tus elevadas expectativas, por miedo a que se vaya. Otra vez».

Él le apretó la mano.

–Di algo.

Soltó lo primero que le fue a la cabeza.

–Estoy asustada.

Le pasó un brazo por los hombros y la pegó a él con fuerza.

–¿De qué? ¿De que vuelva a marcharme? Porque eso no sucederá. Dar este paso ha sido algo enorme para mí, y ahora no tengo intención de convertirme en un novio a la fuga.

–Me da miedo tener una relación contigo.

–Creía que era lo que querías –frunció el ceño.

–Sí, pero...

–¿Pero?

Con la mente hecha un torbellino de confusión, su corazón quiso entrar en acción. No había otra salida que contárselo.

Se apartó un poco y lo miró esperanzada.

–Me aterra estropearlo otra vez. Hacer que te marches.

–No lo entiendo –comentó aturdido.

Ella suspiró.

–Te eché la culpa por dejarme la última vez. Por ser un egoísta que elegías tu carrera por encima de mí, cuando desde el principio supe que te irías. Pero no quería creerlo. Tú nunca hiciste promesa alguna, fuiste la cita de los sueños durante seis meses y yo me aferré a ti de forma patética, exigiéndote más de lo que eras capaz de dar.

Él fue a responder, pero ella lo calló con un dedo en los labios.

–Hay más. Estuve resentida durante años, y ya fuera adrede o inadvertidamente, elegí salir con chicos que eran lo opuesto a ti –bajó la mano e hizo una mueca–. Eso tampoco ayudó, porque mis antiguos intentos de sabotaje reaparecieron y también acabé con esas relaciones.

En esa ocasión, guardó silencio y dejó que agotara su confesión catártica.

–Así que aquí estamos otra vez. Te amo, probablemente siempre lo he hecho, tú te declaras y yo no doy saltos de alegría. ¿Quieres saber por qué?

Con una sonrisa tierna la instó a proseguir.

–Porque no existe nada perfecto. ¿Y si he levantado en mi mente este ridículo escenario matrimonial que no tenemos esperanza alguna de satisfacer? ¿Y si te decepciono? ¿O te aparto de mí? ¿O hago un millón de cosas estúpidas que no te dejarán otra alternativa que marcharte? ¿Y si...?

La silenció con un beso ardiente que se abrió paso directamente a su corazón, abrasando cualquier otra protesta que hubiera querido surgir en el camino.

Luego le enmarcó el rostro entre las manos y se echó hacia atrás.

–¿Qué te parece si entramos en esto con los ojos abiertos? ¿Qué te parece si no albergamos ninguna otra expectativa que amarnos, confiar el uno en el otro y respetarnos? ¿Qué te parece si nos esforzamos al máximo en hacernos felices?

Kristi sintió una oleada de esperanza.

–Tus propuestas me gustan mucho más que las mías.

–A mí también –murmuró él.

Ella le dio un beso suave y fugaz y luego miró ese rostro que tanto amaba.

–A pesar de que me encantaría dejarme llevar por todo esto, me muero por conocer este súbito cambio que has experimentado.

–Pensé que lo preguntarías –se apretó el puente de la nariz.

–¿Y bien? ¿Te vas a explayar pronto o tendré que sacártelo mediante tortura?

Él esbozó una sonrisa forzada.

–Tus padres tuvieron el matrimonio perfecto. Los míos no –se puso de pie con las manos en los bolsillos y reanudó la marcha por

el salón.

–Nunca los mencionaste.

–Porque prefería ignorarlos –se detuvo con una expresión entre el disgusto y la vergüenza–. Eran asquerosamente ricos. Egoístas aburridos que se odiaban. Probablemente yo fui un error que les hacía pagar cada día que tenían que mirarme, de modo que prefirieron soslayarme, fingir que nunca existí. Y entre sus narcisistas amigos abundaban también los matrimonios vacíos.

Eso explicaba su posición anticompromiso.

–Lo mejor que hicieron jamás fue dejarme en su exclusivo club de tenis. Empecé a canalizar mis frustraciones con la raqueta, y el resto es historia... ¿Pero sabes qué era lo que más enfermo me ponía? El hecho de que me importara. Cada vez que aparecían en un partido, era como un niño que fingía que su infancia de pesadilla jamás existió, un niño que anhelaba la aprobación de sus padres.

–No hay nada malo en ello. Son tus padres...

–Y que apenas han hablado conmigo desde que me lesioné la rodilla. Agradable, ¿eh? –siguió yendo de un lado a otro–. Siempre temí ser como ellos. Pero, ¿sabes una cosa? ¡No lo soy! Te amo y el hecho de haber estado a punto de perderte me hizo descubrir cuánto. El matrimonio no es el problema. Lo forman las personas que se casan.

Se detuvo y le tomó las manos.

–Podemos hacer que esto funcione –continuó–. Yo no quería dejar que la emoción entrara en mi vida, no quería correr el riesgo de un compromiso para siempre –la miró a los ojos con intensidad–. Hasta ahora.

El júbilo le atenazó la garganta y tragó saliva.

Jared la amaba.

Ella lo amaba.

¿Qué estaba esperando?

–Acepto.

La confusión se reflejó durante unos momentos en los ojos de él hasta que lo comprendió y dio un grito de alegría, la besó profundamente y luego abrió el estuche y le deslizó el anillo en el tercer dedo de la mano izquierda.

–Ya no puedes escapar de mí.

–De hecho, sí puedo –hizo una mueca–. Necesito subir a ese

avión a primera hora de la mañana.

–Dame una semana para organizar el centro y tomaré el primer vuelo para ir a tu encuentro. ¿Trato hecho?

–¿Harías eso por mí?

–Sabes que el centro significa mucho para mí, pero básicamente soy el director. Puedo realizar casi todo el trabajo por internet y siempre dispondré de un avión de vuelta cuando me necesiten –sonriendo, le enmarcó la cara–. Es sin ti que no puedo estar.

–En ese caso, trato hecho.

Lo sellaron con un beso. Largo, lento y apasionado.

Epílogo

Náufragos: *consejo de supervivencia nº 18*
La permanencia en una isla es temporal. Un anillo es para siempre

Twitter.com/Náufrago_Jared

Aquí viene la novia. Está deslumbrante. Y es toda mía. Siempre pensé que ganar torneos del Grand Slam era la cumbre de mi carrera. Casarme con el amor de mi vida demostró lo equivocado que estaba.

Twitter.com/Náufraga_Kristi

¿Quién necesita un álbum de recortes cuando se tiene lo verdadero? Suena el vals. ¡Qué afortunada soy!

La boda de mis sueños, el hombre de mis sueños. El amor perfecto existe. Jamás os rindáis. ¡Ganar es sublime, dentro y fuera de las pistas!